Basada en
la serie de televisión

EXPEDIENTE X™

Creada por
Chris Carter

VIENTO DE SANGRE

"La verdad está ahí fuera"

CHARLES GRANT



En este nuevo misterio sin resolver, Mulder y Scully, los dos agentes de FBI destinados a la investigación de fenómenos paranormales, deben trasladarse a Nuevo México, donde varias personas han aparecido muertas en anómalas circunstancias. Todos los cadáveres se hallan despellejados y entre los restos se detectan pequeñas piedras y material vegetal.

Las sospechas apuntan a una reserva india que, por su situación tras unos montes conocidos como «Viento de Sangre», se encuentra prácticamente incomunicada del mundo.

El hermetismo de la comunidad india supondrá un obstáculo casi insalvable.

Charles L. Grant

Viento de sangre

Expediente X - 2

ePub r1.2

Titivillus 14.03.2015

Título original: *Whirlwind*
Charles L. Grant, 1995
Traducción: José Arconada
Ilustraciones: Camino Stañ

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Kathryn Ptacek.

Agradecimientos

Mi agradecimiento y estima a las personas que han tenido que escucharme, orientarme y aguantarme durante los últimos meses:

A Caitlin Blesdell, quien, por razones que sólo ella conoce, soporta todas mis llamadas y nunca me ha dicho que deje de darle la paliza y me dedique a mis asuntos.

Al doctor Steve Nesheim, por los detalles maravillosamente horripilantes y por todas las posibilidades que entrañaron.

A Wendy Webb, enfermera, jefa de redacción, por recoger esos detalles y lograr que parecieran interesantes.

A Geoffrey Marsh, por haber tenido la amabilidad de prestarme a los indios konochinos para mis propios y dudosos propósitos.

A la Conspiración Jersey, como siempre, porque me proveyeron de más cadáveres de los que esta vez podía llegar a utilizar, además de un borracho.

Y a Robert E. Vardeman, quien nunca deja de recordarme lo bueno que es tener amigos en lugares lejanos.

1

Hacía un sol de justicia y el viento soplaba incesantemente. Annie Hatch se hallaba a solas en el porche de su casa, acariciándose distraídamente el abdomen mientras resolvía qué hacer. El sol del mediodía la obligaba a entornar los ojos y la temperatura rozaba ya los 33 grados.

Sintiendo el viento que barría el desértico altiplano deseó por primera vez en mucho tiempo estar de nuevo en California.

El viento ululaba suavemente entre los matorrales y le susurraba algo al oído.

«Aunque quizá —pensó—, sólo oyes cosas porque eres una vieja chiflada».

Tras una fugaz sonrisa y un corto suspiro, tomó aire lenta y profundamente, absorbiendo el calor, el olor a pino y, tan leve que bien podría estar sólo en su imaginación, un tenue aroma de enebro.

Viento o no, voces o no, aquello era en definitiva mucho mejor que Hollywood.

Fue allí donde Burt y ella amasaron su fortuna hacía ya tantos años que quizá fuera un sueño; allí donde por fin se habían establecido, y eso sí que no era un sueño.

La melancolía la obligó a cerrar los ojos un instante. La viudedad no estaba siendo fácil, ni siquiera después de quince años. Con demasiada frecuencia tenía la impresión de oírlo volver del establo que habían construido detrás de la casa o silbar una canción mientras manipulaba el generador, o de sentir su aliento en la nuca.

También eso era efecto del viento.

—Basta —masculló entre dientes, y caminó con impaciencia hasta el extremo del porche, se asomó por encima de la baranda de madera toscamente desbastada y miró hacia el establo. Dio dos silbidos agudos y fuertes y soltó una silenciosa risita al oír las blasfemias de Nando, quien de modo tan poco sutil le comunicaba que aún no había terminado de ensillar a *Diamante* y que si pretendía que acabase pisoteado por el animal.

Instantes después lo vio aparecer en el vano de la puerta, con las manos apoyadas en la cintura, mirándola con expresión de enfado bajo la sombra de su desgastado

Stetson.

Ella lo saludó con un alegre gesto de bienvenida al que él respondió con un disgustado manotazo al aire antes de desaparecer de nuevo.

—¡Qué mala eres! —dijo una voz suave a sus espaldas.

Annie se volvió riéndose.

—A él le encanta, Sil, y tú lo sabes.

Silvia Quintodo le dirigió una mirada de escepticismo que mantuvo todo el tiempo que pudo. A continuación le sonrió, meneando la cabeza como quien se enfrenta con una niña demasiado angelical para merecer castigo alguno. Era una mujer oronda de rostro y figura, de piel casi cobriza y ojos grandes del color de una noche estrellada; tenía el pelo negro y liso y lo llevaba siempre atado en una cola que le colgaba a la espalda. Aquél, como todos los días, lucía un vestido blanco y sencillo que la cubría hasta un palmo por debajo de las rodillas, y botas de piel y color de venado.

—Otra vez mirando así —dijo con tono de blanda reprimenda.

Annie parpadeó.

—¿De verdad? Lo siento. Estaba distraída. —Bajó la mirada hacia los tablones del suelo, deteriorados por la intemperie—. Supongo que hoy siento la edad que tengo.

Silvia entornó los ojos como quien dice: «No, por favor, otra vez no», y entró de nuevo en la casa para preparar el almuerzo un poco antes que otros días.

Annie le agradeció sin palabras que no alimentara su autocompasión. A decir verdad, sabía que no estaba tan mal para ser una señora de sesenta y un años. La angostura del rostro acentuaba el verde de los ojos y la oscuridad de unos labios moderadamente gruesos; las arrugas se debían más al sol que a la edad. Tenía el cabello discretamente cano, corto y peinado hacia atrás por encima de las orejas. Práctico y sin embargo encantador. Y su figura era estilizada hasta un punto que, pese a su edad hacía volver más de una cabeza cada vez que conducía hasta la ciudad o a Santa Fe. Y eso era un bálsamo para su ego.

«Increíble —pensó—. Es peor de lo que imaginaba».

Tenía uno de esos días que se le metían adentro de vez en cuando, días en los que Burt le hacía tanta falta que la añoranza le quemaba. Nunca sucedía por algo en particular, por algún detalle que desatara los recuerdos. Sucedía y punto. Como hoy. Y el único remedio era montar a *Diamante*, no olvidar la cantimplora y cabalgar hacia el desierto.

Y tal vez, si reunía el coraje suficiente, llegar hasta la Mesa.

«Seguro —pensó—, y mañana cuando me despierte encontraré a Burt tendido a mi lado».

La sobresaltó un resoplido a su espalda.

Se volvió con rapidez justo cuando *Diamante* adelantaba la cabeza por encima de la baranda, de modo que le dio con el morro en el estómago y la empujó un paso hacia atrás.

—¡Oye, tú! —Exclamó con tono de risueña amonestación—. ¡A ver si te quedas quieto, burro!

Diamante estaba ya ensillado y embridado. Era un caballo negro de poca alzada con una mancha en la frente que sugería la forma de un diamante. Nando estaba a su lado, sonriente, una mano apoyada en la grupa del animal y el manchado sombrero marrón echado hacia atrás.

—Te está bien empleado —comentó cariñosamente. De no ser por las mechas grises que le poblaban la cabeza y la nariz, ancha y ordinaria, rota en demasiadas ocasiones como para que se le considerase apuesto, parecería el gemelo de Silvia, en lugar de su marido. Los que no lo conocían lo tomaban por boxeador o marine retirado, por cualquier cosa antes que por el capataz de un rancho ganadero en declive.

Annie hizo como si no hubiera reparado en su desplante. Se ajustó el sombrero de paja, se ató la cinta bajo la barbilla y saltó por encima de la baranda con agilidad. A continuación asió las riendas y se sentó en la silla con un suave balanceo. Sólo entonces se dignó a mirar al capataz.

—No está mal para una anciana, ¿eh?

—El día que sea usted una anciana, *señora*[1] —replicó Nando solemnemente—, yo dejaré de palear mierda de caballo para ganarme la vida y me iré a vender turquesas falsas a los turistas de Santa Fe.

Diamante agitó la crin con impaciencia. Una corriente de aire caliente les hizo volver la mirada, pero no sin que la mujer alcanzara a ver la expresión de Nando. Cuando éste volvió a mirarla lo hizo con expresión sombría.

—Está hablando.

—Yo no sabría decirlo.

Nando meneó la cabeza lentamente, no del todo triste.

—Sí que sabría. Usted siempre lo sabe.

Annie asió las riendas con gesto de irritación.

—Yo de eso no sé nada, Nando. —Estaba a punto de espolear a *Diamante* cuando Nando le dio una palmadita en la pierna—. ¿Qué pasa ahora?

Nando se llevó la mano a los bolsillos traseros del pantalón y sacó una

cantimplora. Sonreía de nuevo.

—Donde no hay lluvia no hay agua —dijo, y metió el envase en las alforjas.

Annie se lo agradeció con un gesto seco de la cabeza y guio a *Diamante* por el jardín lateral hasta una abertura en la cerca de tablas que había pintado de blanco el año anterior. Una vez estuvo al otro lado de la cerca, continuó bordeándola hasta llegar al frente de la propiedad, observando el césped del jardín vallado. Todo se secaba. Todo.

Pese al sistema de riego subterráneo extraordinariamente caro, que su difunto esposo había instalado con sus propias manos y conectado a uno de los profundos pozos del rancho, era raro que la hierba sobreviviera intacta todo el verano. Con todo, pensó mientras dejaba la finca atrás, ineficaz o no, era mejor que nada. Al menos el césped era verde y estaba vivo.

—¡Ya está bien! —le espetó a la sombra que cabalgaba a su lado—. Ya basta, Annie. Ya basta —repitió. La mano derecha sostenía débilmente las riendas, la izquierda descansaba en el muslo y temblaba.

No le hizo caso, y se concentró en el paisaje ondulante que se extendía ante sus ojos, buscando sistemáticamente los daños que el viento o las inundaciones habían infligido en los angostos puentes de madera que Burt y Nando habían construido sobre los diversos arroyos que surcaban serpenteantes las mil seiscientas hectáreas. Annie miraba una y otra vez a la derecha, hacia la parda colina que ocultaba el sol cada mañana. Como la raíz nudosa de un árbol añoso y distante, la colina flanqueaba la carretera recién asfaltada que conducía por el este a la interestatal, y por el oeste a la Mesa. A la reserva. Desde donde estaba no podía verla.

La colina interceptaba la carretera a un kilómetro de allí; en ese lugar era alta y se hallaba cubierta de arbustos espinosos y matas de hierba filosa y cortante; todavía allí la jalonaban grandes piedras pardas y pedruscos semienterrados. Era como una tapia que dejase fuera el resto del mundo, o que mantuviese a los konochinos encerrados. Sin embargo, había quienes no la encontraban lo bastante alta ni fuerte.

Habían salido de allí para ver qué aspecto tenía el mundo exterior, para descubrir qué ofrecía el mundo aparte de una vida en una reserva. Para ella había consistido en Burt y una breve pero lucrativa carrera en Hollywood; para otros, desgraciadamente, sólo prejuicios y dolor y, en última instancia, una tumba demasiado lejos de casa.

Diamante hizo un abrupto corcoveo para obligarla a prestar atención, a buscar en el suelo señales de serpientes de cascabel. A esa hora ya debían de estar por ahí —el sol estaba alto y calentaba lo suficiente— y podían encontrarse enroscadas y acechantes bajo cualquier piedra.

Pero no halló ninguna, y se extrañó de que el caballo diera saltos y caracoleos para indicarle que no le entusiasmaba la idea de acercarse al flanco de la colina que daba a los terrenos del rancho. Fue entonces cuando vio los buitres. Eran cinco y sobrevolaban en círculo la carretera de doble carril. Annie soltó una maldición y espoleó al caballo para llevarlo en esa dirección. Apenas le quedaba ganado; habían vendido casi todas las reses poco después de la muerte de Burt y desde entonces rara vez decidía reponer las cabezas que iban perdiendo. De vez en cuando alguna lograba cruzar la cerca de espinos que delimitaba sus pastizales, resbalaba y caía al fondo de una quebrada; en ocasiones la mataba una serpiente; y otras veces sencillamente no encontraba agua ni alimento y, dándolo todo por perdido, se echaban a morir.

Annie vio una furgoneta aparcada en el arcén junto al extremo más apartado de la cerca que se extendía en paralelo al asfalto. El aire recalentado sobre el pavimento producía ondulaciones fantasmales que distorsionaban la figura del vehículo.

—¿A ti qué te parece? —preguntó a *Diamante*—. ¿Serán turistas?

El desierto que se abría más allá de Sierra Sandía era hermoso a su modo duro y desolado; los destellos de color tanto más bellos cuanto más raros. Su belleza constituía también una trampa. No era raro que algún turista desaprensivo aparcara a un lado de la carretera para caminar un poco o para estirar las piernas y admirar el paisaje; tampoco era infrecuente que el calor y las engañosas distancias se aliaran para extraviarlo. Si al principio podía ver todo cuanto lo rodeaba, un instante después podía encontrarse solo. A veces le era imposible regresar.

Al cabo de unos veinte metros *Diamante* se detuvo en seco.

—¡Venga! —dijo Annie—. ¡Camina, hombre! ¡No seas idiota!

El caballo sacudió la cabeza con violencia y trató de morderle la bota, señal de que no estaba dispuesto a dar un paso más. Annie echó una mirada de furiosa impotencia a la cabeza del animal, que retorció agitadamente las orejas. De nada serviría tratar de obligarlo a avanzar. Era tan testarudo como ella, y encima mucho más fuerte.

—Está claro que no hay nada que hacer —dijo malhumorada mientras se apeaba de la silla—. ¡Idiota!

Sacudiéndose el polvo de las manos en los tejanos se aproximó a la furgoneta, al tiempo que miraba hacia los lados por si veía que había sido lo bastante estúpido para alejarse de ella.

No había recorrido ni diez metros cuando oyó el zumbido de las moscas. Se le contrajo el estómago en una reacción anticipada a lo que podrían ver sus ojos si seguía acercándose, pero no se detuvo. Miró la cerca y no encontró alambres cortados ni estacas arrancadas. La furgoneta, de color verde oscuro, estaba salpicada de barro.

—¿Hola? —dijo en voz alta, por si acaso.

Las moscas sonaban como abejas. El viento la empujó por la espalda. Sorteó un enebro extendido y se llevó la mano izquierda al estómago.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Jesús, Jesús!

No se trataba de una res extraviada. Eran dos y yacían boca abajo, piernas y brazos abiertos, plegados de forma antinatural. Las moscas se arremolinaban en masas ondulantes, negras y espesas, alzándose en el aire para bajar otra vez con violencia. A un par de metros un gallinazo miraba, abriendo y cerrando las alas lentamente. Dio un picotazo al aire. Una vez.

Annie giró sobre sus talones y se inclinó hacia adelante, con los ojos cerrados y el estómago contraído por los retortijones, tragando saliva para frenar el vómito. Eran cuerpos humanos, lo supo por la forma.

A pesar de las moscas, a pesar del sol, estaba claro que habían sido desollados.

2

Hacía un sol de justicia, y no soplaba una pizca de viento.

En la capital del país los coches avanzaban a trompicones ruidosamente, y los escasos peatones caminaban con la mirada fija en el suelo, rogándole al cielo que funcionase el aire acondicionado en el próximo edificio en que entraran: en la prolongada ola de calor de aquel mes de julio eso no siempre sucedía.

La irascibilidad había subido como la espuma; el índice de crímenes pasionales aumentaba, y rara vez se echaba la culpa al clima por el ambiente de inquietud reinante.

El despacho, que ocupaba parte del sótano del edificio J. Edgar Hoover, era, al decir de algunos, un monumento vivo a la lucha del orden contra el caos. Era largo, no demasiado estrecho, y estaba dividido por la mitad por una mampara de cristal que se alzaba hasta el techo y de la que hacía tiempo que se había quitado la puerta. Las paredes estaban cubiertas de anuncios y carteles, y no había superficie horizontal que no estuviese sepultada bajo libros, carpetas y pilas de papeles. La luz era escasa sin llegar a ser fúnebre y, como de costumbre, el funcionamiento del aire acondicionado dejaba mucho que desear.

En la sala del fondo dos hombres y una mujer examinaban el contenido de una serie de carpetas señaladas con etiqueta roja. Abiertas sobre un estante bajo, cada una de ellas revelaba una foto en blanco y negro de un cadáver desnudo que yacía en medio de lo que parecía ser el suelo embaldosado de un cuarto de baño.

—Te juro que esto nos está volviendo locos —aseguró el primer hombre con tono apesadumbrado. Era alto, fornido y pelirrojo. Llevaba un traje marrón demasiado ceñido para que se sintiera cómodo; se había bajado el nudo de la corbata y abierto el botón del cuello de la camisa, únicas concesiones que se había permitido para combatir el calor y la inmovilidad del aire. Se pasó la mano por la bronceada mejilla y

se secó la palma en el pantalón—. Sé que eso es una firma, pero soy incapaz de leerla.

—Pues ponte las gafas, Stan —dijo la mujer. Era casi de su estatura, de rostro ovalado y plano, casi blando; labios estrechos y ojos pequeños bajo cejas oscuras. A diferencia de la ropa de su compañero, su traje de lino color crema parecía hecho a medida—. Eso no es una firma, sólo son cortes de cuchillo. A ver si te enteras, porque eres tú el que nos está volviendo locos.

Stan Bournell cerró los ojos un instante, como si rezara. No dijo nada.

—Lo que importa es el cuarto de baño —siguió ella con tono aburrido. El otro hombre entendió claramente que era la centésima vez que ella se hacía esa reflexión. La mujer sacó un pañuelo de papel de un bolsillo y se lo aplicó a los labios—. Es más fácil de limpiar, y demasiado pequeño para que la víctima pueda esconderse o echar a correr, y…

—Beth, Beth —dijo Bournell cansinamente—. Eso ya lo sé. Yo también tengo ojos en la cara, ¿sabes?

El segundo hombre se hallaba de pie entre los dos, con las manos apoyadas holgadamente en las caderas. Había dejado la chaqueta doblada junto a su corbata sobre el respaldo de una silla en la sala de al lado, y llevaba la camisa arremangada. No tenía arrugas y su edad podría ser cualquiera entre veinte y muchos y treinta y pocos, según la generosidad de quien lo calculara. En aquel momento, él tenía la impresión de sobrepasar los cincuenta años.

La discusión había empezado desde el instante en que los dos agentes entraron en el despacho como una tromba y abrieron las carpetas.

El hombre se alejó de sus compañeros un paso para acercarse al anaquel. Ambos tenían razón. Había leído los expedientes unos días atrás a petición del jefe de su sección, pero no dijo nada al respecto a los agentes; éstos ya estaban bastante irritados. Aspiró aire y se pasó un dedo por la nariz pensativamente.

Las cinco víctimas —al menos las cinco de las que el FBI tenía conocimiento— habían sido inicialmente agredidas en otras dependencias de sus respectivas casas. Se trataba de casas, no de apartamentos; en urbanizaciones de la periferia urbana, no en las ciudades. Todas las señales acusaban la escasez o inexistencia de señales de lucha tras el primer ataque, lo cual indicaba un exceso de conocimiento por parte del agresor, o que jugaba con el factor sorpresa. Todas las víctimas habían sido inmovilizadas con cloroformo y arrastradas hacia otro lugar. Todas eran mujeres de veinte y pocos años, y todas habían sido asesinadas en sus cuartos de baño, estranguladas con lo que podía ser un cinturón de cuero o una tira de piel sin curtir; desnudas hasta la cintura, y heridas en los senos con una hoja de afeitar. Un corte en

cada uno. Ninguna había sido violada.

Beth Neuhouse soltó un gemido y se acomodó la blusa.

—Por favor, ¿acaso no funciona el aire acondicionado en este lugar? ¿Cómo podéis trabajar aquí? Esto es una sauna.

Fox Mulder hizo un gesto de indiferencia y se llevó una mano a la cabeza. Volvió a examinar las fotos una por una con creciente rapidez, como si leyera.

—¿Y bien? —preguntó Bournell—. ¿Nos vas a enseñar uno de tus trucos de magia? ¿Nos darás un conejo que perseguir?

Mulder alzó la mano para pedir silencio. Sacó las fotos de sus carpetas y las puso en fila. Poco después intercambió los lugares de la segunda y la cuarta.

—Mulder —dijo Neuhouse—, no tenemos todo el día. O sabes algo o no lo sabes. No te pongas a jugar, ¿de acuerdo?

Mulder enderezó la espalda y casi sonrió.

—Beth, alcánzame una hoja de papel, por favor —dijo, señalando vagamente con la mano izquierda hacia el despacho vecino.

Fue más el tono de su voz que la petición en sí lo que puso en movimiento a la mujer. Quienes habían trabajado para él habían oído ese tono al menos una vez. Uno de los agentes más veteranos decía que era como cuando se oye el primer ladrido de un sabueso que por fin ha localizado el olor que buscaba: no se le discute, se le sigue y basta. Y de paso uno se asegura de que el arma esté engatillada.

Bournell frunció el entrecejo.

—¿Qué es? Yo no lo veo.

Mulder acercó más las fotos entre sí y señaló con el dedo.

—Está ahí. Creo. —Vaciló—. Estoy…

—Aquí la tienes. —Neuhouse le puso una hoja en blanco en la mano. Miró las fotos y añadió con voz más queda—: Hace un mes que vengo mirando a esas mujeres, Mulder. Sueño con ellas.

Mulder sabía exactamente lo que quería decir. En muchos sentidos, mirar las fotos en blanco y negro era tan desagradable como ver los cadáveres en vivo. Pese a la falta de color, se percibía la muerte violenta y aunque no había olor, cualquiera podía evocarlo con un mínimo esfuerzo.

—Bueno, ¿qué hemos encontrado? —preguntó Bournell.

—No estoy seguro. Parece una locura.

Neuhouse rio discretamente.

—En ese caso el lugar no podía ser más apropiado, ¿no?

Mulder sonrió. No había hostilidad en aquella observación y él no se la tomó a

mal. Conocía su fama en el FBI y ya no le preocupaba. Era un loco, un solitario, alguien capaz de atravesar la frontera de lo racional. Seguía la lógica y el razonamiento tanto como cualquier otro, pero en ocasiones consideraba que no había por qué ceñirse a las normas. En ciertas ocasiones daba abruptos saltos de intuición que lo llevaban mucho más adelante que los demás jugadores.

A veces eso bastaba para que lo consideraran un mago, pero otras muchas veces lo miraban como a un brujo. A él no le importaba porque esa fama a menudo resultaba útil.

—Vamos, Houdini —se quejó Bournell—. Me tienes en ascuas.

Beth le propinó un juguetón manotazo en el brazo.

—Cállate y déjalo pensar.

—¿Qué pensar ni qué pensar? Lo único que tiene que…

—Aquí está. —Desvanecida la indecisión, estampó el papel en el estante, y se sacó una pluma del bolsillo de la camisa—. Mirad esto.

Los otros dos se asomaron por encima de sus hombros mientras él apuntaba a la primera de las fotografías, que no coincidía con la primera víctima en orden cronológico.

—El corte se extiende desde la parte de arriba del seno derecho hasta la inferior del izquierdo. Con la siguiente sucede lo contrario.

—¿Y? —preguntó Bournell.

—Podría ser que el asesino se colocara por encima y cortara sin más. —Mulder se incorporó de pronto y los otros saltaron hacia atrás cuando con la mano izquierda hizo una furiosa y desatinada demostración del movimiento de corte—. Podría ser, pero yo no lo creo. Esta vez no. —Señaló la foto de la tercera mujer—. Esto es sin duda la mayor parte de una letra. ¿No es así?

—Una «erre», tal vez, si se combina con la siguiente —dijo Neuhouse mirando a su compañero, como si le desafiara a contradecirla—. No se me ocurre otra cosa.

—Pues vaya torpeza —dijo Bournell.

—¡Por lo que más quieras, Stan, el tipo está cortando carne! ¿Cómo diablos esperas que le salga?

Mulder copió las líneas de los cortes en el papel, lo volvió del otro lado y lo alzó en vertical.

Los dos agentes miraron el papel desconcertados y luego miraron a Mulder. Bournell con cara de perplejidad, Neuhouse con una incredulidad que la obligó a reprimir una carcajada.

—Está escribiendo su nombre —dijo Mulder—. Os está diciendo quién es. —

Suspiró ruidosamente—. Letra por letra.

La cafetería estaba a dos manzanas de la sede del FBI. Se trataba de un establecimiento angosto que hacía esquina y disponía de un largo mostrador de formica y media docena de mesas aisladas entre sí por mamparas de cristal. En la decoración dominaban los tonos claros de azul y blanco. El cristal ahumado de las ventanas paliaba en teoría la furia del sol que, no obstante, amenazaba a Mulder con un potente dolor de cabeza cada vez que miraba hacia la calle.

Una vez hubo despachado al dúo de contrincantes, recogió la corbata y la chaqueta y se largó del despacho, atormentado por un estómago que rugía inmisericorde y una cabeza que amenazaba con estallarle. Todavía podía oírlos protestar, llamándole loco de atar, repitiendo una y otra vez que los asesinos no escribían su nombre en sus víctimas, y mucho menos en griego clásico.

Cuando por fin, no sin reticencias, admitieron que tal vez tuviera razón, exigieron saber quién era el asesino y por qué lo hacía. Mulder no tenía respuestas que darles. Se lo dijo y se lo repitió varias veces. Cuando por fin se les metió en la cabeza, abandonaron el despacho con la misma brusquedad con que habían entrado y él se quedó mirando a la puerta durante un minuto entero hasta que decidió que lo mejor que podía hacer era marcharse de allí antes de que le estallara la cabeza.

Lo malo era que, aunque notaba el estómago vacío, la discusión y el calor le habían quitado el apetito. La hamburguesa y las patatas fritas tenían un aspecto delicioso, pero no lograba convencerse de probar bocado. Por tonto que pareciera, no podía comer.

Se oyó el ulular de una sirena. Un coche patrulla pasó a toda velocidad por el centro de la calle atiborrada. En la mesa de enfrente dos parejas hablaban de béisbol y maldecían el calor que desde hacía casi dos semanas atormentaba a los habitantes de Washington. A su derecha, sentado en el último taburete del mostrador, un anciano que vestía un jersey desgastado y una gorra de golf escuchaba un programa de opinión en una radio portátil. Los oyentes llamaban a la emisora para saber qué pensaban hacer las autoridades locales ante la inminente escasez de agua y las deficiencias del suministro eléctrico. Algunos eran lo bastante viejos para seguir echándole la culpa a los rusos.

Mulder suspiró y se frotó los párpados. No cabía duda. Necesitaba salir de la ciudad. No tanto como unas verdaderas vacaciones, simplemente alejarse algunos días del ruido y de la contaminación, del fuego cruzado en el que se encontraba casi

siempre que se le pedía opinar sobre un caso.

En épocas más tranquilas era agradable saberse requerido; en días como aquél, en que la tensión se veía exacerbada por la prolongada ola de calor, ansiaba que lo dejaran en paz de una maldita vez. Cogió una patata del plato con el tenedor y la miró, sombrío. La radio anunció un festival de cine de ciencia ficción en uno de los canales por cable. Viejas películas de los cuarenta y los cincuenta. No había garantías de que fueran buenas, sólo entretenidas. Soltó un gruñido y se metió una patata en la boca. «Está bien —pensó—, si no puedo salir de la ciudad al menos puedo encerrarme en casa, desenchufar el teléfono, pedir unas pizzas y cervezas y ponerme a mirar la tele hasta que se me caigan los ojos. Susan Cabot en «La mujer avispa»; Ken Tobey en «La criatura», Ann Hatch en «La mujer que vino de más allá de Marte»». La vida en toda su diversidad.

Se sonrió. Cuanto más pensaba en ello más le gustaba la idea. De hecho, justo cuando empezó a atacar la hamburguesa decidió que era justo lo que necesitaba: colgar el cerebro en el perchero de su casa y dejar que el mundo real siguiera su curso prescindiendo de él unos días. Con estos pensamientos se terminó la hamburguesa sin darse cuenta. Buena señal. Sonrió más abiertamente cuando una mujer se acercó a su mesa lanzando una mirada asqueada al plato que estaba a punto de terminar.

—¿Sabes una cosa? —le dijo su colega—: Tus arterias tienen que ser un prodigio de la ciencia. —Mulder pescó la última patata frita en el momento en que Dana Scully le dio una palmada en el dorso de la mano—. Deja eso y escucha. Tenemos trabajo.

Dana tenía casi la edad de Mulder, era más baja que él, de rostro ligeramente redondeado y cabello castaño rojizo que le rozaba los hombros. En más de una ocasión algún delincuente en fuga la había considerado demasiado femenina para representar un obstáculo. Ninguno había mantenido esa opinión por mucho tiempo.

Mulder se limpió los labios con una servilleta al tiempo que su sonrisa perdía resolución.

—¿Trabajo?

—Skinner —dijo ella—. A primera hora de la mañana. Sin excusa que valga.

Mulder mantuvo la sonrisa, pero su mirada había cambiado. Había en sus ojos un brillo de anticipación. Que el director adjunto Skinner los llamara en un momento como aquél, en que se hallaban empantanados en una ciénaga de casos pendientes, significaba por regla general una cosa. En algún lugar los esperaba un Expediente X.

—Puede que sea eso —dijo Dana leyéndole el pensamiento. Le arrebató la última patata y la mordió hasta la mitad—. O simplemente que te hayas vuelto a meter en un lío.

3

La luz crepuscular anticipaba el desierto, y la ciudad que se extendía al pie de Sierra Sandía una noche agradablemente fresca. A esas horas el calor había empezado a disiparse y la brisa del atardecer levantaba vacilantes torbellinos de arena a lo largo de la carretera que iba de Albuquerque a Santa Fe. Las serpientes buscaban sus nidos. Un correcaminos atravesó velozmente un pequeño corral, haciendo las delicias de un grupo de chiquillos que se resistían a dar por terminada su clase de equitación. En lo alto un halcón volaba dejándose llevar por las corrientes térmicas.

En la vega de Río Grande, a la sombra de un bosque de álamos gigantescos, Paulie Deven arrojaba piedras y guijarros a las menguadas aguas, maldiciendo cada vez que el proyectil caía en barro seco. Detestaba Nuevo México.

Se suponía que Río Grande era impresionante, profundo, abundante en rápidos, acantilados y esas cosas tan emocionantes. Allí no era así. Allí podía lanzar un escupitajo con la seguridad de que llegaría a la otra orilla, y apenas si había caudal. En cuanto a los acantilados y los rápidos, ni hablar.

Arrojó otra piedra. A sus espaldas podía oír, velada, la música que salía de la caravana que sus padres habían alquilado al promotor para vivir mientras se construía la nueva casa. La casa debería haber estado terminada hacía tres meses, cuando llegaron de Chicago. Pero faltaban unos permisos, y encima había habido una huelga, y que si esto, y que si aquello. Soltó un gruñido y lanzó otra piedra, esta vez con tanta fuerza que le dolió el hombro.

Pensó que iba a vivir en el Oeste. Tal vez no en el «legendario» pero en el Oeste al fin y al cabo. Se dijo que lo único que habían hecho sus padres era cambiar una ciudad por otra.

Lo sobresaltó una leve lluvia de guijarros, pero no se volvió para mirar. Sin duda se trataba de la pelmaza de su hermana, que se deslizaba por el terraplén para decirle que mamá y papá querían que volviese a la caravana antes de que algún animal salvaje se lo llevara al desierto como desayuno. Y qué más. Como si por esos andurriales

hubiese algo lo bastante grande para comerse a un jugador de rugby.

—Paulie, ¿eres tú?

Él la miró por encima del hombro.

—¿Estás ciega o qué? —contestó Paulie malhumorado.

Patty lo imitó burlonamente y se detuvo a su lado. Tenía dieciséis años, uno menos que Paulie. Llevaba gafas de cristal espeso, no menos que su cerebro, y el pelo recogido en dos desaliñadas coletas que le saltaban sobre el pecho a cada paso. No es que fuera estúpida, pero él no podía evitar pensarlo cada vez que la veía. Patty se sentó y se abrazó a sus rodillas.

—Vaya río, ¿eh? —comentó la chica.

—Qué observadora.

—Se están peleando otra vez.

—Vaya sorpresa.

Desde que se instalaron en la caravana no habían dejado de reñir por la casa, por la mudanza, por la cuerda floja en que andaba el empleo del padre, por cualquier cosa que les diera tema de discusión. Paulie había desencadenado una auténtica guerra el día en que echó mano de sus ahorros para comprarse un pendiente indio de cuentas de vidrio y piedrecitas. Su padre lo trató de hippie maricón; su madre lo defendió, y Paulie terminó por marcharse dando un portazo antes de que le hirviera la sangre de verdad.

Patty miraba el lento discurrir del agua con la barbilla apoyada en las rodillas. Al cabo de un rato miró a su hermano.

—Paulie, ¿vas a fugarte?

No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Qué?

Patty se encogió de hombros y volvió la vista al río.

—Tal como has estado actuando, no sé, pensé… Pensé que a lo mejor te daba por tratar de volver a Chicago.

—Ojalá. —Arrojó otra piedra que fue a estrellarse contra el barro de la otra orilla —. ¿Has pensado alguna vez en eso?

—No hago otra cosa.

Aquello lo sorprendió. Patty era la sensata, la madura, la que no dejaba nunca que nada la afectara. Le fastidiaba reconocerlo, pero había perdido la cuenta de las veces que su hermana le había salvado el pellejo sólo con hablar con sus padres y hacerles olvidar que estaban furiosos con él. Fugarse, escapar y volver a Chicago, era la típica insensatez que se le ocurriría a él, no a ella.

El sol desapareció detrás del horizonte.

Entre los álamos se hizo de noche. La luz de la caravana de sus padres y de las otras cercanas se reflejaba en el río junto a otras luces de la orilla opuesta: todo se orquestaba para recordarle que seguía en aquel lugar. De pronto advirtió que no le gustaba la idea de quedarse solo.

—Tú no estarás pensando en marcharte, ¿no?

Su hermana soltó una risita.

—¿Estás loco? ¿Irme yo, de este paraíso? —Volvió a reír—. Lo siento, Paulie, pero me faltan dos años para graduarme. No voy a echarlo todo a perder, bajo ningún concepto. —Lo miró otra vez y él sólo alcanzó a verle los ojos—. Pero cuando acabe te juro que me largaré de este maldito pueblo tan deprisa que no podrás acordarte ni de mi cara.

Paulie sonrió.

—No es que sea muy difícil de olvidar.

—Vete a la mierda, hermano.

—Odio la mierda. No huele más que a mierda.

Tras un instante en silencio prorrumpieron en carcajadas, tapándose la boca con las manos y doblando la cintura hasta que a Patty le dio hipo, lo cual ofreció a Paulie la placentera oportunidad de aporrearle la espalda hasta que su hermana le apartó el puño de un manotazo.

—Te lo digo en serio —insistió, congestionada por la risa—. No estoy bromeando.

—Ya. Bueno. Sí. —Paulie fijó la mirada en el agua oscura y se rascó la nariz—. Yo tampoco.

Por encima de la música se oyeron voces airadas.

A lo lejos se oyó un portazo y luego el arranque de un motor de camioneta, seguido por un chirrido de neumáticos. Hacia la izquierda, más allá del último árbol, se escuchó un siseo.

Paulie fue el primero en oírlo y miró río arriba, el entrecejo fruncido, tratando de ver en la oscuridad.

—Pat.

—¿Eh?

—¿Las serpientes salen de noche?

—¿Qué dices? ¿Qué serpientes?

Paulie le apretó el brazo para que callara. Un siseo, lento y constante, casi inaudible.

—No —susurró ella con un discreto temblor en la voz—. Al menos no que yo

sepa. Hace demasiado fresco, ¿sabes? A las serpientes les gusta el calor…, creo.

Puede que tuviera razón, pero a él eso le sonaba a serpientes. A muchas serpientes, allá lejos, a unos treinta metros donde no había luz.

Patty le tocó la mano para que la soltara y para que supiera que también ella lo escuchaba. Fuera lo que fuera. No alcanzaban a ver a un palmo de sus narices. Una ráfaga de viento agitó las hojas y Paulie dirigió la mirada hacia arriba, conteniendo el aliento hasta que supo qué había sido aquello.

Ésta era otra de las cosas que más detestaba de aquel maldito lugar: estaba lleno de ruidos que no podía identificar, sobre todo a partir del crepúsculo. Todos esos ruidos extraños le ponían la piel de gallina. La fuente del ruido cambió de lugar. Pero ahora parecían cuchicheos secos y rápidos, y Paulie se levantó apoyándose en una rodilla y entrecerrando los ojos para averiguar qué los producía. Patty lo siguió casi a rastras sin quitarle la mano de la espalda.

—Vámonos de aquí, Paulie, ¿vale?

Su hermano sacudió la cabeza obstinadamente. No bastaba con que a sus padres se les hubiera ocurrido la absurda idea de volver a empezar cuando se ganaban la vida perfectamente allá, en el Norte, parecía que los catetos de la zona estaban empeñados en meterle miedo. Al niñato de ciudad. Así es como lo llamaban en el colegio, burlándose de él, nada impresionados por su tamaño ni por las miradas iracundas que les dedicaba. Claro. Porque eso no era una ciudad, ¿verdad? Porque allí no había embotellamientos, ¿verdad? Porque allí la gente no se mataba a tiros, a puñaladas y a golpes como en Chicago, ¿verdad?

Algo se movió en la oscuridad. Se oyó otro siseo.

—¿Paulie?

El muchacho se puso de pie tratando de no hacer mucho ruido. Se limpió las manos en los pantalones y las cerró en un puño. Habían logrado enojarlo de verdad.

—Vamos, Paulie.

—Márchate —ordenó a su hermana sin volverse para mirarla.

Estaba claro que allí había algo que se movía; tal vez no fueran más que unos chiquillos tratando de meterle miedo. Dio un paso hacia un lado de la orilla y tropezó con un palo. Sin apartar la mirada de la oscuridad se agachó para recogerlo.

—¡Paulie!

—¡Qué subas a casa te he dicho! —espetó él con voz más alta de la que hubiera querido—. No me provoques, Patty.

Fijaba la vista con tal intensidad que casi se mareó. Era como tratar de perfilar los contornos de la niebla.

Se frotó los ojos con fuerza, pero no logró ver mejor. No había luz.

«No hagas el tonto —se dijo—. Márchate de aquí antes de que pase algo».

Notó un brazo por encima del hombro y su esfuerzo para reprimir el grito fue tal que casi se ahogó.

Patty abrió la mano para que viera el pálido reflejo de un encendedor de oro. Paulie se volvió para preguntarle desde cuándo fumaba con la mirada. Se dio cuenta de lo inoportuno de su curiosidad cuando ella lo miró con cara de decirle «después te cuento, idiota», y con un gesto de la barbilla le instó a mirar hacia adelante. Sonrió sin ganas. Se aseguró de la firmeza y equilibrio del palo que asía y dio un decidido paso hacia adelante al tiempo que enderezaba la espalda.

—Oídme bien, gilipollas. Iros a la mierda si no queréis que os haga daño.

Nadie respondió, sólo el siseo. Alzó el mechero y lo encendió, entrecerrando los ojos para ajustar la visión al tenue resplandor amarillo de la llama. Mientras alzaba la mano y la movía de un lado a otro algunas sombras se alejaban y otras se acercaban. Los árboles se movían; las hojas formaban una tonalidad gris; la orilla del río adoptaba contornos que no existían.

—¡Eh!

Dio un paso más.

—¡Eh!

Otro. La brisa le acarició la nuca y agitó la llama que distorsionó las sombras. Seguían acercándose y susurrando, y Paulie asió con más fuerza el palo, alzándolo, listo para asestar un batacazo a la primera cabeza que surgiera de las tinieblas. No sería la primera vez que desplomaba a un corredor de béisbol con un solo brazo.

Las hojas de una rama baja le rozaron la mejilla y el hombro derechos sin darle tiempo a apartarse. Le pareció que Patty había pronunciado su nombre, pero no estaba seguro. Ahora no oía más que el ruido de sus zapatillas arrastrándose por el suelo, la brisa que pasaba entre las ramas y el susurro. Frunció el entrecejo.

No; no eran susurros. Era un siseo, como le había parecido desde el principio. Pero era raro. No era como el que hacen las serpientes, no, sino como de muchas cosas rozando una superficie áspera. Susurros de voces. Dio un traspié. Se pasó la lengua por los labios.

«De acuerdo —pensó—. Puede que no sea gente, y Patty ha dicho que no creía que fueran serpientes; desde luego el río no era».

Entonces, ¿qué demonios era?

La brisa agitó las hojas y Paulie miró rápidamente hacia arriba, miró de nuevo hacia adelante y sonrió. Era eso: alguien que arrastraba una rama por el suelo. Hojas;

el siseo lo hacían las hojas.

Pero el ruido cada vez era más fuerte. De pronto el encendedor se calentó demasiado para seguir sosteniéndolo. Maldijo en silencio y dejó que la llama se apagara, agitando la mano para enfriarse los dedos y el metal de modo que pudiera volver a encenderlo en una emergencia.

Esperaría hasta que el muy imbécil estuviese lo bastante cerca, entonces encendería el mechero y golpearía al mismo tiempo. El muy idiota ni sabría qué le pasó. Se dispuso a escuchar, adoptando la postura de un bateador esperando el lanzamiento.

«Al bate —pensó—. Yo os voy a dar bate».

Más fuerte. No se oían pasos, pero eso no venía al caso.

Miró hacia atrás pero no pudo ver a su hermana; miró hacia adelante y distinguió vagamente una sombra que, a causa de la absoluta falta de luz, parecía más alta de lo normal. Más fuerte. Muy fuerte.

«Niñato de ciudad», pensó airadamente, y encendió el mechero.

No llegó a batear. Su hermana gritó. No podía batear. Su hermana soltó un alarido. Y Paulie también.

4

El director adjunto Walter Skinner estaba sentado ante su escritorio, con las manos apoyadas en el regazo, la mirada extraviada en el cielo raso. No sonreía. Sobre el escritorio, en el centro, había una carpeta abierta. Skinner bajó la vista y la miró con desagrado, meneó la cabeza y se quitó las gafas de montura de alambre. Se masajeó la nariz con el índice y el pulgar.

Mulder no decía nada, y, sentada a su lado, Scully mantenía una expresión perfectamente neutra.

Hasta ese momento la reunión no había dado buenos resultados. Seis meses de conversaciones telefónicas interceptadas a un capo de la mafia de Pittsburgh se habían ido al garete al extraviarse las transcripciones. Mulder, que fue el primero en llegar, se topó de lleno con el huracán que Skinner había desatado contra su secretario y a otros sonrojados agentes. Mulder, que ya había probado en repetidas ocasiones las hieles de Skinner, supo escurrirse discretamente hacia el despacho con un saludo desde lejos.

Después metió la pata protocolaria de sentarse sin haber sido invitado a hacerlo. Cuando Skinner entró a su despacho, rojo de exasperación, a Mulder le faltó velocidad para ponerse de pie, y el gélido saludo que el director le dedicó no se habría derretido ni en los altos hornos.

Desde entonces todo había ido de mal en peor, aun después de que llegara Scully, pues Skinner no dejó de maldecir a los idiotas, incompetentes y torpes agentes y técnicos con los que se veía obligado a trabajar, ninguno de ellos capaz de atarse los cordones de los zapatos, y mucho menos de seguirle la pista a un felón sin que alguien los llevara de la mano.

Mulder lo encajó todo sin hacer comentarios. Al menos para variar, esta vez, la diatriba no iba contra él.

La manzana de la discordia entre ellos dos era, por regla general, el Expediente X, igual que ese día.

El FBI investigaba una amplia gama de delitos federales, desde el secuestro a la

extorsión, pasando por el asesinato político y el atraco a un banco; también se ocupaban de casos locales si las autoridades competentes les pedían ayuda y si el caso era de tal envergadura que podía considerarse de posible interés federal, es decir, si, en líneas generales, podía afectar a la seguridad nacional.

Pero no siempre era así. Ocasionalmente se presentaban casos que desafiaban la definición jurídica, e incluso a veces toda definición racional. Casos que parecían sujetos a influencias paranormales, inexplicables, extrañas, o que se consideraban ligados a participación de OVNIS. Los Expedientes X.

No había nada en el mundo que intrigara más a Mulder y su inquietud constante rayaba casi en la obsesión; los Expedientes X eran la prueba de su convicción de que la verdad no resultaba siempre tan manifiesta como pudiera parecer, ni era siempre liberadora o bienvenida. Pero existía, y él se había resuelto a descubrirla. Y desvelarla. El precio era lo de menos; él tenía sus razones.

Skinner dejó caer la mano pesadamente sobre la carpeta.

—Mulder… —Hizo una pausa. La luz que se reflejaba en sus gafas le ocultaba los ojos de manera inquietante—. Mulder, ¿cómo espera usted que me crea que este asesino está escribiendo su nombre en el pecho de sus víctimas?

Fue por el tono más que por las palabras que Mulder adivinó que en realidad al director le preocupaba otra cosa.

—A mí me pareció obvio, señor, una vez establecida la pauta.

Skinner lo miró a los ojos unos instantes antes de decir llanamente:

—Ya.

Una rápida ojeada a Scully le bastó para saber que no se equivocaba con respecto al ángulo que le interesaba al director; supo también que, de algún modo, se las había arreglado para pisar a alguien. Otra vez, para variar.

Mulder se sabía incapaz de bailar al son que tocaba el Buró, y así se lo había confesado a Scully en más de una ocasión. Había, en efecto, pocas cosas que lo sacaran más de quicio que la política interna del Buró. Reconoció que se había equivocado, habida cuenta de las personalidades involucradas en el caso en cuestión; que tendría que haber dejado que fuesen Neuhouse o Bournell quienes dieran con la solución. Él tendría que haber actuado como guía, limitándose a sugerir en lugar de pontificar.

Y, habida cuenta de las personalidades involucradas, tendría que haber supuesto que al menos uno de ellos, probablemente Bournell, se quejaría de que Mulder estaba tratando de robarles el caso y de paso el mérito.

—Señor —dijo Scully.

Skinner alzó la mirada sin mover en absoluto otra parte del cuerpo.

—Tal como yo lo veo, nos enfrentamos a una grave limitación temporal. A juzgar por los intervalos que ya ha establecido, el asesino debería volver a matar en el espacio de la quincena que viene. Tal vez antes. Cualquier cosa que el agente Mulder les dé a estas alturas, cualquier orientación que ofrezca, pese a su ya pesada carga de casos, sólo puede ser una ayuda, y no una interferencia.

Mulder asintió con un cauteloso gesto de cabeza. Su otra reacción habría sido echarse a reír.

—Además —añadió Scully sin énfasis cuando el director volvió a ponerse las gafas—, dudo que a Mulder este caso le parezca lo bastante extraño como para sentirse tentado.

Skinner miró a Mulder sin parpadear.

—En eso estamos de acuerdo, agente Scully —afirmó el director.

Mulder no lograba descifrar la expresión de aquel hombre. No podía olvidar que había sido Skinner quien cerrara los Expedientes X siguiendo órdenes de los de arriba, a quienes les preocupaba que Mulder se enterara de según qué cosas que, en opinión de ellos, no eran de su incumbencia. Tampoco podía olvidar que había sido Skinner quien ordenó abrir esos casos de nuevo, y Mulder sospechaba que el director no había recibido aplausos por esa decisión.

Era todo muy confuso. Skinner no era un enemigo pero tampoco un aliado incondicional. Pese a la importancia de su cargo era una sombra, y Mulder nunca había llegado a saber de qué clase de sombra se trataba o qué la proyectaba.

—Perdone usted, señor —eligió con cuidado las palabras—, ¿se me está amonestando por prestar una ayuda que fue solicitada?

—No, agente Mulder —respondió el director con voz cansina—. No es una amonestación. —Volvió a frotarse la nariz, esta vez sin quitarse las gafas—. Aunque en las actas consta que yo lo he convocado, no hay por qué hacer constar esta conversación. Pero para la próxima vez hágame un favor: ahórreme problemas y llamadas telefónicas y, para variar, deje que sean los demás quienes busquen la solución. Tal como lo ha sugerido la agente Scully, sea usted el guía.

No sonrió, cosa que tampoco hicieron sus interlocutores. Por último, cerró la carpeta de golpe y con un gesto de cabeza indicó a los agentes que podían marcharse, pero cuando éstos alcanzaban el vano de la puerta, añadió:

—¿Griego, Mulder?

—Griego clásico, señor.

—Sí, claro —asintió el director.

Mulder venció la tentación de despedirse con un saludo militar y siguió por el vestíbulo a Scully, quien le propuso ir a la cafetería.

—Mira, Scully —empezó a decir mientras caminaban—, te agradezco el apoyo. De verdad. Pero no necesito que me defiendan.

Ella lo miró y soltó un suspiro.

—Sí que lo necesitas, Mulder.

Él le devolvió una mirada perpleja.

—Confía en mí —dijo ella dándole una palmadita en el brazo—. Esta vez tendrás que confiar en mí.

Su malhumor no estalló hasta bien entrada la tarde. Había estado en su escritorio clasificando con desgana una serie de casos nuevos que había que evaluar. Sus estudios en Oxford sobre el análisis del comportamiento criminal y su talento natural para descubrir pautas y pistas allí donde no parecían existir constituían un imán para las investigaciones que, súbita o inevitablemente, entraban en callejones sin salida. Lo que lo enojaba era la sospecha, reconocidamente infundada, de que Bournell y Neuhouse le habían hecho la zancadilla deliberadamente para que recibiera una amonestación. Ninguno de los dos era incompetente, y menos estúpido. A la larga habrían terminado por ver lo que él vio; y al Buró le sobraban expertos, aquí en la ciudad y si no en Quantico, que habrían llegado a las mismas conclusiones.

Se apoyó en el respaldo de la silla, estiró las piernas y fijó la vista en la puerta cerrada. Un hilillo de sudor le cruzó la mejilla.

No pudo evitar preguntarse si ellos habían decidido volver a por él una vez más: los poderes invisibles a los que había dado en llamar el Gobierno de las Sombras; gente que sabía más de lo que estaba dispuesta a reconocer sobre la verdad que él creía escondida en los Expedientes X. No era paranoia. En más de una ocasión habían tratado de desacreditarlo para justificar su despido. Hasta habían tratado de matarlo Y también a Scully.

Sólo el haber atraído algunos amigos hacia el territorio gris de las sombras movedizas lo mantenía vivo y activo, y él lo sabía. Era posible que fuesen ellos otra vez. Tal vez lo estuviesen provocando, tratando de distraerlo, de obligarlo a cometer un descuido en uno de los casos que tenía a su cargo. Por las malas había aprendido que ni Skinner ni los demás estaban en posición de protegerlo.

—Tendría que haberles dicho que era ruso —musitó mirando al suelo. Y rio.

Necesitaba salir de aquel lugar. Un cambio de aires, nada más. Aclararse las ideas.

La puerta se abrió de golpe y el sobresalto casi le hizo caer de la silla. Bournell apareció en el vano de la puerta y lo señaló con el dedo.

—Mulder, ¿quiénes saben griego antiguo? —preguntó autoritariamente.

—¿Y yo qué sé? —Dijo Mulder contrayendo los hombros—. Los griegos antiguos, ¿no?

Bournell parpadeó lentamente y dio un paso al frente en el momento en que las rejillas de ventilación dejaron escapar una corriente de aire frío. Hizo ademán de cerrar la puerta del despacho, pero cambió de idea. Se metió la mano en el bolsillo.

—Los curas, Mulder. Los seminaristas. Los profesores de los seminarios. Los predicadores, Mulder. Los pastores. —Se alisó la corbata y agregó—: En definitiva, Mulder, gente que estudie la Biblia.

Mulder esperó pacientemente, imperturbable.

Sospechaba que no resultaría útil ni diplomático señalar que la lista podía incluir profesores de lenguas antiguas, arqueólogos y quién sabe cuántos oficios más, por no hablar de los inmigrantes griegos que hubieran estudiado en Grecia, o los eruditos, no necesariamente universitarios, de al menos quince disciplinas científicas o humanísticas. El colega parecía entusiasmado consigo mismo y no sería Mulder quien le echara el jarro de agua fría.

—He estado pensando —prosiguió el agente, haciendo tamborilear los dedos en el archivador más cercano—. Tenías razón en lo del griego, y me he dado no sé cuántas bofetadas por no haberlo visto antes. Pero he de decirte que te equivocabas con respecto al nombre.

Mulder se incorporó lentamente en el asiento, ladeando la cabeza y entrecerrando los párpados.

—¿A ver?

—En la universidad fui miembro de una hermandad de chicos.

—Habría sido más divertida una de chicas.

Bournell lo calló con una mirada escandalizada y Mulder tuvo que alzar las manos en gesto de disculpa.

—Bueno, bueno, decías que estuviste en una hermandad. ¿Qué tiene que ver eso con…?

—Alfa, Ci, Ro. Ni más ni menos. —Extendió la mano derecha, en la que ostentaba un impresionante anillo de sello, un oscuro rubí tallado en bisel y engastado en oro. Se acercó otro paso para que Mulder pudiese verlo mejor—. En el borde, Mulder, fíjate en el borde.

Mulder vio las tres letras y contuvo el aliento.

—¡Recórcholis! ¡Claro!

Bournell retiró la mano.

—Ci, Ro. El símbolo de Cristo, Mulder —aclaró con tono entusiasta—. Eso es lo que ha escrito: Ci Ro. Esas mujeres no son putas callejeras; sería demasiado fácil. Pero apuesto todo lo que tengo a que algo las relaciona, algún nexo hay que a un fanático religioso le resulta, cómo lo llamaría, pecaminoso.

Mulder se reclinó en el respaldo, sin disimular su admiración.

—¡Está clarísimo!

Bournell sonrió y se frotó las manos. Miró entonces hacia la rejilla del aire acondicionado.

—Esto parece una nevera, oye. ¿Se ha estropeado el termostato o qué? —Giró sobre sus talones y se encaminó a la puerta, asió el pomo y se detuvo antes de salir.

Mulder vio que sus hombros se contraían y que luego se relajaban.

—Oye, gracias, Mulder. Te lo digo en serio. Te seré sincero: no estoy seguro de que yo me hubiera dado cuenta de lo del griego. Hace años que llevo este anillo y nunca lo había mirado con tanta atención. Pero acababa de hacerlo limpiar, y me lo estaba poniendo esta mañana cuando…, bueno, me puse a pensar, ¿sabes? Sin darme cuenta, me fijé en el anillo como nunca lo había hecho.

Bournell vaciló, parecía a punto de añadir algo, pero repitió su agradecimiento y salió, dejando la puerta cerrada.

Mulder permaneció un buen rato totalmente inmóvil. Finalmente, dijo a las paredes de su despacho:

—En verdad os digo que tengo que salir de esta ciudad.

5

El sheriff Chuck Sparrow se quitó el sombrero, se secó con el brazo el sudor del poco cabello que le quedaba y volvió a colocarse el sombrero, tirando fuerte del ala para ajustárselo bien.

—¿Qué te parece? —le preguntó la mujer que lo acompañaba, tragando saliva para no devolver la cena.

Sparrow movió la cabeza. Sólo se le ocurrían dos posibilidades: alguien necesitaba desesperadamente ejercitar sus habilidades de curtidor, o había vuelto a surgir una de esas condenadas sectas que se escondían en las montañas del lugar. En cualquiera de los casos, no hacía falta ser neurocirujano para darse cuenta de que le esperaba una carga de trabajo muy superior a la que estaba acostumbrado a despachar.

Se hallaban frente a la boca de una gruta pequeña que se abría en el flanco oeste de un cerro solitario que se alzaba a poca altura y a unos cuatro kilómetros al oeste del rancho de los Hatch. A sus pies yacían los restos de un novillo sobre el que se agitaban legiones de hormigas y de moscas, ansiosas por ejercer su derecho a despojar al animal de lo poco que de él quedaba.

—¿Qué te parece?

—Donna —dijo el sheriff—. Te aseguro que me gustaría saberlo.

Era una mujer de elevada estatura que escondía su figura en vaqueros muy holgados, una camisa de hombre de una talla más grande que la suya y botas de caña alta. Llevaba el pelo castaño corto y peinado hacia atrás por encima de las orejas. En la mano derecha lucía el anillo de plata más grande que Sparrow había visto en su vida. Su Cherokee, que cogía hasta para ir a la esquina, estaba aparcado junto a la cuneta, a pocos metros de allí; el sheriff había aparcado su coche patrulla justo detrás.

—¿Has echado un vistazo ahí dentro? —preguntó Donna apuntando con el mentón hacia la cueva.

—Sí —respondió el sheriff, con un exagerado tono de impaciencia—, sí, he mirado.

—¿Y?

—Y he encontrado catorce clases distintas de mierda de animal, ¿sabes? Huesos; huesecillos; la misma basura que siempre se encuentra en una cueva —añadió exasperado.

—En alguna parte he leído que suelen usar las grutas como refugio temporal —dijo la mujer.

Sparrow miró hacia la ladera del cerro y luego hacia los coches.

—Mira, Donna, no quiero que te lo tomes a mal, pero por estos lugares no se ha visto un solo puma en mucho tiempo, al menos desde que yo vivo y trabajo aquí. Además, por si no lo sabías, los pumas no suelen desollar sus presas antes de merendárselas.

—No hace falta que seas tan sarcástico, Chuck.

«No —pensó el sheriff—, lo que a ti te hace falta es un buen coscorrón en la cabeza, a ver si así dejas de tocarme las narices».

Lo malo era que se trataba ya del cuarto animal que encontraba hecho trizas en poco más de una semana; y siempre era igual: ni una sola señal, ni una huella, ni una maldita pista que insinuara qué podía haberlos matado, o, mejor dicho, qué podía haberlos despellejado de aquella manera. Por alguna razón sospechaba que el despellejamiento había precedido a la muerte; que las pobres bestias habían muerto a causa del shock, o desangradas.

También él moriría atormentado por el hedor de la carnaza, si no se largaba de allí. Se llevó una mano a los labios y echó a andar de vuelta hacia su coche. Donna lo siguió, caminando más despacio, tarareando una canción y haciendo chasquear los dedos.

Lo malo, pensaba el sheriff mientras salvaba el socavón de la cuneta con dos largas zancadas, era que si aquello se hubiese limitado a animales, su despacho no se habría llenado de otros hedores.

Pero los problemas habían surgido con la aparición de tres cadáveres humanos, tres víctimas que habían muerto de la misma manera que los animales, fuera cual fuera ésta. Y cada vez que alguien informaba de la aparición de otro cadáver era él quien se presentaba personalmente en el lugar de los hechos. No porque no confiara en sus ayudantes, pero al cabo de treinta y cinco años de rondar por los caminos rurales del desierto, de tratar con los indios de Santo Domingo, San Felipe y con los pueblo, recorriendo colinas y montañas hasta conocérselas de memoria, se había convertido en el experto local, por mucho que no deseara el título, pues, no sólo no lo había pedido, sino que daría gustoso el brazo derecho porque se le considerase

sencillamente estúpido.

Metió el brazo por la ventanilla del coche y sacó el micrófono; llamó y comunicó al encargado de la centralita lo que había encontrado y dónde. Mientras Donna lo miraba con desconfianza, Sparrow pidió que enviasen una camioneta para recoger el cadáver del animal, y que pidieran al veterinario de turno que se hiciese cargo de la autopsia. A continuación, echó el micrófono sobre el asiento de su coche patrulla y se recostó en la portezuela, con los brazos cruzados sobre un pecho casi tan voluminoso como su enorme barriga.

—¿Irás a comentárselo a Annie? —Donna estaba en el centro de la carretera y trazaba dibujos sin sentido en la arena que teñía de gris el negro del asfalto.

—¿Para qué? —Sparrow hizo un gesto vago con la mano señalando hacia la derecha—. Su casa está lejos de aquí.

—Podría ser suyo.

—Probablemente —reconoció Sparrow—, pero también podría ser de ellos, ¿no te parece? —Y señaló hacia la colina, más allá de la cual se alzaba lo que los lugareños llamaban la Pared de los Konochinos.

Donna no desvió la mirada; Sparrow sonrió. Donna no era lo que se dice amiga de los konochinos. Hacía años habían rechazado su oferta para actuar como intermediaria comercial en la venta de las artesanías indias; en una ocasión llegaron al punto de echarla de la reserva. La habían sacado de allí a cajas destempladas: a gritos, arrojándole lo que tuvieran a mano. Si hubieran podido la habrían llevado a lo alto de la meseta Viento de Sangre y la habrían lanzado al vacío, igual que hicieran sus antepasados con los curas y soldados españoles durante la rebelión de los pueblo, unos trescientos años atrás.

La única diferencia radicaba en que los españoles nunca volvieron a insistir ante los konochinos. Nadie sabía por qué. Ahora contaba con un intermediado, un tal Nick Lanaya, que trabajaba con ella y gracias a quien no había tenido que volver a poner los pies en la reserva.

—Una secta de satánicos —había comentado él, sin dejar de dibujar líneas con la punta de las botas; las manos en los bolsillos.

Sparrow soltó un bufido. Había repasado mentalmente la lista de habituales: desde los satanistas hasta los drogatas que pensaban crear un mundo mejor decapitando terneras y cabras. Ninguno de ellos mataba así y mucho menos gente y animales, y jamás de modo tan despiadado, para encima dejar los cadáveres tirados.

Después de todo, pensó Sparrow, él no era todo lo experto que se podía imaginar, y tuvo que reconocer que tal vez había llegado la hora de llamar a los expertos de

verdad. Su soberbia y la falta de resultados no tardarían en ser comidilla de todos los medios de comunicación locales.

Dos hombres se encontraban acuclillados en la ladera de una colina. Sus holgadas ropas eran tan pardas como la tierra que los rodeaba. Uno era anciano, y sus largos cabellos canosos le cubrían los hombros descarnados. Profundas arrugas surcaban el rostro de facciones biseladas. Llevaba colgado al cuello un collar hecho con huesos de serpiente de cascabel.

El otro hombre era mucho más joven, si bien no podía considerársele un muchacho. Llevaba la cabellera negra recogida con una anilla de oro y turquesas. Se abrazaba las rodillas con las manos, y sus dedos largos se movían como hierbas altas agitadas por un viento perezoso.

Hablaban poco, y cuando lo hacían empleaban una mezcla de español dialectizado y konochino.

—Padre —dijo el más joven, con tono respetuoso y cansino—, tienes que acabar con esto.

El anciano movió la cabeza.

—Tú sabes lo que está haciendo —insistió el hijo—: Nos está condenando a todos.

Tampoco esta vez respondió el anciano.

El más joven se inclinó para arrancar un matojo de hierbas, pero se detuvo en el último momento. Eran hierbas de hoja filosa: se habría herido los dedos con sólo rozarlas. Cogió entonces un guijarro y lo arrojó colina abajo. A sus pies pasaba la carretera que llevaba a la garganta, también al rancho de Annie Hatch y, más allá, a la interestatal. A sus espaldas se alzaba la meseta Viento de Sangre.

—Está muriendo gente, Dugan —dijo por fin, dejando de lado todo trato protocolario en favor del nombre de pila—. Ahora llega hasta Albuquerque. —No hizo ademán de mirarlo: sabía que el anciano tampoco lo miraba—. Se está haciendo demasiado grande para esconderlo. Tarde o temprano vendrán las autoridades. Y no podremos hacer nada por evitarlo.

El viejo se acarició el collar.

—Que vengan, Nick. Que vengan y busquen. No encontrarán nada.

—¿Y si lo encuentran? —insistió el joven.

El anciano sonrió.

—No se lo creerían.

Donna se quedó mirando cómo se alejaba el coche del sheriff, levantando nubes de polvo. Sabía que no haber identificado a la secta responsable de aquellas atrocidades suponía un duro golpe para el ego del sheriff, pero le parecía que ni él ni la policía local habían buscado donde había que hacerlo. Las redadas por los bares del centro de Albuquerque y el envío de agentes secretos a la universidad no servirían más que para aumentar el gasto en horas extras. Miró hacia el cielo con los ojos entrecerrados pero sólo distinguió una nube muy fina que parecía perdida en medio de aquella pálida inmensidad azul.

El *Journal* y el *Tribune* exigían cabezas, y si Sparrow no espabilaba la suya sería la primera en rodar. No es que a ella le preocupase demasiado, pensó con amargura mientras volvía a su coche. Sparrow ya era mayorcito. Sabía cuidarse solo. Y no era porque él no le prestase la menor atención, ni siquiera cuando ella trataba de ayudarlo, ni porque la considerase algo desquiciada, ni porque no le diera la hora a menos que ella se la pidiese…

—Mierda —dijo, dando una patada a uno de los neumáticos delanteros de su Cherokee—. Idiota.

Subió al automóvil y silbó de dolor cuando puso los dedos en el volante caliente. En el asiento del acompañante descansaban un par de guantes de trabajo que habían perdido su color original. Se los puso mientras miraba por el espejo retrovisor. Luego miró hacia la colina y la nube de moscas que marcaban el lugar donde yacía el novillo muerto. Se le contrajo el estómago. Respiró lenta y profundamente.

Había visto cosas peores en el desierto, y mucho peores en la ciudad, donde abundaban las trifulcas a navajazos o a tiros. No se explicaba por qué esto le afectaba tanto.

Bastó girar la llave un cuarto de vuelta para poner el motor en marcha; bastó otro vistazo al retrovisor para que casi soltara un grito.

Una camioneta de carga roja, cubierta de óxido y de polvo, se abalanzaba directamente contra su parachoques trasero; Donna no pudo ver otra cosa que el parabrisas inundado de luz solar y la calandra del radiador como los relucientes colmillos de un tiburón.

Donna se ovilló como pudo, preparándose para el impacto, pero la camioneta se desvió en el último instante, redujo abruptamente la velocidad, y pasó a su lado con tanta suavidad que Donna se preguntó si de verdad se habría acercado a la velocidad que le había parecido, si no habría sido una jugada de su imaginación. Al mirar a la

derecha se encontró con el rostro del otro conductor.

«¡Jesús, Dios mío!», pensó.

Un sombrero gris calado, gafas de sol negras, pelo negro y largo recogido en una coleta. León Ciola.

Donna no se dio cuenta de que había dejado de respirar hasta que la camioneta se perdió de vista más allá del polvo que levantaban sus ruedas; se recostó sobre el respaldo del asiento, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. La corriente del aire acondicionado apuntaba a su regazo produciéndole temblores, pero no apagó el aire ni desvió las salidas. Mantuvo los ojos cerrados hasta que no pudo más. Cuando los abrió se encontró sola; hasta el polvo había desaparecido.

«Márchate —se ordenó mientras intentaba tragar saliva que no tenía—. Márchate a casa, muchacha».

Pasaron diez minutos antes de que pudiese coger de nuevo el volante sin que le temblaran las manos; diez minutos hasta que se dio cuenta de que continuaba parada. Pisó a fondo el acelerador, luchando por controlar el coche hasta que logró enderezar el rumbo. El sol no le dejaba ver más que la carretera. Primero iría a casa; una vez allí se serviría un trago. Sólo entonces llamaría a Sparrow para decirle que Ciola había regresado.

Estaba segura de que el sheriff iba a recibir una bronca de campeonato.

El más joven se puso de pie, fingiendo un gemido mientras se frotaba la zona lumbar y estiraba las piernas para aliviar la rigidez.

—No podemos permitir que esto suceda, Dugan —insistió—. Echará a perder lo que hemos logrado con tanto trabajo.

El viejo no se levantó ni le devolvió la mirada, que mantuvo fija en las nubes de polvo que se alzaban a lo lejos.

—No podemos detenerlo, Nick.

—Tal vez no, pero a él sí que podemos detenerlo.

—De eso no hay ninguna seguridad.

«Sí que la tenemos, maldita sea —pensó el más joven con irritación—. Sabemos de sobra que es él y no estamos haciendo nada. Nada de nada».

El viejo preguntó quedamente:

—¿Qué pasa si estás equivocado?

Nick meneó la cabeza, aunque sabía que el viejo no le miraba.

—Si estoy equivocado no habremos perdido nada. Vendrán los anglos, echarán un

vistazo, se marcharán y nos dejarán de nuevo en paz. ¿Qué habremos perdido, Dugan?

La respuesta fue igualmente queda:

—Lo que es nuestro.

El joven sacudió de nuevo la cabeza. Aquella discusión era tan vieja como él, e incluso más: «Dejad que entre el mundo, no perderemos nada; tenemos la televisión y la radio, maldita sea». La réplica era: «Que el mundo se quede fuera porque nada tiene que ver con lo que nos hace ser como somos». Por esa razón se marchaban tantos jóvenes, y muchos de ellos no volvían jamás.

En un solo movimiento, tan ágil y rápido que apenas se vio, el viejo se puso de pie y se sacudió el polvo de los pantalones al tiempo que consultaba la hora en el sol. Sin decir una palabra caminó hasta lo alto del cerro. Nick lo siguió a un paso de distancia. Cuando llegaron a la cima, Dugan señaló hacia el pálido fantasma de la luna.

—Una noche más y habrá acabado.

Nick no dijo nada; el silencio fue el vocero de sus dudas.

—Una noche más. —El viejo se cogió de su brazo: la bajada al valle era muy pronunciada y resbaladiza—. Hoy en día hace falta mucha fe, ¿sabes? —Esbozó apenas una sonrisa—. Mucha más que antes, me temo. Pero ahí está.

A Nick no le preocupaba la fe. También él la tenía, y la conservó incluso durante su permanencia en el mundo exterior. No era la fe. Eran las muertes. Y lo que las muertes traerían.

6

Mulder iba de un lado a otro de su despacho, silbando. Era uno de esos días que empiezan con un amanecer apoteósico, irreal, de película, que parece traer tantas promesas que uno teme estar soñando. La ola de calor había remitido hacía tres días y en su lugar la capital disfrutaba de temperaturas primaverales; cada noche un ligero chubasco limpiaba las calles, y una brisa suave y constante impedía que la contaminación enturbiara el cielo azul. Las hojas de los árboles no acumulaban polvo, las flores brillaban: todo era tan perfecto que casi producía mareo.

Tardó un instante en darse cuenta de que Scully se encontraba sentada en su silla.

—Buenos días —saludó él alegremente.

Desde la reunión con Skinner había deshecho dos nudos más de otros dos casos que lo habían mantenido intrigado semanas enteras. Para variar, en ambos casos los agentes encargados se mostraron abierta e inmediatamente agradecidos; no hubo egos lesionados, y dos delincuentes más estaban a punto de ser capturados.

Tampoco le sorprendía que Beth Neuhouse, a diferencia de Bournell, no le hubiera pedido disculpas por su comportamiento. De hecho hacía una semana que no la veía: otra señal de que la vida era hermosa y que tal vez él se hubiera equivocado con respecto a lo de la amonestación amañada.

Y como broche de oro, el festival de cine de ciencia ficción que aún pasaban por la tele le había permitido ver casi todas sus películas favoritas sin las molestas interrupciones de anuncios publicitarios de coches de ocasión o productos para combatir las hemorroides.

Lo único que le faltaba para colmar su felicidad era un generoso suministro de pipas de girasol.

—Bueno, ¿qué me cuentas? —preguntó al tiempo que dejaba caer su maletín al lado de un escritorio sobrecargado.

—Se te ve encantado de la vida. —Llevaba un traje verde y una blusa a juego—. ¿Ligaste anoche o qué?

—*La cosa* —respondió Mulder, apoyando la espalda en un archivador y exhalando un exagerado suspiro de satisfacción—. James Arness haciendo de zanahoria gigante. Insuperable.

—¿Qué?

Mulder hizo un gesto de desaprobación ante la ignorancia de la mujer con respecto a los buenos momentos de la vida.

—¿Te suena Ann Hatch? ¿La científica que se convierte en una criatura de fango verde y se come a los marineros borrachos de San Francisco? ¿*Presas de la noche*?

Tras un silencio, lleno de vacilaciones, Scully cayó en la cuenta.

—Ah, películas.

—Ah, películas —repitió Mulder—. Más que eso, Scully, mucho más. —Dio un golpe con los nudillos en el archivador que contenía los Expedientes X—. El arte imita a la vida.

Scully entornó los ojos, recogió una bolsa de plástico del suelo y se la arrojó a Mulder, que la atrapó con una mano a la altura del pecho. Contenía medio kilo de pipas. Sonrió. Una señal; tenía que ser una señal. La sonrisa se transformó en mueca de desconfianza.

—No hay cosa que te moleste más que verme comer estas cosas. Ensucio, y tú odias la suciedad. —Miró la bolsa—. ¿Qué te traes entre manos?

Scully se encogió de hombros inocentemente y volvió a bajar la mano, esta vez para recoger su maletín.

—Tú quieres salir de la ciudad una temporada, ¿no es así? Huir del calor; ver algo distinto, ¿no? Cambiar tu vida monótona y gris, ¿no?

—¿Qué? ¿Y perderme la versión original de Los invasores de Marte? ¿Gente que se convierte en zombis y lleva cojinetes y rodamientos injertados en el cuello? ¿Estás loca o qué?

Scully alzó una carpeta, la sacudió y se la puso en el regazo con gesto de severa institutriz.

—Tú querías salir de la ciudad. Bueno, pues ahora tienes la oportunidad de hacerlo.

Mulder miró la carpeta, luego a Scully, luego la bolsa de pipas, y lamentó haber abierto la boca. Definitivamente, todo eran señales, y él no estaba preparado para interpretarlas. Scully sonrió tímidamente, divertida por la expresión de Mulder.

—No te preocupes. Esta vez probablemente te guste.

Mulder permaneció a la expectativa y Scully se acomodó en el asiento.

—A ver, ¿qué experiencia tienes en materia de reses mutiladas?

—No, por favor, Scully, eso otra vez no. —Se encaminó hacia una silla con ruedas y se dejó caer sentado aprovechando el impulso para girar y quedarse mirándola. Cruzó las piernas. No pensaba responder a lo que evidentemente no era más que una pregunta retórica, hasta que cayó en la cuenta de que tenía que hacerlo. Scully lo estaba preparando para algo que escapaba del ámbito de lo «corriente».

—Está bien —dijo, dando una palmada sin levantar los codos de los brazos de la silla—. Dependiendo del caso, podemos hablar de sectas neo raras que exigen sacrificios, siendo la vaca el animal favorito; o de experimentos secretos del gobierno en el campo de la inmunología, basados en premisas de guerra química real o potencial; pruebas de guerra química sin más; o —miró al techo—… o experimentos realizados con tecnología supuestamente extraterrestre. —Meneó la cabeza lentamente —. Por nombrar sólo algunas posibilidades.

Scully abrió la carpeta.

—En unos casos las reses han sido desangradas, o se les han extraído trozos de piel y músculos u órganos…

—O sencillamente han sido descuartizadas y tiradas en medio del campo para que se las encontrase algún campesino. ¿Y a mí qué me cuentas? Tú sabes que ése es el tipo de cosas que yo… —Y se calló. Los dos se miraron.

Había estado a punto de decir «que yo no necesito saber».

El primero en apartar la mirada fue él, que se concentró en la punta de sus zapatos.

—¿Dónde?

—En Nuevo México.

Mulder soltó una risotada.

—Mutilaciones de reses, ¿eh? Muy bien. Cerca de Roswell, supongo. Venga, Scully. No me tomes el pelo. No estoy yo para ésas…

Scully le enseñó un par de fotografías que no daban lugar a comentarios. Cogió las fotos y al cabo de un rato puso ambos pies en el suelo y se inclinó hacia adelante, los codos apoyados en los muslos. Tardó en entender el significado de todo aquello, y cuando lo comprendió empezó a respirar con más rapidez. Al principio no vio más que masas compactas de color blanco y gris esparcidas por la tierra, o lo que parecía tierra. Se trataba de arena del desierto, tal vez. Parpadeó y las masas tomaron la forma de cuerpos de animales desollados, descarnados, en algunos casos hasta el hueso. Salvo los cráneos al aire, no quedaba nada de sus cabezas.

—La de la izquierda —le dijo Scully— llevaba dos días perdida.

No tenía ojos, y un examen más pormenorizado le reveló un ejército de hormigas y unas cuantas moscas que el fotógrafo no habría logrado ahuyentar. Tenía las patas

traseras descoyuntadas; la boca abierta y se le veía la lengua, pero ésta era mucho más pequeña y estrecha de lo que correspondía, además de estar manifiestamente descarnada. Aunque había manchas oscuras, Mulder buscó en vano charcos de sangre o rastros de ella.

—La de la derecha fue encontrada, según creen, pocas horas después de morir.

Una vez más, la piel y la mayor parte del tejido muscular habían sido arrancados por completo; y hasta donde Mulder pudo ver, tampoco en este caso se veían rastros de sangre.

Mulder miró a Scully.

—Aquí no se trata de simple despellejamiento. ¿Cómo lo llamarías tú? ¿Desollamiento?

Scully asintió con gesto cauteloso, poco dispuesta, como de costumbre, a comprometer su opinión hasta no haber visto las pruebas personalmente.

—Yo diría que sí. Pero no estaré segura hasta que lo haya visto con mis propios ojos. —Le alcanzó otro par de fotografías.

Desconcertado, Mulder las tomó y, después de mirarlas detenidamente, se apoyó en el respaldo, consternado y haciendo un esfuerzo sobrehumano para tragar saliva.

—¡Por Dios!

Gente. Era gente. Cerró los ojos un instante y dejó las fotos a un lado. A lo largo de los últimos años había visto todo tipo de horrores, desde desmembramientos hasta la más cruda carnicería, pero nunca había tenido delante nada tan perverso como aquello. No tuvo que volver a mirarlas para saber que en este caso se trataba de algo diferente, por decirlo de algún modo.

Esa gente había sido desollada, y a Mulder no le hizo falta preguntar si las víctimas habían sido desolladas vivas.

—Esto viene de Skinner, ¿no?

Scully asintió mientras trataba de sujetarse un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Las autoridades locales, en fin, el sheriff del condado llamó… —Se interrumpió para consultar una página del expediente—. Llamaron a Rojo Garson, de la oficina de Albuquerque. Por lo visto enseguida se acordó de ti.

Mulder guardaba algún recuerdo de Garson. Era un tipo del Oeste, curtido y atlético, que había pasado una breve temporada en la academia del Buró en Quantico, haciendo menos gala de sus habilidades —aunque las tenía en abundancia— que de unas ganas casi incontrolables de marcharse del Este en cuanto pudiera. Cosa que hizo a la primera de cambio. Mulder sabía que Garson nunca se hacía el loco cuando se trataba de acudir al lugar de los hechos, de modo que este caso tenía que haberlo

dejado completamente desconcertado. No era el tipo de persona dada a pedir ayuda.

—Mulder, quienquiera que haya hecho esto está enfermo de verdad.

Un enfermo, un perturbado, o alguien tan desprovisto de emociones que bien podría no ser humano. Escogió una foto al azar: una pareja. Mulder agradeció que lo que les quedaba de rostro no mirase a la cámara.

—¿Amarrados? ¿Drogados?

Scully se aclaró la garganta.

—Es difícil saberlo, pero los indicios apuntan a que… —volvió a callar, y Mulder percibió el nerviosismo y la rabia en la voz de la mujer—, los indicios apuntan a que no estaban ni una cosa ni otra. Y Garson no cree que hayan sido asesinadas en otro lugar y abandonadas en ése.

Mulder se pasó la mano por la boca y se mordió el labio inferior con actitud pensativa.

—La doctora forense Helen Ríos no ha podido determinar si las víctimas estaban conscientes o no en el momento de su muerte. La ausencia de cantidades significativas de epinefrina parece indicar que sucedió con demasiada rapidez para que el cuerpo produjera esta sustancia, cosa que suele hacer en casos de violencia extrema.

—El *rush* adrenalínico de la víctima —aclaró Mulder quedamente.

Scully levantó la vista desde el informe.

—Eso. Pero hay otra cosa.

Mulder no supo qué preguntar.

—Por lo visto estaban vestidas en el momento de la agresión.

Mulder se movió en su asiento, inquieto.

—Espera un momento.

—En cada uno de los escenarios se encontraron jirones de ropa. Ni siquiera eran jirones, apenas si eran trocitos. Tiras de cuero de botas o zapatos. Botones de metal.

—Scully, espera.

A Scully le temblaban las manos cuando metió la carpeta de nuevo en el maletín.

—El patólogo dice que o murieron del shock o desangradas. —Tomó aire despacio—. Garson, por su parte, piensa que murieron del susto, que ya estaban muertas cuando cayeron al suelo.

Mulder le pidió que callase con un gesto de la mano.

—Scully, esta gente, y olvídate de los animales un momento, esta gente fue atacada por alguien o por un grupo, fue desollada, su ropa terminó hecha trizas y de la piel no ha quedado ni rastro. Me estás diciendo…

—Yo no te digo nada, son ellos —corrigió Scully.

—Vale. Vale. Ellos dicen que sucedió tan rápido que no dio tiempo para que la epinefrina… —Sonrió sin ganas y miró a su alrededor sin fijarse en nada en particular —. Scully, tú sabes tan bien como yo que eso es imposible.

—Probablemente —admitió Scully—. No he tenido mucho tiempo para pensar.

Mulder se puso de pie abruptamente.

—No tienes por qué pensar, Scully. No hay nada que pensar. Eso es prácticamente imposible y punto.

—Razón por la cual tenemos que estar en Dulles a primera hora de la mañana. Haremos escala en Dallas y estaremos en Nuevo México hacia la una de la tarde, hora local. —Alzó un dedo para adelantarse a la objeción—. Y recuerda, en este caso la palabra clave es prácticamente, Mulder, la cual no quiere decir definitivamente.

Mulder se quedó mirando el maletín de Scully. Extendió los brazos como si abarcara todo el trabajo que quedaba por hacer en el despacho y dijo:

—¿Qué se le va a hacer? —lo que provocó una sonrisa en Scully, quien no tuvo nada que añadir.

Mulder solía reaccionar de aquel modo cada vez que un Expediente X aterrizaba en sus manos. Era como un cambio de marchas, de estado mental; el entusiasmo corriente se transformaba en otro de distinta especie. Para él, imposible significaba que alguien había decidido que no había explicación para lo que hubiera sucedido. Pero siempre había una explicación, siempre.

Aunque no siempre les gustaran a sus superiores y a Scully las explicaciones existían. A veces bastaba un poco de imaginación para encontrarla, una perspectiva menos rígida desde la que contemplar el mundo, una disposición a entender que a veces la verdad se ocultaba tras una máscara.

—Hay algo más —añadió Scully cuando ya Mulder recogía la bolsa de pipas y su maletín.

—¿De qué se trata?

Scully se puso de pie y se alisó la falda.

—Hay una persona que dice haber presenciado una de las muertes.

Mulder quedó boquiabierto.

—¿Lo dices en serio? ¿Un testigo que ha visto quién ha hecho esta carnicería?

—Una testigo —corrigió Scully—. Y dice que no era una persona.

Mulder guardó silencio, esperando oír más.

—Dijo que era una sombra.

«Diablos», pensó Mulder.

—Eso. O fantasmas.

7

Un fuego ardía en un agujero de poca profundidad. El humo se alzaba en oscuras volutas que se retorcían reflejando las llamas antes de escapar por el irregular orificio que se abría en la bóveda de la sala subterránea. En las paredes toscamente excavadas se proyectaban sombras nacidas de otras sombras que se hallaban sentadas en bancos de tablones alrededor del agujero.

Eran un total de seis hombres sentados con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en las rodillas, seis cuerpos magros desnudos de tensa musculatura y de cabello lacio, que brillaban con el sudor que reflejaba el fuego, los ojos fijos en las llamas que bailaban empujadas por una corriente que ninguno de ellos podía sentir. Encima del fuego, colocado en una parrilla de metal, un cuenco cocido al fuego contenía un líquido incoloro que burbujeaba sin despedir vapor.

Había un séptimo hombre sentado en un asiento esculpido en la piedra roja, retirado de los demás, entre las sombras a las que, según prescribía el rito, pertenecía. No llevaba ropa alguna; sólo una cinta en la cabeza decorada con piedras pulimentadas y gemas, todas ellas distintas, ninguna más grande que la yema de un dedo. Con la mano derecha sostenía el esqueleto de una serpiente; de la izquierda colgaba la cola negra de un caballo, rematada con un nudo y entrelazada con cintas azules, rojas y amarillas. Sus ojos negros no fijaban la mirada en ninguna parte en concreto. Uno de los seis hombres terminó por moverse; hinchó el pecho y exhaló el aire con un suspiro silencioso. Cogió un cazo de arcilla que sostenía el hombre sentado a su izquierda, lo hundió en el cuenco, y se puso de pie como pudo, estirando unas escuálidas piernas que apenas si lo sostenían. Le dijo una palabra al fuego. Otra palabra al cielo que, velado por el humo, se alcanzaba a ver por el orificio de la bóveda. Llevó entonces el cazo hacia el hombre de la silla, susurró unas palabras y vertió el líquido hirviente sobre la cabeza del séptimo hombre. Éste permaneció inmóvil.

El agua se abrió paso entre sus cabellos, por encima de los hombros, por la

espalda y el pecho. Siguió sin moverse.

La cola de caballo se agitó un poco, pero no la mano que la sostenía. El anciano regresó al círculo, tomó asiento, y, tras ese único movimiento, volvió a la inmovilidad anterior. Sólo se escuchaba el fuego.

Un hombre solitario espera en el centro de ninguna parte. Está de pie en el centro de un reguero de huesos esparcidos; huesos de coyote, de puma, de caballo, de toro, de carnero, de serpiente.

Desde donde está puede ver que de la Mesa de Viento de Sangre se levantan columnas de humo que confluyen a casi cien metros de altura para seguir su ascenso unidas en una única columna que parece elevarse hacia la luna.

La luz de la luna arrancaba reflejos esmeralda del centro de la masa de humo.

El hombre sonrió inopinadamente.

Extendió los brazos como para invitar al humo a acercarse a él, pero éste no se movió.

El hombre tenía paciencia. Se había movido antes; se movería otra vez.

Y pasada esa noche, cuando aquellos viejos necios hubieran terminado, él actuaría por su cuenta.

Todo cuanto tenía que hacer era creer.

Donna giró entre las sábanas, dormida; gimió tan fuerte que su propia voz la despertó. Abrió y cerró los ojos repetidas veces para ahuyentar la pesadilla, y cuando estuvo segura de haberlo logrado, sacó las piernas de la cama y se sentó, abriendo la boca para tragar el aire frío que le hacía estremecerse.

La casa estaba en silencio. El escaso vecindario se mantenía en silencio. La luz de la luna se filtraba por los resquicios que las cortinas dejaban en las dos ventanas de la habitación y en su recorrido iluminaban conos de partículas de polvo en suspensión.

Bostezó y se levantó; bostezó de nuevo mientras se rascaba los costados y por debajo de los senos. La pesadilla se había esfumado, en fragmentos dispersos, pero sabía lo que había soñado, sospechaba que se trataba de la misma pesadilla que venía atormentándola desde hacía dos semanas.

Caminaba en el desierto, cubierta únicamente por una camiseta larga; sus pies descalzos sentían el frío nocturno del suelo del desierto. Un viento constante le acariciaba el rostro. La luna estaba tan grande que parecía a punto de chocar con la

tierra, y las estrellas eran demasiado numerosas para contarlas.

Pese a que caminaba en contra del viento, podía oír que algo se acercaba a ella por detrás, pero cada vez que se giraba se encontraba con el vacío de la noche y con su propia sombra.

Algo que la interpelaba con silbidos siseantes, se le acercaba arrastrándose.

Cuando no podía soportarlo más se despertaba, consciente de que de lo contrario moriría. No era supersticiosa, pero no podía evitar hacerse preguntas.

Se encaminó con pasos adormilados hasta la cocina, abrió la nevera y se preguntó si sería demasiado tarde o demasiado temprano para tomarse una cerveza. La hora no le importaba demasiado, pero sabía que si bebía en ese momento se encontraría en la ducha antes del amanecer, maldiciéndose y preguntándose cómo iba a sobrellevar la jornada que la esperaba con tan pocas horas de sueño.

Dejó que la puerta se cerrara por su propio peso, hizo un gesto de aprobación a su actitud responsable, bostezó y se encaminó hacia la puerta trasera.

El patio de su casa era pequeño y terminaba, igual que todos los demás patios que daban al camino vecinal, en una tapia de ladrillo color tierra. Los álamos que bordeaban la pared tapaban la vista de las otras casas, aunque éstas se encontraban demasiado lejos para verlas incluso a la luz del día, a menos que uno mirase desde la misma tapia. De pronto se sintió demasiado sola. Allí fuera no había nadie. Se encontraba completamente aislada e indefensa.

Le entró pánico. Desde la ventana del salón tampoco podía ver gran cosa: los rosales que con tanto empeño trataba de convertir en seto le ocultaban la carretera y el campo que se abría más allá. Estaba atrapada.

Soltó un grito y corrió a la puerta. La abrió de golpe y salió al porche pero se detuvo antes de rodar escaleras abajo. El contacto de los pies con el frío hormigón la estremeció; un viento gélido le ciñó la camiseta al pecho y al estómago.

«Me mudo a la ciudad en cuanto amanezca», resolvió, como hacía siempre después de cada pesadilla. Sonrió al recordarlo.

«Vaya pedazo de mujer estás hecha —se dijo con sarcasmo—. Te crees muy dura, pero tienes un sueño de nada y dejas un charco en las sábanas».

Dio un paso atrás para entrar de nuevo en la casa, riendo en voz alta, pero no tan alta como para no oír el silbido siseante a su espalda.

El humo ascendía y giraba en espirales y engullía la luz esmeralda.

Mike Ostrand estaba un poco borracho. ¡Qué diablos! Estaba como una cuba, y

apenas si alcanzaba a ver el salpicadero, y mucho menos la carretera interestatal. El haz grisáceo de los faros se difuminaba y enfocaba una y otra vez, haciendo que la carretera se moviera de un lado para otro como si no hubiera forma de mantener el coche en su carril. «No vale la pena esforzarse», pensó.

La carretera de Santa Fe era, salvo por alguna que otra leve cuesta, totalmente recta hasta Bernalillo y más allá, hasta Albuquerque. Bastaba con apuntar una vez y no mover el volante en todo el trayecto. Lo había hecho cientos de veces.

Tuvo un hipo, eructó y torció el gesto al notar el sabor amargo que le subía por la garganta.

La radio emitía canciones de Willie Nelson. Se frotó los ojos con una mano y miró por el retrovisor. No vio más que negra oscuridad. Y negra oscuridad adelante.

El velocímetro marcaba 110. Si contaba con algo de suerte, es decir con mucha suerte, estaría en casa a las dos, y dormido a las dos y diez, suponiendo que lograra llegar hasta la cama. A las dos y cinco si no pasaba del sofá.

Rio, pero fue más una risita que una carcajada, y bajó la ventanilla cuando sintió que se avecinaba un bostezo. Por muy borracho que estuviera, sabía de sobra que era mucho mejor dejarse abofetear por el viento que dormirse poco a poco y encontrarse con la nariz enterrada en la cuneta después de haber atravesado el parabrisas con la cabeza.

El aire olía bien. El motor emitía un ruido firme, fiable.

—Yo también lo soy —anunció a la carretera—. Firme como una roca y dos veces más duro.

Otra risotada, otro eructo. Había sido una buena noche. Mejor dicho, había sido una noche estupenda. Aquellos capullos de Santa Fe, convencidos de saber mucho antes que el resto del mundo cuál sería la próxima tendencia artística, habían decidido que era él. «Collages vivientes», habían llamado a sus obras; «el genio del desierto», lo habían llamado a él.

—¡Es increíble! —gritó, a medias contento, a medias escéptico.

Después de pasar doce años tratando de vender cuadros que ni a él mismo gustaban, cortó un cacto pequeño en dos mitades longitudinales, las pegó a un lienzo, agregó unos cuantos huesecillos de pájaros y un par de cuentas, le dio un nombre cualquiera y, para ver qué pasaba, lo llevó al norte del país.

Les encantó. Los dejó a todos encantados.

Él se había burlado de ellos y sus pretensiones, y ellos se desvivían por comprar su obra.

El viento que entraba por la ventanilla tiraba de sus largos mechones rubios,

enredándoselos y amenazando con producirle un intenso dolor de cabeza.

Cinco años después, al cabo de veinticinco obras más, montadas cuidadosamente en el transcurso de borracheras fulgurantes, su cuenta bancaria se había hinchado hasta el delirio, tenía casa nueva y cambiaba de coche de año en año; las mujeres hacían cola para estar con él, en la esperanza de que sus dedos del desierto viviente surtieran efectos mágicos en sus pieles.

El éxito casi le hacía sentirse mal. Pero no estúpido.

Las tendencias eran poco más o menos lo mismo que las modas, y sabía de sobra que la siguiente temporada bien podría ser para él la última en la cresta de la ola. Por eso necesitaba aislarse un tiempo, sacar adelante una buena docena de proyectos más, y salir de todo aquello antes de que terminara como los demás: arruinado y diciéndole: «Yo antes era un tipo importante, ¿sabes? De verdad. Te lo digo en serio» al desconocido que tuviera a bien brindarle otra cerveza en algún bar desconocido.

El velocímetro marcó ciento treinta. Empezó el dolor de cabeza. Los ácidos burbujeaban en su estómago.

Se pasó el dorso de la mano por la cara y, justo cuando recuperó una visión nítida, percibió algo a su derecha, apenas al borde del haz de luz.

Observó con el entrecejo fruncido y gritó cuando el coche siguió su mirada y se precipitó hacia el arcén. El golpe de volante fue demasiado abrupto y se vio lanzado al centro de la carretera, dio otro volantazo, pisó el acelerador en lugar del freno y gritó sin voz cuando las ruedas derechas rascaron los ásperos guijarros que bordeaban el asfalto. El coche tembló ruidosamente avanzando de manera peligrosa.

Quedó paralizado sin saber qué hacer: ¿tenía que girar el volante a favor o en contra del patinazo? Vio con horror que los arbustos bajos y la cuneta se le acercaban a paso de carga. Consiguió girar el volante en el último instante y se encontró de nuevo en el asfalto.

Tenía el rostro empapado en sudor. Necesitaba aliviar su vejiga de inmediato.

Le temblaba tanto la mano izquierda que se la puso entre las rodillas y apretó con fuerza hasta que se calmó.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, ay, ay, Dios mío!

«A partir de ahora, a cuarenta», se juró a sí mismo; tanto le daba si no llegaba hasta el amanecer, pero no iba a pasar de cuarenta hasta llegar a casa. No estaba sobrio, pero desde luego tampoco se encontraba tan borracho como hacía un instante.

Al cabo de un rato el velocímetro llegó a ochenta. Vio cómo la aguja subía poco a poco, y decidió que estaba bien. A cien, ni uno más. Así llegaría antes a casa, lo que no era mala idea, pues tal como estaba de borracho representaba una amenaza para sí

mismo fuera de casa.

Tragó saliva, respiró hondo; apagó la radio pero lo último que necesitaba ahora era perder la concentración. Tenía que mirar la carretera y nada más.

Volvió a verlo. No fue más que la insinuación de un movimiento que corría junto a él al otro lado de la cuneta, lo cual era imposible. Iba a ciento cinco, por favor, sólo otro coche podría correr tanto. Aventuró un rápido vistazo que le obligó a dar un golpe de volante cuando el coche empezó a desviarse. Se pasó la lengua por los labios. No se veía nada.

Pero si estaba claro que no podía haber nada, Dios mío. Son los faros. Eso es todo. Es la luz al enfocar una hilera de enebros, quizá, o algún pino, una roca, o algo así. Sus ojos habían percibido el reflejo seudoestroboscópico y el whisky se había encargado de convertirlo en algo que corría a su lado. Eso era todo, se repitió.

Lamentó que la luna no brillara más.

«Olvídate de los cuadros —decidió medio kilómetro más adelante—; a la mierda con todo». Había terminado. Tenía suficiente dinero, la casa estaba pagada, ¿qué más quería?

Al recibir un impacto en la puerta lateral, el coche dio otro bandazo. Gritó y vio que sus manos aferradas al volante perdían definición, que la carretera se oscurecía cada vez más; gritó más fuerte con el segundo golpe y miró hacia el lado para encararse con el estúpido borracho que quería sacarlo de la carretera. No vio nada.

Cuando miró de nuevo hacia adelante ya era demasiado tarde. La carretera había desaparecido. Lo único que pudo hacer fue protegerse el rostro con los brazos, cerrar los ojos, y gritar.

No se produjo el incendio. Tampoco hubo explosión. Mike Ostrand colgaba cabeza abajo sostenido por el cinturón de seguridad y escuchaba los crujidos que emitía el motor al enfriarse, el susurro del viento que entraba por la ventanilla abierta. También oía un silbido siseante que, pensó, serían las últimas vueltas de las ruedas.

Instantes después, cuando algo entró por la ventana y le tocó el brazo, perdió el conocimiento.

8

La Posada de la Mosca se hallaba situada entre Río Grande y una elevada tapia de adobe que se alzaba frente a la carretera. Se trataba de una edificación central de dos plantas que albergaba los despachos de administración, un amplio salón embaldosado, refrescado por una fuente chispeante, y un restaurante lo bastante espacioso para recibir cómodamente a cien comensales. A izquierda y derecha de este edificio, se extendían ocho dependencias. El tejado era de tejas de estilo español, y unos cuantos álamos, serbales y un enorme y solitario olivastro que se alzaba en el centro del patio daban sombra al lugar.

Scully estaba sentada en el banco circular que rodeaba al árbol del patio, de cara al arco de la entrada, cuya cancela de hierro forjado se cerraba todas las noches, según le había dicho el propietario, a las doce en punto. Cerró los ojos y se llevó un dedo a la frente para detener el recorrido de una gota de sudor que bajaba desde el nacimiento del pelo.

—¿Te sientes mejor? —dijo una voz carrasposa a su lado.

—La verdad es que no.

El día había ido de mal en peor desde el principio: se despertó tarde y tuvo que salir a toda carrera para llegar al aeropuerto, donde se enteró de que el vuelo había sido retrasado. Una hora. Después dos. Pensó que, una vez en el aire, conectaría el ordenador portátil para que Mulder y ella pudieran repasar los pormenores del caso que los ocupaba. No fue así.

Las turbulencias de montaña rusa que los acompañaron hasta Dallas convirtieron la lectura de la pantalla en una experiencia vomitiva; trató entonces de echar una cabezada, pero fue en vano. Luego, al ir a aterrizar, hallaron la ciudad tejana inmersa en un torbellino de tormentas eléctricas, lo que les obligó a desviarse y a esperar hasta que los elementos se hubieron sosegado. Así perdieron otra hora, y de paso el vuelo de conexión.

—Una maldición —había dicho Mulder en algún momento—. Sobre este caso

pesa una maldición. Podría haberlo sabido si hubiese leído las hojas de té de esta mañana.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque me las tomé.

Cuando aterrizaron en Albuquerque, Scully creía en la existencia de las maldiciones. Después de que Rojo Garson los sacara de la ciudad a toda pastilla a bordo de su jeep, en dirección norte, hacia Bernalillo, estaba dispuesta a pasar el resto de sus días caminando.

El hombre que estaba sentado a su lado se movió para atraer su atención. Scully abrió los ojos y le sonrió lánguidamente.

Rojo era tal como se lo había descrito Mulder: un hombre de elevada estatura y mediana edad, en cuyo rostro y manos podían leerse los muchos días pasados en las montañas y el desierto. No entendía de dónde le venía ese apodo, pues era muy rubio y tenía ojos azul oscuro; le faltaba parte de la oreja izquierda: se la habían mordido, según le contó, en una pelea con un hombre que sentía una fuerte aversión ante la sola idea de pasar el resto de su vida en una cárcel federal.

Rojo no respondía en nada al estereotipo de agente del FBI. Sonreía con la boca cerrada, sin que se le viera un solo diente. Señaló con el pulgar por encima de su hombro.

—¿Crees que se habrá quedado dormido?

—Lo dudo.

Una camioneta de carga pasó delante de la Posada, pistoneó ruidosamente dos veces, y dejó tras de sí una estela de humo negro.

—¿Dana?

Scully asintió con la cabeza, para indicarle que lo escuchaba.

—¿Por qué siempre te llama Scully? ¿Por qué no te llama por tu nombre?

—Porque puede —respondió Scully sin molestarse en dar más explicaciones. Igual de difícil sería explicarle por qué Mulder era, sin lugar a dudas, su mejor amigo. Su relación iba más allá de la común entre compañeros de trabajo; eran capaces de confiar el uno en el otro cuando uno de los dos se hallaba en peligro, o cuando cualquiera de ambos necesitaba que se le echara una mano para un caso que se complicaba; iba también más allá de sus diferentes estilos, por lo que, si bien para algunos era una relación retorcida, representaba para cada uno de ellos el complemento perfecto. A veces pensaba que se trataba de un instinto indefinible, una señal tácita que le aseguraba que, por mucho que cambiaran las cosas, por muchas cosas que sucedieran, podría contar con Mulder cuando lo necesitara. Siempre.

De repente oyó una fuerte pisada, y sonrió.

—Ahí viene.

Garson pareció sobresaltarse, giró la cabeza y lo vio acercarse por uno de los senderos de piedra que cruzaban serpenteantes el patio ajardinado. Scully tuvo que reconocer que sin su traje habitual se veía muy raro, y se sintió aliviada al ver que por lo menos se había guardado la gorra en el bolsillo trasero del pantalón. Llevaba una cazadora tejana colgada al hombro, no por coquetería, sino para ocultar la pistola, que llevaba sujeta a la altura de la cadera izquierda.

También él parecía cansado.

—Hace calor —dijo mientras se dejaba caer a su lado en el banco.

—Estamos en julio, Mulder —le recordó Garson—. En Nuevo México. ¿Qué esperabas?

—Me basta y sobra con el que hace en casa. Mi piso es un verdadero horno. —Se rascó la cabeza y la sacudió, como obligándose a despertar—. Y yo quería salir de la ciudad.

—Bueno, la verdad es que esto no es un paraíso para todo el mundo —reconoció Garson, dando a entender que todos cuantos llegasen a aquella parte del país, tenían que estar locos para no enamorarse instantáneamente de la región—. Recuerda una cosa: aquí estás a mil seiscientos metros más arriba que en Washington. El aire es más puro. Te lo tienes que tomar con calma al principio, ¿sabes? Como salgas disparado en doce direcciones a la vez te irás de bruces al suelo.

Mulder asintió con un gruñido, y se volvió a levantar.

—Eh, mira eso. —Y echó a andar.

—Mulder —dijo Scully—, no tenemos tiempo.

Él se volvió para mirarla, sonriendo, y señaló hacia un pequeño torbellino de arena que giraba perezosamente en medio de la carretera.

—En mi pueblo había de éstos. Pero eran de hojas, ¿sabes? —Se acercó más. El torbellino le llegaba a la barbilla—. Jugábamos a tratar de entrar. —Adelantó un pie hacia la base del remolino y debió de romper alguna barrera invisible, pues el torbellino se deshizo y la arena cayó al suelo. Mulder tocó con la punta del zapato el lugar donde había estado.

Scully, que empezaba ya a sentir los efectos de la altitud, dejó transcurrir unos segundos de silencio antes de insistir.

—Mulder, ven un momento. Creo que no podemos seguir perdiendo el tiempo. —Consultó su reloj; acababan de dar las cuatro—. Supongo que será demasiado tarde para dar con la doctora Ríos. ¿Qué me dice de… Patty? Patty Deven. ¿Estará en

condiciones de hablar con nosotros?

Garson la señaló con el pulgar cuando Mulder se acercaba.

—¿Ésta siempre es así?

—Tenemos tres personas asesinadas, Rojo, y no fue la altura lo que las mató.

Garson asintió con la cabeza como para señalar que ella tenía razón.

—Los Deven viven a poco más de un kilómetro de aquí. Han decidido volver a Chicago en cuanto esto quede aclarado. Os llevaré a verlos, pero os advierto que no os darán la bienvenida.

Tenía razón. Scully advirtió la hostilidad instantánea en los ojos de Kurt Deven en cuanto abrió la puerta de su caravana. Cuando Garson le presentó a sus colegas, Deven gruñó y les dijo que esperasen. Cerró la puerta con un golpe fuerte.

Mulder apuntó hacia el bosque de álamos que bordeaba el río, a unos setenta metros de allí.

—¿Fue allí?

—Sí. Un poco más a la derecha de donde tú estás mirando.

Scully se puso las manos como visera para mirar contra el sol, ya cercano al horizonte, y trató de imaginarse el lugar de noche, con la luna y las estrellas por toda iluminación. La luz de la caravana no debía de iluminar nada allí. Estaba demasiado lejos; y a excepción de una casa a medio construir al lado, no había más viviendas en las inmediaciones, sólo estacas de madera clavadas en la tierra para marcar parcelas en las que se construiría en un futuro. La caravana más cercana estaba a más de sesenta metros de allí.

Se abrió la puerta. Los dos hombres se hicieron a un lado para dejar pasar a una señora que bajó los peldaños de ladrillos de hormigón. Era de baja estatura y llevaba el pelo, lacio y rubio, bastante descuidado. Tenía la mirada vacía. Habló con una voz enronquecida de rabia y dolor.

—Ella no quiere volver a hablar con usted, señor Garson. —Rojo le dijo con tono suave y amable que lo entendía, y pidió disculpas por la intromisión.

—Estos señores, señora Deven, han venido desde Washington. —Tosió para aclararse la garganta mientras miraba hacia la puerta abierta—. Son expertos en este tipo de crímenes. Si hay alguien que pueda capturar al…

—Nadie ha hecho nada —espetó la mujer—. Han pasado ya dos semanas y nadie ha logrado hacer nada.

Scully alzó la mano para llamar su atención.

—Señora Deven.

La mujer tardó en responder.

—¿Qué?

Scully hizo un esfuerzo para hablar con suavidad.

—Señora Deven, yo no le voy a mentir. No voy a decirle que sé cómo le duele a usted esta pérdida, ni cómo le duele a su hija. Pero el agente Mulder y yo hemos hecho esto más veces de las que se puede usted imaginar. Sólo puedo prometerle que no nos daremos por vencidos. No somos perfectos, pero no abandonamos los casos.

Mary Deven se apretó el estómago con las manos y entrecerró los ojos.

—¿Me está prometiendo que lo van a capturar?

—No —respondió Mulder, con la misma suavidad y firmeza de su compañera—. Sólo le prometemos que no vamos a rendirnos. Y si no quiere usted que la molestemos, a usted o a su familia, con nuestras preguntas, no tiene porqué preocuparse.

La señora Deven parpadeó mirando hacia los árboles y de pronto se interrumpió en seco.

—No la lleven allí —dijo, apenas en un susurro—. Si la llevan allí la pierdo.

Scully estuvo conforme y no dijo nada cuando Mulder le pidió a Garson que le enseñara el lugar de los hechos. Después de tantos días no podía quedar nada de interés: Garson y sus colegas habrían peinado la zona palmo a palmo. Sin embargo, Mulder tenía un don para encontrar cosas en lugares vacíos, un don que ella quería y no quería entender al mismo tiempo.

—¿Agente Scully?

Lánguida, dolorosamente delgada, Patty Deven era el vivo retrato de su madre, hasta en la mirada espantada. Un hematoma a punto de desaparecer se apreciaba todavía en su mejilla derecha y en la sien. Sus ojos se veían demasiado grandes detrás de las gafas.

Scully y Patty se sentaron en sendas sillas de jardín. No había nada que ofreciera sombra, ni nadie que ofreciese algo de beber.

Tras un prolongado silencio, mientras la chica permanecía absorta en la contemplación de sus manos retorcerse sobre su regazo, Scully se inclinó y dijo:

—¿Qué fue lo que viste, Patty?

Mulder se detuvo en aquel tramo de tierra desnuda y se dedicó a mirar las ramas que se extendían por encima de su cabeza; miró luego hacia el río casi seco.

—¿Aquí?

—En efecto —dijo Garson.

«Aquí» no significaba nada. El terreno estaba demasiado seco para que hubiera huellas; además, no disponiendo de visión en línea recta hacia la caravana, no había mucho material para trabajar. Le pidió a Garson que se situase aproximadamente donde había estado Patty, y frunció el entrecejo.

En una noche oscura, estando a unos treinta o cuarenta metros de su hermano, la muchacha no debía de haber visto gran cosa. Hablaba de destellos de movimiento que acompañaron la agresión y los gritos de su hermano. Vio un fantasma porque sus ojos no podían visualizar nada concreto.

Mulder se agachó y barrió con la palma de la mano unos centímetros del suelo.

—¿Ha llovido últimamente?

Garson se acercó lentamente.

—Estamos en lo que aquí llamamos la estación de los monzones, Mulder. A esta hora no lo parece, pero por las tardes tenemos tormentas. De las grandes. Suelen venir del oeste y no se andan con tonterías. —Mulder se irguió—. Lo malo es que la lluvia se lleva las pruebas, y la tierra queda como de piedra antes del mediodía del día siguiente. Esto es una pérdida de tiempo —concluyó.

«Quizá sí —pensó Mulder—. Pero puede que no».

Caminó hacia el norte por la orilla del río, mirando despacio a un lado y a otro. La vegetación era baja y espesa allá donde no había caído en manos de los constructores. No vio señales de que alguien hubiera atravesado aquella maleza, lo cual significaba que habían llegado desde la orilla, o desde el otro lado de los árboles. Eso podía significar algo, pero quizá no fuera nada.

Cuando se acercó al otro agente Mulder fruncía el ceño.

—¿Hay pandillas por aquí?

—Alguna que otra. —Se encaminaron hacia la caravana—. Pero esto no es obra de pandillas. No hay rastro de navajas ni de pistolas.

—¿Sectas?

Habían dejado atrás el bosque de álamos, y Mulder sintió que bajaba la temperatura. Scully seguía sentada en la silla de jardín. Estaba sola.

—¿Qué clase de sectas quieres, Mulder? Tenemos a los maestros New Age y sus comunas del desierto. Tenemos a los creyentes de la Segunda Venida, que vagan por las montañas y se llaman con sus teléfonos portátiles cada vez que se pierden. Y tenemos a los chiflados de los platillos volantes, convencidos de que Roswell constituye la clave para la comprensión de lo intergaláctico. —Le dirigió una mirada

significativa que Mulder no pasó por alto—. Es tu especialidad, ¿no?

La única respuesta fue un gruñido vacío de sentido, y Garson tuvo la sensatez de no insistir.

Scully se levantó de la silla en cuanto los vio acercarse, y ante la mirada interrogativa de Mulder negó con la cabeza. Éste no pudo reprimir un bostezo, pero giró la cara para que la pálida mujer que lo miraba desde una ventana de la caravana no pudiera verlo. Si había algo que Mary Deven no necesitaba ver en ese instante era a un agente del FBI bostezar cuando acababa de estar en el lugar donde habían asesinado a su único hijo varón. Pero Garson lo vio.

—Ahora mismo regresamos —le dijo a los dos sin darles oportunidad de réplica —. Vosotros dos vais a comer algo y luego a dormir, si no mañana no serviréis para nada.

—¿Por qué? ¿Qué pasa mañana?

Garson se tocó el ala del sombrero.

—Mañana, amigos míos, vais a conocer a una auténtica estrella de cine.

9

Mulder no pudo dormir. Tras una cena que se le hizo eterna, escuchó el relato de la conversación de Scully con la muchacha, que no le dijo nada nuevo. Patty había visto menos de lo que sugería su propia declaración inicial. Inmediatamente después de iniciarse la agresión, la rama que su hermano había usado a guisa de mazo salió saltando desde la oscuridad y le dio en un lado de la cara. La chica cayó al suelo, aturdida, y en ese estado le pareció oír una voz que susurraba y otra que reía. Pero era todo muy confuso, y no tardó en perder el conocimiento. Fue su padre quien más tarde encontró el cuerpo.

—No se trata de fantasmas, Scully —había dicho Mulder mientras la acompañaba hasta su habitación—. Esto es obra de gente.

—Pareces decepcionado.

Mulder no respondió en ese momento, y tampoco podía encontrar una respuesta ahora que acababa de ponerse una chaqueta y salía de su habitación, contento de haberle hecho caso a Garson: pese al calor del día, la noche en el desierto era sin lugar a dudas refrescante.

Recorrió el corto corredor que unía las habitaciones con el edificio central, y se detuvo. En la parte de atrás crecía un jardín de cactos y flores del desierto, plantados en círculos al azar y rodeados con un anillo de piedras, igual que en el patio delantero. Entre los setos serpenteaban senderos de piedra que confluían en uno solo que conducía hasta seis bancos colocados de cara al río. Los álamos y los sauces estaban iluminados con diminutas linternas que, colgadas entre las hojas, arrojaban movedizos parches de luz sobre el suelo. No estaba seguro, pero le pareció percibir un aroma de madreselva.

Una vez se aseguró de que se encontraba a solas, se sentó en uno de los bancos a contemplar la escasa corriente que fluía a sus pies. La luz de los postes que bordeaban el río apenas si matizaban la oscuridad. Salió la luna. Mulder metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y se puso a contemplar la luna un rato, sin pensar en nada de

particular hasta que una nube le cubrió en parte.

Patty Deven, o su madre, a la deriva en una oscuridad de la que nunca podrían escapar. Pálidas sombras sin expresión, vagos indicios de lo que antaño había tras sus sonrisas. Representaba un salto demasiado fácil, y demasiado doloroso, pasar de esos pensamientos al recuerdo de su hermana, desaparecida hacía tantos años cuando sólo tenía ocho años. Alguien o algo que se escondía tras el resplandor de una luz en la que ni siquiera hoy podía pensar sin estremecerse se la había arrebatado.

Tratar de ver lo que había detrás, ése era el cimiento de su búsqueda de las verdades que se ocultaban en algún lugar de los Expedientes X.

Dejó de contemplar la luna y se pasó una mano por la cara; a continuación se frotó distraídamente la nuca. Encontraría a Samanta, se dijo, de eso no había duda; pero hasta entonces lo mejor que podía hacer era dar con los hombres que habían asesinado al hermano de Patty.

Se pasó la mano por la cara, y cuando volvió a meterla en el bolsillo de la chaqueta, sonrió.

—Estoy bien —dijo, haciéndose a un lado para dejarle sitio a Scully—. Estaba pensando; nada más.

—¿Aquí fuera? Pillarás una neumonía.

—¿Hablas con conocimiento de causa?

Scully estiró las piernas y cruzó los brazos delante del estómago.

—No, pero hace frío, es indudable. Dime una cosa, Mulder, ¿de verdad no puedes estar de buen humor cuando hace calor?

Pasaron un buen rato en silencio, mirando el río, oyendo los árboles, escuchando los ladridos de los perros o el paso veloz de algún vehículo por delante de la posada. Durante unos minutos pasearon por el jardín huéspedes que habían salido a dar una vuelta después de cenar con una copa en la mano, conversando en voz baja, dejando escapar de vez en cuanto una risotada. Al rato cesó la brisa y sólo pudieron escuchar el sonido de sus propias respiraciones.

Entonces dijo Mulder:

—Scully, ¿no se te ha ocurrido que a lo mejor los que mutilaron a las vacas no son los mismos que han asesinado al hermano de Patty?

—¡Les digo que no estoy loco! —insistió Mike Ostrand postrado en su cama de hospital. Miraba furioso al sheriff Sparrow, quien le devolvía la mirada desprovista de toda expresión—. No me he inventado el accidente. Tampoco me he inventado esta

horrible escayola en el brazo. Ni el coche boca arriba ni yo colgando ahí dentro como un pato a la pequinesa.

Sparrow era un hombre paciente.

—Está bien. —Ostrand se movió con dificultad, e hizo una mueca—. Está bien, yo iba un pelín borracho, lo reconozco. Pero no me estrellé por eso.

—No, se estrelló usted porque un misterioso vehículo, tan bajo que no pudo usted verlo por la ventanilla, lo obligó deliberadamente a salir de la calzada.

Ostrand lo miró airado.

—Así es.

—Y luego alguien trató de matarlo mientras colgaba usted del cinturón de seguridad.

El artista se encogió de hombros e hizo una mueca de dolor. Decidió darse por vencido.

—De acuerdo, de acuerdo, no fue más que un coyote, ¿vale? Y estaba tan asustado que imaginé cosas de puro miedo. Un coyote le da miedo a cualquiera. ¡Pero no fue un coyote lo que me sacó de la carretera!

—Muy bien —dijo Sparrow enérgicamente—. Ahora sí que estamos encaminados. —Bajó la mirada hacia el cuadernillo de notas que llevaba en la mano izquierda, mordisqueó la goma de borrar del lapicero y añadió—: Y dígame, eso del vehículo invisible…

El Bar Coronado era poco original tanto en lo que se refería a su nombre como al decorado. Así como Bernalillo siguió la inexorable evolución de un caserío de Río Grande a una ciudad dormitorio, satélite de Albuquerque, el Bar Coronado se había negado obstinadamente a adaptarse al cambio del tiempo. A mano derecha se extendía el largo mostrador de la barra. El resto del local estaba ocupado por mesas y cubículos que las encerraban, y la gramola no paraba de tronar música country todo el santo día. El televisor, situado en la pared del fondo, estaba siempre sintonizado en canales deportivos; esa noche emitía un partido de béisbol celebrado en el sur de California entre dos equipos de segunda división. El aire olía a humo de tabaco y alcohol, y en el suelo había tantas colillas de cigarrillos como en los ceniceros de aluminio. No era un bar para turistas ni recién llegados, y sus dueños no perdían el sueño por el hecho de que no fuera un negocio precisamente boyante. Daba para ir tirando, y eso bastaba también para los clientes asiduos.

El área para los indios quedaba al fondo. Aparte de alguna que otra excepción, la

mayoría proveniente de los pueblo ocupaba siempre los dos últimos cubículos y las últimas tres mesas. No había en ello beligerancia alguna: era por costumbre. Hasta los hispanos se mantenían alejados de esa parte del bar. La mayoría eran konochinos.

León Ciola bebía una cerveza de botella de cuello largo en la última mesa. Estaba solo y, al sentarse, había desenroscado la bombilla de la lámpara de pared de su cubículo. No le gustaba la luz y menos el modo en que los anglos evitaban mirarle las cicatrices que le cruzaban el rostro y los nudillos de las manos. Era mejor mantenerse en la penumbra, así como sentarse mirando hacia la puerta. Así, cuando el hombre entrase, Ciola sería el primero en verlo; alzaría la mano para saludarlo antes de que nadie le hiciese ninguna pregunta y mucho menos en voz alta. Esta noche no estaba para charlas ni discusiones «¿Qué le pasa a tu gente, León? ¿No se han dado cuenta de que estamos ya en el siglo XX?». Esa época había pasado a la historia. Que fueran los tontos como Nick Lanaya y Dugan Velador quienes perdiesen el tiempo manteniendo el debate vivo haciendo tratos con anglos estafadores como esa fulana, Falkner, y vendiendo a los pueblo que mal vivían a orillas del río como si tal cosa. Eso no era para él. Él tenía otros planes. Creían haberlo vencido. Pensaban que la cárcel lo cambiaría.

Bebió. Sí que lo había cambiado. La cárcel lo había hecho peor.

El hombre al que esperaba entró en el bar poco antes de las once, lo localizó enseguida, fue hasta su mesa y se dejó caer pesadamente en el asiento.

Ciola se acomodó la visera de su gorra a modo de saludo y ajuste de cuentas.

—Llegas tarde.

—Ese asco de camioneta no arrancaba. De no ser por ti no me hubiera tomado la molestia.

Ciola lo miró con una repugnancia que intentó disimular apurando la botella y agitándola luego por encima de la cabeza para que la camarera le trajera otra. El otro hombre no pidió nada, y nadie se lo ofreció.

—¿Y? —preguntó León.

El hombre se encogió de hombros.

—Nada, que han traído federales directamente desde Washington. Vinieron esta mañana. Un hombre y una mujer.

Ciola se echó a reír.

—Estás bromeando.

—Al parecer son expertos.

—¿Una mujer?

El hombre asintió y sonrió torcidamente.

—Y eso no es nada. Son anglos.

La camarera se llevó la cerveza vacía y dejó una llena en su lugar. El hombre se apoderó de ella antes de que Ciola pudiera reaccionar, bebió un trago prolongado y la volvió a poner en la mesa, pero sin soltarla.

—¿Tengo que preocuparme? —preguntó el hombre.

—No.

—Así me gusta. —El hombre se puso de pie y se acomodó la cintura de los pantalones—. No me gustan las preocupaciones. Me cabrea mucho estar preocupado.

Se marchó sin saludar a nadie. El chico que atendía la barra subió el volumen del partido de béisbol.

Ciola secó la boca de la botella con la palma de la mano y se tomó lo que quedaba de un solo trago. Cuando la camarera volvió él la cogió por la muñeca con la fuerza suficiente para obligarla a inclinarse sobre la mesa.

—*Chica* —susurró—. ¿Qué haces esta noche?

—Ganarme la vida —replicó ella, liberándose de su mano con un fuerte tirón del brazo—. Cosa que podrías intentar alguna vez.

Ciola soltó una risotada muda. Echó la cabeza hacia atrás y sonrió. Maravillosa. ¡Era maravillosa! Se enjugó una lágrima del ojo izquierdo. Dado que ella no deseaba su compañía, él le dejaría la propina más grande que le hubieran dado en su miserable vida. Y encima ni siquiera la mataría.

Scully lo dijo por tercera vez, con la esperanza de que la idea se abriese camino en la hermética sesera de Mulder.

—A menos que se trate de un grupo que sabe lo que hace el otro grupo y cómo lo hace, cosa a todas luces improbable (habida cuenta del modo en que se ha actuado), la única posibilidad que queda es que sea un solo grupo. Algunos miembros se encargarían de las vacas mientras que otros se cargaran a la gente, o, si no, todos hacen las dos cosas. —Ladeó la cabeza como para escuchar lo que acababa de decir, y exhaló un prolongado suspiro—. Cielos, Mulder. Me siento aturdida.

—Los dos estamos aturdidos. —Mulder estiró un brazo hacia lo alto y luego el otro, entrelazó los dedos y arqueó las manos con las palmas hacia arriba—. Sigo sin ver la relación. Unas cuantas vacas, un chico al lado de un río, una pareja en medio del desierto. —Bajó los brazos y apoyó una mano en la nuca—. Lo único que tienen en común es el estar muertos.

—Oye, tú, que acabamos de llegar, no lo olvides. Ya daremos con ello. Además,

ya sabes que el aire aquí es más puro; que nos llega menos oxígeno al cerebro y eso entorpece los procesos intelectuales.

Mulder la miró de reojo.

—¿Es una de tus teorías médicas?

—No, es más bien del estilo Mulder. —Scully se levantó de su asiento y le tendió la mano a su compañero para ayudarlo a levantarse. Una vez en pie le hizo dar media vuelta y lo empujó hacia el motel—. Mi consejo médico es que duermas un poco, como ha dicho Rojo, o de lo contrario mañana no servirás de nada.

Mulder obedeció y se despidió de ella con un vago gesto de la mano, esquivando una jardinera de flores.

—Estoy bien. Sé lo que hago —dijo antes de desaparecer por el corredor. Scully se preguntó cómo se sentiría una persona que como él, captaba cosas que otras personas no percibían y que se veía lanzado en una búsqueda de una intensidad en ocasiones aterradora; que hacía gala de una candidez tan malinterpretada que en más de una ocasión había sido subestimado gravemente.

«Es como un gato», pensó Scully. Un gato que escondía garras potencialmente mortales.

—Ay, hermano —susurró incómoda, y se obligó a seguir su propio consejo e irse a dormir.

Cuando pasó delante de la habitación de Mulder, vio luz debajo de la puerta, cosa que no le sorprendió. Sabía que por agotado que estuviera permanecería en vela casi toda la noche, dándole vueltas una y otra vez a lo que sabía y haciendo listas mentales de lo que ignoraba para preparar las preguntas adecuadas, más allá del cómo, el quién y el porqué.

Scully le deseó suerte. En cuanto a ella, a estas alturas le costaba recordar su propio nombre.

Sacó del bolsillo el llavero de su habitación, y al ir a introducir la llave en la cerradura, se detuvo. «Estás cansada, Dana. Eso es todo».

Las puertas de la posada estaban cerradas. Las luces apagadas. Sólo brillaba el tenue resplandor que una farola de la calle arrojaba por encima de la tapia.

Había un hombre parado frente al portón. Las manos le colgaban a la altura de los bolsillos del pantalón. No podía ver su cara ni la ropa que llevaba: sólo su silueta.

«Estás cansada», repitió, y abrió la puerta, encendió la luz de su habitación, y se asomó por entre las cortinas de su ventana para mirar de nuevo hacia el portón.

Seguía allí y estaba mirando.

10

Mulder no necesitó salir al aire libre para saber que hacía calor y que haría más calor todavía aunque acababan de dar las diez. Incluso con gafas oscuras la luz del sol era excesiva. Bastaba mirar un rato hacia el paisaje que desfilaba fugaz por la ventanilla del coche para verlo vibrar y dar saltos, mostrando cosas que Mulder sabía que no existían. No había nubes ni el menor indicio de lluvia. Costaba creer que en un lugar como aquél cayera una sola gota de agua alguna vez. Mulder iba sentado junto a Scully en el asiento trasero del polvoriento coche patrulla azul y blanco del sheriff Sparrow, que conducía con Garson al lado. A juzgar por la conversación que sostenían, abundante en taquigráficos gestos de la mano, respuestas de una sola palabra y gruñidos de confirmación, aquellos dos hombres se conocían desde hacía mucho tiempo. Por lo que Mulder llegó a entender no se habían producido más incidencias desde la muerte del chico, a excepción del caso de un conductor borracho que aseguraba haber sido obligado a salir de la carretera por un vehículo invisible, o al menos increíblemente bajo.

—Es para volverse loco —dijo el sheriff mirando por el espejo retrovisor—. ¿No le parece, agente Mulder?

Mulder asintió. Era cierto. Tan cierto como que Chuck Sparrow estaba pasándose de la raya con su numerito de sheriff del Lejano Oeste, acomodándose sin cesar el cinturón del revólver, mascando un chicle como si fuera tabaco, arrastrando las palabras con voz ronca y grave cada vez que abría la boca. No era necesariamente molesto, pero Mulder se preguntaba a santo de qué venía tanta pose. Sin duda Garson habría informado al sheriff sobre Mulder y Scully y, a fin de cuentas, había sido el sheriff quien solicitara la intervención del FBI.

Algo no encajaba. Como lo de no llevar traje y corbata; como lo de calzar zapatillas deportivas.

Sabía que Garson tenía razón: ir trajeado por aquellos andurriales habría resultado ridículo además de tonto; pero daba igual, sucedía como con el sheriff: algo no

encajaba.

Cuando la carretera interestatal 25 se alejó de Albuquerque, dejaron las Sandías a mano derecha, salvo por el perfil de las serranías que quebraban el horizonte, no se veía más que el inmenso desierto del altiplano. Y el sol.

—Sectas —dijo Sparrow de pronto, alzando la voz para imponerse al ruido del aire acondicionado.

—¿Cómo dice? —Scully salió de su ensoñación con un sobresalto.

—Sectas. Ya sabe. Adoradores del demonio y esas cosas. Por como pintan las cosas, apuesto a que los pobres diablos andaban metidos en alguna historia de ésas.

—¿Un chico de diecisiete años? —preguntó Mulder con escepticismo.

—¿Qué tiene de raro? Con la música que suena hoy en día; que si el heavy metal con sus rollos subliminales, que si las letras de los raps, aconsejándole a los chicos que asesinen policías y que se maten a base de drogas y sexo… —Alzó una mano del volante—. ¿Qué más quieres?

Mulder le miró a los ojos reflejados en el retrovisor, tratando de calibrar el sentido de sus palabras.

—Sí. Quizá sí —respondió de mala gana, haciendo caso omiso de la mirada de incredulidad que le dirigió Scully.

—Nada de quizá sí, muchacho, nada de eso.

Veinte kilómetros después, cuando iban a una velocidad que Mulder consideró suficiente para entrar en órbita, el sheriff soltó el pedal del acelerador, dobló hacia el arcén y cruzó un angosto puente de madera. Una carretera asfaltada y de doble carril se abría hacia el desierto.

—Eso que ven allá al fondo —informó Sparrow—; esos cerros de unos quince kilómetros de largo, es lo que llaman la Pared de los Konochinos. —Se rascó la cabeza por debajo del sombrero—. Parece una bombilla rota apoyada en una mesa. Bueno, pues la parte más ancha da a Sandías, al sur. La carretera que lleva al rancho adónde vamos atraviesa la parte de la base. A menos que se esté dispuesto a subir a lo alto de los cerros, la única entrada a la Pared es una garganta que se abre en la roca.

Mulder vio una cerca de alambre de espino a la izquierda. Al otro lado de la cerca se extendía el desierto, y parecía inimaginable que a alguien se le ocurriese criar animales en un lugar como aquél. Y mucho menos vacas. Cuando había preguntado al respecto a Garson, mientras desayunaba, éste le había respondido que esperase, que no quería echar a perder la sorpresa.

—¿Tienen algo que ver los konochinos? —Preguntó Scully—. Con este caso, quiero decir.

—Vaya usted a saber —dijo Sparrow—. Yo no lo creo. Ellos no son como los demás indios pueblo, ¿sabe? Es una reserva como las otras, sí, pero a éstos no les gustan los turistas, no les gustan los anglos, y menos los otros indios. —Rio—. Vaya, que ni entre ellos se llevan muy bien que se diga. —Se tiró del lóbulo y luego se rascó vigorosamente por detrás de la oreja. Hay algunos, pero sobre todo los más jóvenes, que llevan años tratando de cambiar las cosas. Pero casi nunca lo logran. Muchos se marchan para no volver.

—¿Y los que vuelven?

—Pues… —Dirigió una rápida mirada hacia Garson—. Es el caso de Nick Lanaya. ¿No es así?

Garson asintió y se volvió hacia los ocupantes del asiento posterior para no tener que alzar la voz.

—Nick es un buen tipo. Fue a la universidad y volvió con suficientes ideas como para llenar un cañón. Por su familia pertenece al Consejo Tribal, así que la gente tiene que escuchar lo que dice. Y se hace oír, de eso no hay duda. Lo malo es que hay muchos que no están dispuestos a escuchar.

—¿Y entonces por qué se queda?

Garson meditó un instante la respuesta.

—Porque es su gente.

Sparrow soltó una risita llena de sarcasmo y carente de humor.

—Y porque se gana sus buenos dólares, Rojo.

Garson dejó escapar un espectacular suspiro al tiempo que hacía un guiño a Mulder, señal evidente de que ésa era una discusión ya antigua.

—Nick tiene un trato con una mujer de por aquí. Donna Falkner. Una anglo. Él le lleva las artesanías que hacen los konochinos y ella las vende en la ciudad o en Santa Fe. Cada cual se lleva una parte y la tribu se queda con lo que sobra. Se trata sobre todo de joyas —añadió—. De vez en cuando venden unos cuencos y unas bandejas de ceremonia que son increíbles. Cada vez que saca material tiene que vérselas con los del otro bando, los que lo acusan de vender su patrimonio al mejor postor.

—Pero cada vez que vuelve a la Mesa con el dinero —dijo Sparrow agriamente— se ponen en fila para recibir sus billetes.

—¿La Mesa? —dijo Scully.

—La Mesa Viento de Sangre —explicó Garson—. Está en el centro de la reserva. Tienen sus casas al pie de la meseta, y celebran sus ceremonias religiosas en lo alto.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Viento de Sangre —dijo Garson, mirando al frente—. Se llama Viento de

Sangre.

El cerco del alambre de espino dio paso a una cerca de tablas que se veía en perfecto estado de conservación. En el centro se abría un portón coronado con un amplio arco de madera y en lo alto del arco, quemadas con hierro de marcar, resaltaban las letras del nombre de la finca: «DOBLE H.»

Mulder se irguió rápidamente en el asiento cuando el coche cruzó el arco para entrar en un camino de tierra.

—Tranquilo —le dijo Scully, divertida por su sobresalto.

Mulder no le hizo caso, aunque sospechaba que su comportamiento resultaba un tanto extraño. Sólo cuando vio el nombre marcado en el arco cayó en la cuenta de que estaba a punto de conocer a Ann Hatch en persona.

—¡Guau! —exclamó Scully.

Mulder se asomó para mirar entre los dos hombres que iban delante y vio lo que sólo podía ser una alucinación.

Una cerca de madera, de un blanco cegador encerraba una vasta extensión de césped de un verde inverosímil. En el centro se alzaba un caserón de ladrillo, de adobe y tejado de estilo español, tan sencillo en su diseño que parecía prohibitivamente caro; a la izquierda un establo y un corral en el que un potrillo negro trotaba hacia la sombra de un árbol que Mulder desconocía; al fondo un garaje con espacio para dos automóviles, y a la derecha un camino de acceso que avanzaba bordeando la cerca para terminar en la entrada principal; de las vigas del porche, de unos veinte metros de largo, colgaban ristras de pimientos rojos secos.

—¿Te gustaría ser millonada y vivir así, Scully?

—No me importaría.

—Nada más fácil. Te pones muy poca ropa, o trajes de caucho muy ajustados, y dejas que unos hombres armados te persigan durante noventa minutos. —Chasqueó los dedos—. Pero eso sí, olvídate de…

—No, Mulder —lo atajó Scully—. De todos modos muchas gracias.

—Tú te lo pierdes.

—No creo.

Sparrow aparcó en un terreno sin césped al lado del camino de acceso. Se quitó el sombrero y se alisó el pelo hacia atrás.

—Les voy a agradecer —dijo antes de salir del coche— que no la agobien demasiado con preguntas. Ella sólo encontró los cadáveres. No vio nada más.

Tras oír tan poco sutil advertencia Mulder esperaba encontrarse a una anciana frágil y decrépita y no a la hermosísima mujer que salió de la puerta de doble hoja y se quedó a esperarlos en el porche, protegiéndose los ojos con las manos y sonriendo.

Scully alcanzó a Mulder mientras Sparrow forcejeaba con el pestillo de la cancela.

—Mulder, si cuando tenga esa edad no tengo ese aspecto quiero que me pegues un tiro.

Mulder la miró y, sonriendo, puso los dedos en forma de pistola y apretó el gatillo.

—Muy gracioso —susurró ella—. Muy gracioso.

Se acercaban al porche cuando vieron salir de la casa a un hombre y una mujer que se pararon en seco. Ella llevaba un sencillo vestido blanco, él ropa de trabajo. Los dos miraban con recelo.

—Hola, Annie —saludó el sheriff antes de hacer las presentaciones.

«Ann Hatch —pensó Mulder mientras estrechaba su mano seca y fría y miraba aquellos insólitos ojos verdes—; estoy con Ann Hatch en persona». Cuando ella los invitó a tomar asiento frente a una mesa de hierro forjado, decidió que bajo ningún concepto, en ninguna circunstancia, le diría algo como «Vaya, señora Hatch, no sabe cuánto me gustan sus películas».

Estaba claro que Scully la encontró simpática desde el primer instante.

—No sé si lo sabe —dijo como quien no quiere la cosa, mientras aceptaba de la mujer vestida de blanco un vaso de limonada—, pero el agente Mulder es un devoto admirador de usted.

Annie abrió mucho los ojos, agradablemente sorprendida.

—¿De verdad? ¿Es eso cierto, agente Mulder?

«Voy a tartamudear —se dijo Mulder—. Maldita sea. Voy a tartamudear».

—Absolutamente cierto.

Annie le dedicó una amplia sonrisa, y pese a la mirada socarrona de Scully, Mulder no supo evitar devolverle la sonrisa. Diez minutos después los tres charlaban como si fueran viejos amigos que no se veían desde hacía mucho tiempo pero que no se habían olvidado. Mulder no pensó ni por un momento que la mujer fingiera simpatía.

Poco después Mulder notó con incomodidad que Annie había reparado en el arma que llevaba enfundada a la altura de la cadera. Annie advirtió también la súbita rigidez del agente y exhaló un largo suspiro.

—Supongo que querrán saber qué vi y cómo.

—Si a usted no le importa contárnoslo, señora Hatch.

Annie entornó los ojos.

—No, por Dios, agente Mulder, llámeme Annie. Desde luego que no me importa hablar de eso. —Su mirada se volvió hacia el increíble jardín y el desierto que lo rodeaba—. Eran recién casados, ¿sabe? Estaban en viaje de novios.

Mulder había leído el informe tantas veces que podría recitarlo de memoria, palabra por palabra, incluyendo las notas al pie de página.

Doris y Matt Constella, de Kansas, veinticinco años de edad, cinco días en Albuquerque y, por lo que había colegido Garson, recorrían la región a bordo de una furgoneta alquilada. Habían visitado al menos dos tribus de indios pueblo, y quizá éstos les habían hablado de la existencia de los konochinos. De otro modo nadie se explicaba qué hacían en aquella carretera, que no estaba señalizada, como tampoco lo estaba el rancho de Annie Hatch.

Annie les contó que había descubierto los cadáveres y llamado de inmediato al sheriff.

—Cerca de la quebrada —añadió con tono apesadumbrado—. Estaban justo en la quebrada.

«¿No buscaba yo relación entre este caso y el del chico?», se dijo Mulder.

—Señora Hatch —dijo Scully, interrumpiéndose de inmediato al ver la amonestación en la mirada de la mujer—. Quiero decir, Annie. ¿Has tenido alguna vez problemas con los de la reserva?

Annie parpadeó, una sola vez, despacio.

—No.

«Miente», pensó Mulder y miró a la izquierda al percibir el sonido de unos pasos. Nando Quintodo se había adelantado, y tenía la mano cerrada en un puño, pegada al muslo. Pero cuando cruzó la mirada con la de Mulder se detuvo, relajó los músculos de la cara y distendió los dedos.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo Annie.

—Sólo rutina —dijo Mulder adelantándose a Scully, a cuya mirada escéptica respondió con una sonrisa—. Ya sé que suena a frase de película, pero es verdad. Hemos oído decir que ha habido algún que otro problema y… no podemos dejar de preguntar.

Scully se hizo eco de Mulder y pidió disculpas a Annie por hacerle repetir su relato. Entretanto, estirándose como si estuviera demasiado tenso para permanecer sentado, susurró una disculpa por levantarse de su asiento y dejarles alrededor de la mesa. En cuanto dio un solo paso, Quintodo se alejó de él, encaminándose hacia la puerta.

Mulder lo llamó por su nombre. El hombre se volvió para mirarlo. Había vuelto a

cerrar el puño. Mulder se apoyó en la baranda del porche para mirar hacia el jardín. No tuvo que levantar la voz: sabía que el hombre lo podía oír.

—¿Lo llaman *Tonto*[2] los turistas?

—Aquí no hay turistas. —Voz queda, desprovista de emoción, cautelosa.

—Pero a veces…

Silencio. Mulder esperó.

—Sí. En la ciudad. A veces. —La misma voz sin inflexiones, desprovista de emoción.

Mulder lo miró a los ojos, sentándose en la baranda, con una mano en el bolsillo.

—¿Usted es de…?

Quintodo miró hacia un lado y de nuevo a Mulder.

—La Mesa.

—¿Su mujer también?

Asintió. Mulder miró al resto del grupo y advirtió que el sheriff lo estaba estudiando con la mirada.

—Es cierto, ¿sabe? Soy un gran admirador de esa mujer.

No hubo respuesta.

—Dígame, señor Quintodo. ¿Para qué querría mentir una mujer como ella?

El sheriff susurró algo a Annie y se levantó de la silla. Quintodo lo vio y Mulder no pudo dejar de reparar en el odio que había en sus ojos.

—¿Para qué? —insistió con voz más baja.

Pero ya Sparrow se les acercaba con gafas oscuras y su sonrisa melancólica.

—¿Para qué, qué? —preguntó, pasándose una mano por el pecho.

—Para qué iba yo a querer visitar el establo si no sé montar —respondió Mulder —. Le diré por qué: porque soy un niñato de ciudad y quiero ver mierda de caballo de primera mano.

—Cómo no, señor Mulder —dijo Quintodo, antes de que el sheriff pudiera decir nada—. Se lo enseñaré todo. La señora Hatch tiene dos caballos muy finos. Le van a gustar, ya verá. A lo mejor hasta aprende algo.

Dedicó un cortés saludo a Sparrow y entró en la casa sin volverse. El sheriff se acomodó el cinturón y escupió por encima de la baranda.

—Bonito lugar.

—Ya lo creo.

—Annie lleva mucho tiempo sola por aquí, ¿sabe? Hay quien dice que demasiado tiempo.

—Eso yo no lo sé, sheriff.

Sparrow volvió a escupir.

—Déjeme que le dé un consejo, agente Mulder.

—Se lo agradezco, señor Sparrow. Aquí el experto es usted, no yo.

Sparrow meneó enérgicamente la cabeza en señal de asentimiento.

—Ahí va el primero: Nando es un indio konochino. Supongo que eso ya lo sabe usted. No confíe en él. Puede que viva aquí con Annie, pero en el fondo su corazón continúa al otro lado de la Pared.

Mulder no replicó.

—El segundo es… —De pronto calló. Se quitó el sombrero, se enjugó el sudor de las cejas con el brazo y meneó la cabeza antes de volver hacia la mesa.

Mulder se quedó mirándolo. El segundo consejo, nunca pronunciado, era toda una amenaza.

11

El establo, pese a estar la puerta abierta, se hallaba sumido en una oscuridad tétrica.

Tenía seis pesebres a cada lado, aunque hacía mucho tiempo que la mayor parte no era utilizada. Había heno esparcido por todo el suelo. De los ganchos de las paredes colgaban martillos de herrador y otros aperos. Cuando Mulder miró hacia afuera, quedó cegado por la luz; el corral y el potro negro eran siluetas fantasmales.

Quintodo cepillaba a una yegua zaina con un cepillo de cerdas rígidas. No miró a Mulder cuando lo oyó entrar, tampoco se inmutó cuando lo siguió Scully, que ignoraba por qué Mulder le había pedido que lo buscase en el establo.

Quintodo estaba concentrado en su trabajo.

—¿Usted sabe lo que quiere decir tonto, señor Mulder?

—Mis conocimientos de español son nefastos.

—Significa estúpido —dijo el hombre, acariciando la grupa del animal con la palma de la mano. Sacó un terrón de azúcar del bolsillo y se lo dio a Scully—. No la morderá. Basta con que mantenga la mano abierta; así no le pillará los dedos con los dientes.

Scully dio la golosina a la yegua, que resopló antes de engullirla; a continuación estiró el morro para pedir más.

—Es una cerda —dijo Quintodo, insinuando una sonrisa—. Se come todo lo que le echen, y después se encuentra mal. —Le dio una cariñosa palmada a la yegua en el lomo—. Tonto.

Scully lanzó una mirada interrogativa a Mulder, que le hizo un gesto para que tuviera paciencia y dio la espalda a la puerta.

—¿Por qué? —preguntó.

Quintodo siguió trabajando un rato sin decir palabra. Sólo se oía el rascar del cepillo contra la piel del animal.

—Ella también lo es, ¿sabe? —dijo de pronto.

Mulder ladeó la cabeza con actitud interrogante.

—Konochina. Es de las nuestras. Su marido, el señor Hatch, la conoció en la ciudad vieja, en Albuquerque. Ella tenía quince años; él venía de Los Ángeles. Estaba… no sé cómo se dice, cuando se busca un lugar para hacer una película.

—Buscando locaciones.

Quintodo asintió.

—Eso es, gracias. Él le habló de las películas, y de que si quería podía trabajar en eso. —Quintodo se puso serio—. En La Mesa se abrió la tapa del infierno. Pero el señor Hatch era muy convincente. Muy guapo, muy amable, y muy joven, e… —vaciló— idealista. Lo cierto es que ella se marchó con él enseguida. A hacer películas. A casarse. —Miró a Mulder desde el otro lado de la yegua—. Fueron muy felices. Siempre.

—¿No tuvieron hijos? —preguntó Scully.

—No podía ser.

La yegua dio una coz contra el suelo en señal de impaciencia, y Quintodo le susurró algo al oído antes de reanudar el cepillado.

—Ella es especial, señor Mulder —dijo por fin—. Sabe oír el viento.

Scully abrió la boca para preguntar, pero Mulder la disuadió con un rápido movimiento de cabeza. Quintodo tragó saliva, como si se diera tiempo para ordenar sus pensamientos. Cuando volvió a hablar, lo hizo muy despacio.

—Nosotros tenemos sacerdotes, ¿sabe? —La yegua volvió a dar una coz contra el suelo. Una mosca zumbaba, enloquecida por el calor—. Pero no católicos, no como los padres. Los konochinos echaron a los padres hace mucho tiempo. Los que ahora tenemos son de los nuestros. Son siete. Siempre. Ellos… hacen cosas para nosotros. ¿Comprende? Hoy en día son todos hombres. Así son las cosas. A veces hay mujeres, pero ahora no. Los sacerdotes no son… —Frunció el entrecejo, molesto por no dar con la palabra—. Viven como nosotros, y luego se mueren. Cuando uno muere se hace una ceremonia, y se sustituye al difunto.

Un silbido de dos tonos lo interrumpió. Mulder oyó un caballo trotar en el corral. La yegua zaina no se inmutó.

—Cada cual reconoce su llamado —explicó Quintodo—. Ése era para *Diamante*.

—¿Y lo de la ceremonia? —insistió Mulder en voz baja.

Quintodo bajó la cabeza, meditando.

—Estos últimos días se celebró una. Igual que las demás, ésta duró seis días. No se permite a nadie presenciarla. Pero el viento…, el viento lleva la ceremonia a todas partes. A veces se puede oír. Se habla a sí mismo. O lleva las palabras de la *kiva*. Las

canciones. Los rezos. La señora Hatch… —Tomó aire, lenta y profundamente, y miró a Mulder—. A veces a uno le parece que el viento trae voces, ¿no es así? Uno cree que se lo imagina, ¿no? —Meneó la cabeza—. Pues no. Son voces. Pero sólo algunos pueden entenderlas, como los sacerdotes de la *kiva*. También la señora Hatch las entiende. Nos hemos enterado hace poco, Silvia y yo, y lo supimos porque la señora Hatch estaba muy nerviosa, muy, cómo se dice…

—¿Asustada? —sugirió Scully.

—No. No. Pero no le gustó lo que escuchó. —Endureció la voz—. Desde que volvió de lo de las películas no ha ido nunca a La Mesa. Ni una sola vez. Ella los despreció, ¿sabe? Uno de los viejos murió, y los otros le pidieron que lo sustituyera, pero ella dijo que no; que tenía un marido, dijo, y que ahora vivía su propia vida. Dijo que no aceptaba y ellos nunca volvieron a dirigirle la palabra.

—No les hace falta —susurró Mulder acercándose a la yegua—. Ella los escucha por el viento.

Quintodo lo miró fijo, tratando en vano de detectar la burla o el sarcasmo en las palabras de Mulder, y a continuación entrecerró los ojos.

—Señor Mulder, esos muertos empezaron a aparecer coincidiendo con la ceremonia.

Scully se hizo a un lado, asustada por la yegua, que trató de tocarla con el morro, levantando el labio superior y enseñándole los dientes.

—¿Qué está diciendo usted, señor Quintodo? ¿Qué han sido los sacerdotes los que han matado a toda esa gente? ¿Y al ganado? ¿Y todo por…?

—No —la interrumpió Quintodo sin dejar de mirar a Mulder—. Pasan seis días y seis noches en la *kiva*. Rezando con el hombre que se unirá a ellos. Invocando visiones de los espíritus para asegurarse de que han elegido bien, y para marcarse el camino que habrán de seguir la próxima vez. Cuando hacen esas cosas el viento se pone a soplar. —Hizo un rápido gesto de rotación con la mano—. En torbellino, señor Mulder. ¿Entiende lo que le digo?

Mulder no entendía, y Quintodo escupió al suelo, asqueado de sí mismo.

—Viento de sangre, señor Mulder. Hay quien dice que son ellos los que hacen el viento de sangre.

El golpe en la puerta sonó como un trueno. Donna estaba sentada ante su escritorio, un pequeño secreter que tenía en la sala de estar, trabajando en su contabilidad. Las cuentas iban saliendo, pero las cifras no crecían a la velocidad deseada. Si quería

marcharse de allí en breve y en buenas condiciones tendría que arreglárselas para aumentar las ganancias.

Se sintió tentada a no hacer caso de la llamada, fuera quien fuese, hacer como si no estuviera en casa, pero cayó en la cuenta de que cualquiera podría haberla visto por la ventana. Con un suspiro de fastidio escondió el libro de contabilidad y demás papeles en un cajón, se arregló el pelo de cualquier modo y fue a abrir la puerta. No pudo dar crédito a sus ojos.

—¿Qué haces aquí? ¡Es casi mediodía!

—No. Te equivocas de pregunta. La pregunta correcta es: ¿has estado engañándome?

Una mano se apoyó con fuerza en su hombro, empujándola hacia atrás.

—Y ahí va otra pregunta, chica: ¿qué crees que harán si lo descubren?

Mulder guardó silencio durante el trayecto de regreso a la posada. Habían rechazado amablemente la invitación que les hiciera Annie para quedarse a comer, prometiéndole que volverían para hacerle una visita no oficial. A continuación dirigieron sus pasos al lugar donde habían sido asesinados la pareja de recién casados. No fue una inspección prolongada, pues no quedaba gran cosa que ver, y cuando Sparrow le preguntó qué opinaba, Mulder contestó que era demasiado pronto para establecer conclusión alguna.

Una vez fuera del coche, Garson les prometió que haría todo lo posible por concertar una cita con la inaccesible médico forense. A continuación Mulder se dirigió directamente al mostrador del hotel a fin de alquilar un coche para esa misma tarde.

—No me gusta ir por ahí con un chofer —le explicó a Scully mientras la invitaba a seguirlo hacia el restaurante, añadiendo que estaba muerto de hambre—. Y mucho menos con este chofer. Él sabe algo, pero no me explico qué ni cómo puede saberlo.

Scully dijo que ésa era la parte más sencilla del enigma. Estaba claro que el hombre se sentía atraído por Annie. Y que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para evitar que siguiera sola por el resto de sus días.

—¿Te parece que es por su dinero?

—No lo sé. Esas cosas suceden. En todo caso, te habrás dado cuenta de que se mostraba protector con ella, no sólo amable o cariñoso.

Escogieron la mesa más cercana a la entrada, y Scully se sentó frente a una ventana con cortina blanca a la que Mulder daba la espalda. Una vez hubieron pedido, Mulder reparó en el modo en que Scully jugueteaba con los cubiertos y manipulaba la

servilleta antes de extenderla en su regazo.

—¿Qué pasa?

Scully no pudo disimular su exasperación.

—Sé muy bien lo que estás pensando, y no voy a dejar que conviertas esto en lo que no es.

«Ése es el problema de trabajar con alguien que te conoce a fondo», pensó Mulder.

Pese a todo, con probar no se perdía nada. En más de una ocasión, con su empeño de mantenerlo cerca de lo razonable, Scully le había ahorrado el ridículo.

—Tú también oíste lo que dijo.

Scully asintió.

—Y puede que hasta esa pareja, los Constella, vieran algo que no tendrían que haber visto. Puede que los hayan matado por eso. No serían los primeros que mueren por presenciar una ceremonia religiosa supuestamente secreta. —Alzó el cuchillo como si fuera el dedo índice—. Pero óyeme bien, Mulder: sólo he dicho puede que es posible.

—De acuerdo. Posible.

—¿Probable? —Scully sonrió.

—No me metas prisas. —Mulder le devolvió la sonrisa—. Aún estoy en la esfera de lo posible.

Scully iba a replicar algo pero decidió no hacerlo, y al instante cambió de opinión y preguntó:

—¿Y qué me dices de Paulie Deven? ¿No te parece que es un poco forzado pensar que también él vio algo? Es la única hipótesis posible si pretendes enlazar su caso con el de los Constella.

—¿Lo cual significa?

—Significa que no hay ninguna relación entre las víctimas y la ceremonia. Es una horrible coincidencia, nada más.

—¿Y qué me dices tú de… —Tartamudeó varias veces antes de poder pronunciar la frase en español, lo cual hizo sonreír a Scully— del «Viento de Sangre»?

Mulder hizo una mueca de dolor al oírse decirlo: su castellano seguía siendo horroroso.

Cuando el camarero trajo la cena, Mulder se quedó mirando las tiras de carne, las verduras, la salsa picante, casi sintiendo ya el ardor en la boca. Sabía que luego lo lamentaría, y después de probar un primer bocado supo que tendría que ingerir una dosis masiva de pastillas para la acidez si pretendía dormir algo esa noche. Lo malo

era que estaba todo tan bueno que no había forma de apartar el plato.

Scully se llevó un pequeño jalapeño a la boca, retuvo el tallo entre los dientes y dijo:

—No está mal. Nada mal.

A Mulder le agradó saber que Sparrow le había causado a Scully la misma impresión que a él. Ninguno de los dos se explicaba la afectación del sheriff, y no pensaban que Sparrow se creyera capaz de engañar a nadie con sus poses. Su actuación, calcada de las malas películas y peores series de televisión, era demasiado burda. Ello los llevó a preguntarse, dejando de lado los sentimientos de Sparrow por Annie, si no estaría el sheriff de algún modo involucrado en los asesinatos, o si, por el contrario, no era más que un policía mediocre que trataba de cubrirse las espaldas, de hacer que se apiadaran de él para que, llegado el momento de rendir cuentas, no le quitaran la chapa de sheriff.

—Quizá llevemos las cosas demasiado lejos —consideró Scully cuando estaban ya en los cafés—, aunque no sería la primera vez que se ve algo así.

—No es eso. No sé lo que es, pero no es eso.

—Tampoco tiene que ver con ese Viento de Sangre.

Mulder abrió la boca para decir algo, pero se contuvo. Cogió una cucharilla y la hizo tamborilear en la pierna.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—No empieces, Mulder. No empieces a tirarme de la lengua.

—Lo digo en serio, Scully. —Apoyó los codos en los brazos de la silla y entrelazó las manos a la altura de la barbilla—. Se ha registrado una buena cantidad de fenómenos extraordinarios relacionados con reuniones, sobre todo religiosas, donde se alcanzan cotas anormalmente altas de intensidad emocional y concentración.

—Todos ellos registrados por quienes participaron en las reuniones, no por observadores externos.

—Esos sacerdotes estaban en una *kiva*. Una cámara subterránea cuya única entrada y salida, y fuente de aire es un orificio en la bóveda. Suelen consumir drogas naturales, quizá peyote, o algo por el estilo. Seis días con sus noches, Scully, y todos concentrándose en una sola cosa: en el hombre a quien están invistiendo de sus conocimientos, su historia, de su poder sobre la gente con la que viven. —Se inclinó y dejó caer las manos sobre la mesa—. ¿Te imaginas lo que tiene que ser? Día tras día, noche tras noche acumulando toda esa energía. Debe de ser electrizante.

Scully tardó en replicar. Sorbía el café, miraba por la ventana, echaba vistazos a uno y otro lado del comedor, que se había quedado vacío. Estaba a punto de hablar

cuando apareció una mujer bajo el arco de la entrada. Baja de estatura, compacta, vestida con un austero traje de verano, llevaba el pelo negro y canoso recogido en un moño. Sujetaba un bolso de mano contra su costado.

Mulder la vio vacilar al principio y luego acercarse con resolución hacia su mesa, con la actitud de quien viene a hablar de trabajo y no está dispuesto a perder ni un segundo en tonterías.

—¿Son ustedes los agentes de Washington?

—Sí —respondió Mulder—. ¿Y usted es…?

—Soy la doctora Ríos. Helen Ríos. Fui yo quien hizo las autopsias a esos pobres desgraciados.

Mulder se puso de pie en el acto para ofrecerle una silla mientras hacía las presentaciones. Una vez estuvieron todos sentados, agradeció a la doctora que hubiera ido a verlos. Así Garson no tendría que hacer nada para concertar la entrevista.

—No lo hubiera logrado —dijo la doctora.

—Yo… ¿cómo dice?

—¿Ha leído usted mi informe? —preguntó la mujer a Scully.

—Sí. Y para serle franca, no encontré muchos…

—Es incorrecto.

Scully miró hacia la mesa y luego de nuevo a la doctora Ríos.

—¿Cómo dice?

La mujer abrió su bolso y extrajo una hoja de papel doblada en dos.

—Esto es lo que escribí primero. Lo que ustedes han leído es lo que se me ordenó escribir.

Mulder no podía creer lo que estaba oyendo. Tampoco dio crédito a sus ojos cuando vio a Scully desplegar la hoja, echarle un vistazo y exclamar:

—¡Dios todopoderoso!

12

Mulder firmó la cuenta de la cena con cargo a su habitación y hacia ella encaminó a sus dos acompañantes como medida de precaución contra ojos y oídos que no pudiera controlar. Las mujeres se sentaron frente a una mesa baja cercana a la ventana cubierta por oscuras cortinas verdes. Mulder se sentó en el borde de la enorme cama. Las cuatro lámparas de la habitación estaban encendidas.

La doctora Ríos fue al grano.

—Hace años, décadas —dijo la doctora—, que Nuevo México trata de mejorar su imagen. Con todo, la gente sigue preguntando si hace falta pasaporte para visitar el estado. Los turistas del Este siguen buscando indios y vaqueros enzarzados en combates al pie de las colinas. Y lo que menos quieren los políticos y empresarios de la región es que se fomenten esas historias y fabulaciones de creación urbana que estigmatizan al estado como un lugar donde abundan los OVNIS y las sectas raras. Que esas tonterías se las queden los de Arizona —añadió—, será un lastre menos.

Y entonces les estalló en las manos un caso como aquél. La doctora dobló el papel que Scully le había devuelto.

—Agente Mulder. Ya es bastante desgracia que esa pobre gente muriera de ese modo. Desde que los vi supe cómo habían muerto. Cualquier médico interno con un año de experiencia lo habría sabido. Pero por guardar las apariencias, y como mis superiores sabían que ese tipo de hechos es pasto de periódicos, se me pidió que presentase un segundo informe. Y ése fue el que llegó a conocimiento del público.

En la habitación hacía fresco, pero la doctora sacó un pañuelo de su bolso y se secó la frente. Mulder podía entender el riesgo que estaba corriendo la mujer y la tensión que sufría. Si había alguien familiarizado con ambas cosas, ése era él.

—Así lo hice, y por la más mezquina de las razones: para conservar mi empleo. —Miró a Scully con una sonrisa melancólica—. Soy mujer e hispana, para acabarlo de arreglar, en un estado donde son los anglos y otros forasteros quienes llevan la batuta. No estoy orgullosa de lo que he hecho, pero tampoco estoy pidiendo disculpas.

Scully conservó su expresión neutra, y la doctora volvió a enjugarse el sudor de la frente.

—La versión oficial, agente Mulder, es que las víctimas fueron desolladas. Pero no fue así.

Mulder alzó una ceja.

—¿Despellejadas?

—Raspadas. Lijadas.

Mulder ahogó una risa de incredulidad.

—Perdone usted, pero no entiendo.

La mujer consultó el reloj.

—No me queda tiempo. En los cadáveres se encontraron partículas de tierra, guijarros y otros materiales profundamente incrustados, no sólo en el tejido muscular, sino también en la boca y el fondo de la garganta. Hay otros indicios, como estriaciones circulares en los músculos y huesos expuestos, así como la cauterización de la mayoría de los vasos sanguíneos. Todo ello apunta a una única conclusión.

—Raspados.

—Sí. Como si los hubiesen sujetado contra un disco rotatorio de alta velocidad forrado con papel de lija gruesa, agente Mulder. O dentro del tambor de una secadora, también forrado con lija gruesa. Lo único que no logro explicarme es la tierra. —Otra lánguida sonrisa. Otra mirada al reloj—. Gracias por escucharme. Les ruego que no digan a nadie que he hablado con ustedes. Si vienen a mi despacho, si el agente Garson insiste en que nos reunamos, lo único que oirán de mis labios será lo que ya han leído en el informe oficial. —Se colocó el bolso bajo el brazo—. Dicho sea de paso, el agente Garson también está enterado de la verdad.

Mulder se puso de pie cuando la doctora salió de la habitación sin despedirse. Un tambor rotatorio de alta velocidad forrado con lija gruesa, pensó.

—Scully…

—No me digas nada.

—Pero tú has visto…

—Sí, he visto las fotos; he leído el informe, sí. Pero a no ser que el padre y la hermana de Paulie carezcan del más mínimo sentido del paso del tiempo, no hay Forma de que haya sucedido así.

Mulder la miró, la joven se veía pálida bajo la luz de la lámpara.

—Pero sucedió, Scully. Sucedió.

—Entonces explícame —dijo ella apoyando los brazos en la mesa—, explícame cómo puede alguien montar un aparato de ese tamaño, llevarlo al río sin ser visto,

meter al chico, matarlo, sacarlo y marcharse. Y todo eso sin que nadie viera nada.

—La chica…

—No vio nada que podamos documentar. Fantasmas, Mulder. Dijo que vio fantasmas.

—Y oyó susurros —le recordó Mulder—. Declaró haber oído susurros.

Scully se apoyó en el respaldo y movió la cabeza.

—¿Qué significa eso? No lo entiendo.

—Yo tampoco. —Mulder descorrió las cortinas, apagó las lámparas y se dejó caer en la silla frente a Scully—. Lo cierto es que hasta el momento todos los que han hablado con nosotros han… —Calló. Cerró los ojos un instante. Fue a sentarse a la cama y se quedó mirando el teléfono que descansaba en la mesita de noche.

—¿Mulder?

—Los konochinos —dijo, y levantó el auricular—. ¿Por qué estamos siempre topándonos con los konochinos?

—Ya que estás en ésas —dijo Scully—, llama a Garson y averigua por qué le cuesta tanto decirnos la verdad.

Donna contempló con ojos de impotencia las veintitantas cajas de cartón apiladas en el cuarto de huéspedes. Todas estaban listas para su envío o entrega personal en las tiendas de la región. Tenía la impresión de llevar el frío adherido a la columna y al estómago. No podía dejar de temblar. Había negado haber engañado a nadie, naturalmente; hasta le enseñó el libro de contabilidad para demostrarlo. Pero había estado a punto de meter la pata. Él no le pidió disculpas, y le dirigió una ominosa mirada de advertencia antes de salir de la habitación dando un portazo.

Tenía que largarse de allí. Todo el dinero que había en esa habitación no le serviría de nada si no vivía para gastarlo. Consultó la hora en el reloj. Si se daba prisa podría sacar todo el dinero de su cuenta bancaria, hacer las maletas y largarse de aquel estado olvidado de Dios antes de la medianoche. Dejarlo todo detrás. Nada importaba. La casa, los vestidos: nada tenía importancia; sólo sacar el dinero y marcharse.

Pero antes tenía que hacer una llamada telefónica. No podía marcharse sin despedirse.

Garson no estaba en su despacho, y nadie sabía dónde localizarlo. La secretaria dijo que a lo mejor estaba en el despacho de la forense. Marcó un segundo número, esta

vez al teléfono de información. Concluida la tercera llamada, Mulder colgó el auricular y empezó a hacerse preguntas.

—Mulder —le reconvino Scully—. Esa mirada.

—Según su hermana, Paulie compró una pieza de artesanía en una de las tiendas de por aquí. Un pendiente de plata, o algo así. —Mulder la miró—. Dijo que le parecía recordar que era artesanía konochina.

—¿Y?

—Y yo no recuerdo haberlo visto entre sus efectos personales.

—O lo que quedaba de ellos —advirtió Scully.

—Es igual. No estaba entre sus cosas. —Se levantó y empezó a recorrer la habitación de un lado a otro hasta que el gruñido de advertencia de Scully lo devolvió a su silla—. Está esa mujer, la que comercia con las artesanías.

Scully pasó unas páginas de su cuaderno de apuntes y dijo:

—Falkner.

—¿Quieres ir a dar un paseo?

—Mulder…

—Los nexos, Scully. No puedes negar que existen nexos.

Con las llaves del coche de alquiler, el recepcionista del hotel les proporcionó un mapa de la región y algunas indicaciones sobre cómo llegar a la dirección que Mulder había encontrado en la guía telefónica. El aparcamiento estaba situado en la parte norte del hotel, al que se accedía por una cancela abierta en la pared lateral. Situado ante el volante, Mulder vio que el coche estaba dotado de todos los dispositivos conocidos por la industria de Detroit; quizá sólo le faltaba un sistema orbital de seguimiento de trayectorias.

Tardó unos minutos en entender el instrumental, y algunos más en convencerse de que no estaba zambulléndose a ciegas en una gestión sin pies ni cabeza. El modo en que se cometieron los asesinatos permanecía más allá de su entendimiento, a pesar de las descripciones de la doctora Ríos. Mulder sabía que debía concentrarse en el quién y el porqué, el cómo llegaría solo, arrastrado por la resaca de lo primero. Eso esperaba.

Salió a la calle y se dirigía ya hacia el norte cuando Scully dio un brinco en el asiento.

—¿Qué ocurre?

Acababan de pasar frente una edificación de una sola planta, ocupada por pequeños locales comerciales. Un hombre miraba sin disimulo el coche en que viajaban los agentes del FBI.

—Anoche —dijo Scully—, no lo pude ver bien, pero había un hombre parado frente al portón del hotel, mirándome.

Mulder miró por el espejo retrovisor. Con el rostro oculto por la visera de la gorra, el hombre seguía mirando.

Sin pensarlo dos veces, Mulder dio media vuelta y detuvo el coche frente a las tiendas. El hombre no se había movido. Scully bajó su ventanilla.

—¿Desea algo? —preguntó con mucha tranquilidad.

León Ciola se inclinó para asomarse a la ventanilla.

—¿Ustedes son los federales?

Manteniendo una mano en el volante, Mulder se inclinó por delante de Scully, picado en su curiosidad por las finas cicatrices que surcaban el rostro de aquel hombre.

—Agentes especiales Mulder y Scully. Usted nos ha estado observando, ¿por qué?

Ciola abrió los brazos en cruz con gesto burlón y sonrisa insolente.

—A uno le gusta saber quién llega al pueblo, amigos, eso es todo. La vida aquí es muy aburrida, ¿saben? No hay mucho que hacer. El sol calienta demasiado. No hay trabajo para un hombre como yo.

—¿Qué clase de hombre es usted? —dijo Scully.

—Un ex convicto. ¿No les han informado?

«No —pensó Mulder—. No nos han informado de muchas cosas». Entonces detectó una vaga semejanza racial entre el hombre y Nando Quintodo.

—¿Es usted de La Mesa?

Ciola mantuvo su sonrisa, imperturbable.

—Muy bien, amigo. Casi todos me preguntan si soy apache. —Agitó los dedos por encima de su cara—. Es por las cicatrices. Me hacen parecer malvado.

—¿Lo es usted?

La sonrisa desapareció.

—Yo soy un hijo de puta, agente Mulder. Para que lo sepa.

«No es una bravuconada —pensó Mulder—. Tampoco una advertencia». Ciola miró a uno y otro lado de la calle, y apoyó una mano en el marco inferior de la ventanilla.

—El sheriff Sparrow le dirá que he matado a un hombre. Es verdad. Tal vez a más de uno, ¿quién sabe? Le dirá, cuando venga al caso, que tal vez fui yo quien mató a esos estúpidos turistas. No he sido yo, agente Mulder. Tengo cosas más importantes que hacer.

Se llevó los dedos a la visera en saludo de deferencia a Scully y se separó del

coche. La entrevista había terminado.

Mulder se quedó mirando al hombre mientras se alejaba. Luego arrancó el coche y se marchó a poca velocidad. El tipo lo había impresionado. Pero lo que más le había llamado la atención era que Sparrow no les hubiese hablado de él: un sospechoso evidente, un ex convicto que reconocía abiertamente ser un asesino, Y el sheriff se había guardado de pronunciar su hombre.

—Scully, ¿no tienes la impresión de que hemos dado con algo?

No respondió. Mulder la miró de reojo y vio que tenía los labios blancos de apretarlos. No quiso seguir interrogándola. Algo de aquel hombre, algo que él no había logrado percibir, había hecho sonar una cuerda. Tarde o temprano ella le diría de qué se trataba. De momento, le bastaba con descifrar las indicaciones de la calle, cuyas letras minúsculas a duras penas conseguía leer. Los conductores de los coches que iban detrás de ellos empezaban a impacientarse con la lentitud de aquel forastero. Y el sol no ayudaba precisamente. Su luz era tan brillante y cegadora que empalidecía todo alrededor.

Por todas partes se apreciaban señales de una población que se esforzaba por dar con la manera adecuada de crecer: locales comerciales novísimos, comercios cerrados tras una breve e infructuosa actividad, casas y edificios en diversas fases de construcción o restauración. Vivir allí tenía que ser o muy emocionante o sencillamente espantoso.

—Allí —dijo Scully.

Mulder dobló a la izquierda, hacia el río, y se encontró en una calle que atravesaba una serie de parcelas grandes y vacías, una planicie interrumpida muy de tanto en tanto por casas pequeñas de una planta, de ladrillo o falso adobe. La rareza del lugar quedaba acentuada por los jardines y los grandes arbustos que florecían con violentos colores. No había juguetes en los senderos de acceso a las casas; los pocos coches aparcados junto a la acera parecían abandonados.

Mulder detuvo el coche frente a una casa construida al estilo de las antiguas haciendas cuya ventana frontal se hallaba oculta tras un rosal. El Cherokee aparcado en la rampa de acceso miraba hacia la calle. Cuando se apearon del coche Mulder vio una maleta en el suelo, al lado de la puerta del conductor.

—Alguien se va de vacaciones.

—No lo creo —dijo Scully, apuntando con el mentón hacia las otras dos maletas que esperaban en el porche—. A menos que la señora vaya a pasar seis meses de vacaciones.

Mulder tocó el timbre de la puerta de tela metálica. Nadie respondió. Volvió a

tocar, y una mujer joven que sostenía un maletín en la mano izquierda abrió la puerta de madera.

—No estoy interesada —dijo.

Scully le mostró su chapa de identificación.

—Agentes especiales del FBI, Scully y Mulder. ¿Es usted Donna Falkner?

No hacía falta poseer un sexto sentido para darse cuenta de que la mujer estaba asustada. Mulder empujó la puerta de tela metálica con cautela y añadió:

—Sólo queremos hablar con usted, señora Falkner. Será sólo un momento. Entonces podrá marcharse.

—¿Cómo saben ustedes que…? —quiso saber Donna casi gritando. Mulder apuntó hacia el equipaje—. Ah.

—Será sólo un momento —le aseguró Scully.

La mujer se relajó.

—Bueno, ¡qué diablos! ¿Por qué no? Peor no se pueden poner las cosas.

13

El aire acondicionado estaba apagado. En la sala hacía un calor asfixiante. «Aún no se ha marchado —pensó Mulder—, y la casa ya parece abandonada». Donna cogió una silla que había frente a un pequeño escritorio y le dio la vuelta para sentarse frente a ellos. Se sentó apoyando el maletín sobre las piernas, aunque parecía querer sujetarlo contra el pecho. Scully, pluma y cuaderno en mano, fue a sentarse en un sofá de dos plazas, y Mulder se quedó de pie, apoyando el hombro contra la pared que daba a la entrada de la sala.

En esa posición estaba en semipenumbra; la mujer quedaba totalmente expuesta a la luz.

—¿Y bien? —Dijo con resignación—. ¿Qué quieren saber?

—Los konochinos —dijo Mulder, y vio cómo la mirada de la mujer se disparaba hacia él.

—¿Qué les pasa?

—Usted vende sus objetos artesanales —acabó Scully—. Hemos oído decir que no les gusta mucho el mundo exterior.

—No les gusta nada —replicó Donna, encogiéndose de hombros levemente—. Una vez me echaron de la reserva, hace mucho tiempo, cuando aún no sabía cómo se hacían estas cosas. —Dejó el maletín en el suelo, junto a la silla—. Verán, no son los únicos indios con los que hago negocios, pero sí los que me traen más problemas. Pero eso era antes. Ahora hay un señor…

—¿Nick Lanaya? —preguntó Mulder.

—Sí. Es uno de los que se fue y volvió, no sé si saben cómo va eso. Bueno, en todo caso lo conocí en una fiesta y nos pusimos a charlar. Es muy buen conversador, habla como un sacerdote; no sé si me explico. En todo caso, él sabía que su gente necesitaba dinero, y después de un rato concluyó que yo podía pagarle muy bien si me ayudaba.

Scully alzó la mano para volver a llamar su atención.

—¿Tan enfadados están que no quieren contacto con el exterior?

Donna frunció el entrecejo, tratando de entender el sentido de la pregunta.

—¡Ah! ¡Ya! ¡No, mujer! ¡Tan enfadados no están! ¿Creen ustedes que son ellos los que han matado a esa pobre gente? ¡No, por Dios! —Rechazó tan insólita idea con un gesto de la mano—. Hablan mucho y gritan más, eso sí, pero Nick les grita más a ellos. Es… —Y calló, como si se le acabara de ocurrir algo—. A decir verdad, con quien deberían hablar ustedes es con León Ciola.

—Nos hemos conocido —replicó Mulder secamente.

—No me diga. —Rozó el maletín con la mano derecha—. ¿Saben ustedes que estuvo preso en la cárcel de Santa Fe? Mató a un hombre en una trifulca de bar. —Hizo un gesto lento con el dedo como si se cortara el cuello—. Casi le cortó la cabeza. No sé cómo ha salido. Habrá tenido un buen abogado, supongo yo.

—¿Hacia dónde se dirige usted? —preguntó Scully.

—Me voy de vacaciones —respondió Donna al instante.

—Se lleva usted más ropa que Scully —dijo Mulder riendo.

—Estaré fuera mucho tiempo.

—¿Y quién atenderá el negocio? ¿Nick?

—Sí. Básicamente —dijo Donna con gesto de indiferencia. Scully cerró su cuaderno de anotaciones.

—¿Tiene usted algún control sobre el tipo de mercancía que recibe de La Mesa? ¿Sabe si hay alguien que les compre al por menor?

—No. Nick elige las piezas, yo escojo las tiendas. Después de eso él se queda con la mayor parte del dinero.

Mulder se separó de la pared.

—¿Qué pasaría si algún incauto entrase en la reserva?

—Nada —Donna recogió su maletín—. Nadie le dirigiría la palabra, probablemente. Tarde o temprano, el forastero entendería la indirecta y se marcharía.

—¿Y si no se marchase?

—¿Se refiere usted a mí? —Donna rio, pero era una risa falsa—. Yo soy una pelmaza, agente Mulder. Me puse demasiado pelma. Lo más que puede pasar es que lo echen, créame. —Se levantó de la silla y miró con total falta de sutileza hacia la puerta —. Insisto en que deberían hacer una visita a Ciola. Tiene un cuchillo, y… —Hizo como si la recorriera un escalofrío para añadir efecto a sus palabras.

Scully se levantó también.

—Muchas gracias, señora Falkner. Le agradecemos el tiempo que nos ha dedicado.

—No se preocupe. —Los condujo hasta el porche—. El caso es que mi avión sale dentro de muy poco rato, ¿me entienden, verdad?

Mulder también le dio las gracias y le pidió que llamase al agente Garson si antes de marchar se le ocurría algo que le pareciese de interés.

Fuera el sol brillaba implacable y el coche era un horno. De nuevo al volante, Mulder se maldijo por haber olvidado dejar abiertas las ventanillas del coche. Puso el aire acondicionado en máxima potencia y se alejaron de allí, despacio, mientras Scully miraba a Donna Falkner por el retrovisor lateral de su puerta. Doblada la esquina, Scully dijo:

—La verdad es que se relaja con mucha rapidez.

—Sí. Porque no le preguntamos lo que ella pensaba que veníamos a preguntarle.

—¿O sea?

—Scully, si yo lo supiera se lo habría preguntado.

Scully emitió un gruñido de escepticismo; Mulder sabía lo que ella estaba pensando. Hay veces en que preguntar produce respuestas, pero no necesariamente en el momento en que se desean. En otras ocasiones es mejor tejer una telaraña y sentarse a ver quién trata de escapar. Y Donna trataba de huir. Una vez estuviera a salvo en el avión, Nuevo México no la volvería a ver.

Scully lo miró.

—¿Qué vas a hacer para impedir que se marche?

Mulder señaló hacia el asiento trasero para que Scully le alcanzara su chaqueta de algodón azul. Al hacerlo, el teléfono portátil cayó del bolsillo interior.

—¿Llamarás a Garson?

—Alegaré que se trata de un testigo esencial para una investigación en curso.

—Pero ella no lo es, Mulder.

—No, puede que no. Pero él puede retrasarla lo suficiente como para hacerle perder el avión. Quién sabe, quizá la convenza de que espere hasta mañana.

—Eres malo.

—Tú llama, Scully. Ya hablaremos de mis valores morales en otra ocasión.

Scully obedeció y, al enterarse de que no había manera de dar con Garson, exigió hablar con el agente de guardia. Después de convencerlo de que no bromeaba con respecto a la señora Falkner, le preguntó dónde se hallaba la furgoneta del matrimonio Constella.

—Aquí mismo —le informó a Mulder tras colgar—. En un aparcamiento que está detrás de la subestación del sheriff.

—¿Para qué quieres ver la furgoneta?

—Tú quisiste ver a Ann Hatch, y fíjate adonde nos llevó esa visita. Ahora yo quiero ver la furgoneta.

No explicó nada más, y Mulder supuso que Scully tenía una corazonada. Sonrió casi imperceptiblemente. Scully y las corazonadas no hacían buenas migas, y no porque desconfiara de ellas —era demasiado buen agente para eso— sino porque la incomodaban profundamente. Y a veces hacían que la joven se pareciera demasiado a él.

—¿Y qué has querido decir con eso de que pongo demasiada ropa en mi equipaje?

La subestación era poco más que una caravana muy ancha montada sobre pilares de hormigón; únicamente un rótulo en la puerta indicaba su función. El aparcamiento que había enfrente daba cabida sólo a cuatro coches, y el árbol que lo sombreaba precariamente parecía a punto de venirse abajo. Detrás del árbol había otro aparcamiento cerrado con cerca de alambre que contenía unos cuantos turismos, una camioneta de carga y una furgoneta.

El sheriff Sparrow los estaba esperando fuera cuando Mulder condujo por el camino de acceso.

—Garson trabaja rápido —dijo Scully cuando Mulder detuvo el coche.

—Para eso le pagan.

Sparrow les hizo señas para que se encaminaran hacia el portón cerrado con candado que protegía el aparcamiento.

—¿Buscan algo en particular? —preguntó cuando empujó el portón hacia adentro, una vez estuvo abierto el candado.

—Nunca se sabe —replicó Mulder.

La furgoneta estaba al fondo, donde había acumulado la suficiente cantidad de polvo para guarecerse del sol. Mulder hizo visera con una mano y miró hacia el interior de la furgoneta por el parabrisas y las lunas laterales. Le pidió las llaves a Sparrow.

—¿Para qué las quiere?

—Para entrar. —Dio unos golpecitos con los nudillos en la puerta lateral corredera —. Nunca se sabe.

Sparrow refunfuñó que había dejado las llaves en la caravana, y se alejó.

—Mulder.

Scully estaba al otro lado de la furgoneta, y Mulder no se apresuró para llegar hasta ella. El calor era brutal, peor que el de la víspera; ahora entendía por qué la vida

era tan lenta en aquella parte del mundo. Todo movimiento de velocidad superior a la del caracol suponía un infarto seguro, o la necesidad de sumergirse en una bañera rebosante de hielo.

—¿Y?

Scully señaló la chapa lateral de la camioneta. Mulder miró y sólo vio polvo, pero enseguida percibió lo que había bajo éste. Quiso barrerlo con la mano y soltó un grito cuando el calor de la chapa le quemó los dedos.

—¡Dios! —Sacudió la mano, la sopló y sacó un pañuelo del bolsillo.

—Ten cuidado —dijo Scully. Cuando él quiso matarla con la mirada ella se encogió de hombros y añadió—: Para eso te pagan.

La furgoneta tenía dos grandes lunas ahumadas, la primera estaba situada sobre la puerta corredera, la otra sobre la ventana posterior. Mulder desplegó el pañuelo y luego lo dobló en dos mitades. A continuación sacó el polvo y la tierra pegada antes de ponerse a frotar con fuerza.

—¿Qué diablos busca? —preguntó Sparrow mientras tiraba las llaves a Scully.

—Esta furgoneta era de alquiler —dijo Mulder sin apartar la vista de lo que estaba haciendo.

—Ya. ¿Y qué?

—Que entonces era nueva, ¿no?

—Probablemente. —El sheriff se asomó por encima de Mulder, mirando hacia el salpicadero—. ¿Y?

—Entonces el señor Constella debía de ser muy mal conductor.

No tuvo que frotar demasiado rato. Una vez limpio el trozo de chapa, Mulder se enderezó y dio un paso atrás, a la espera de los comentarios de Sparrow. También esperaba que el sheriff le explicara cómo era posible que no hubiese reparado en ello en su momento, hacía días. O, si lo había notado, por qué no había dicho nada al respecto.

No había restos de pintura desde la ventanilla hasta la base del marco de la puerta; la chapa había sido lijada hasta dejar el metal a la vista. Pese a la gruesa capa de polvo acumulada a lo largo de más de una semana en el aparcamiento del sheriff, Scully había detectado el brillo tenue de un trozo de chapa descubierta.

—¡Vaya! —Dijo el sheriff, acomodándose el cinturón—. ¡Esto sí que es bueno!

Mulder miró hacia el árbol, preguntándose si habría una rama lo bastante alta para colgarlo de allí con su maldito cinturón.

—Da la impresión de que pasó rozando una pared de piedra, o una roca; algo así.

—A mí no. —Mulder pasó un dedo suavemente por la superficie—. No se

aprecian abolladuras, de modo que no ha habido lo que se pueda llamar una colisión.

Scully se acercó a ellos, observó la superficie detenidamente y luego el resto del lateral hasta el parachoques trasero.

—De haberse producido ese choque no habría señales sólo en este lado. —Se incorporó para acercarse a la ventana. La tocó con un dedo. Sacó su pañuelo y limpió la luna—. Aquí también hay raspaduras.

—Polvo y arena de la carretera —dijo Sparrow—. Aquí siempre pasa, sobre todo a las velocidades que llevan.

Scully hizo caso omiso de su comentario, y con la punta del dedo siguió el perfil de las raspaduras, que llegaban hasta la franja de chapa por encima de la ventana.

—Fuera lo que fuese era muy grande. De estatura humana, al menos.

—Lo que yo le digo: una roca.

—¡Venga ya, sheriff! —Dijo Mulder, harto de su ignorancia fingida—. Scully tiene razón; un choque habría producido daños más grandes que éste; esta ventana tendría que haber quedado resquebrajada, por no decir hecha añicos por la fuerza del impacto. —Mulder se rascó el mentón y volvió a acercarse a la chapa.

—Agente Mulder, esto es…

—¿Tiene usted una lupa? —lo interrumpió Mulder.

Oyó el gruñido asqueado del sheriff, pero el altercado que se esperaba no se llegó a producir. Sparrow volvió a la caravana arrastrando los pies, murmurando, en voz lo bastante alta para hacerse oír, maldiciones contra esos federales que creen que se las saben todas.

Scully abrió la puerta del acompañante y se echó atrás para dejar que saliera el calor. Entonces subió al asiento y pasó hacia la parte de atrás. Mulder no la vio hasta que ella golpeó en la ventana con los nudillos y le hizo señas para que se acercase. Scully se arrodilló en el asiento del acompañante y se asomó por encima del respaldo. Las dos filas de asientos corridos habían sido extraídas, y en su lugar sólo quedaban los rieles de sujeción. Tanto el suelo como las paredes estaban forrados con trozos alternados de moqueta violeta brillante y marrón opaco.

—¿Y esto es un nido de amor? —preguntó Mulder, haciendo una mueca ante el mal gusto patente en la combinación de los colores.

—El amor es ciego, Mulder. —Scully estaba de rodillas, hurgando con el bolígrafo un trozo de moqueta suelta.

—La verdad es que aquí tendría que serlo.

—Ya lo tengo.

Scully se incorporó apoyándose en los talones y sostuvo el bolígrafo en alto. De la

punta colgaba un trozo de cadenilla de plata. Mulder salió de la furgoneta y ella lo siguió. Una vez fuera le dio la cadena.

—No es una cadena de joyería. Está hecha a mano. —La removió con el bolígrafo —. Apuesto a que tampoco tiene un baño de plata.

Mulder se acercó la cadenilla a los ojos. Los eslabones eran más alargados de lo que esperaba, y no delicadamente delgados como parecían a primera vista. Tampoco tenían todos la misma longitud.

Scully volvió a coger la cadenilla, la sostuvo por los extremos y la estiró. Dio un tirón.

—Es sólida. ¡No puedes arrancársela a nadie del cuello sin hacerle mucho daño!

—Artesanía konochina.

Scully ladeó la cabeza en señal de quizá, y se acercó al coche que habían alquilado para sacar una bolsa de plástico de recolección de pruebas de su bolso.

—Tráete un par de ellas —le gritó Mulder, y consultó su reloj.

Sparrow seguía sin volver y Mulder terminó por perder la poca paciencia que le quedaba. Salió a buen paso hacia la caravana, abrió la puerta de un tirón y entró. El sheriff estaba sentado detrás de uno de los tres escritorios; se había quitado el sombrero, puesto los pies sobre la mesa, y se llevaba una petaca a los labios.

Pareció sobresaltado al ver a Mulder, pero no se movió hasta que hubo terminado el trago.

—Hace un calor ahí fuera… —dijo.

—Más calor va a hacer —dijo Mulder sin molestarse en disimular su irritación—. Deme esa lupa y dígale a uno de sus ayudantes que se prepare para llevar pruebas materiales a los técnicos de Garson. Yo mismo lo llamaré para decirle qué es lo que tienen que buscar.

Sparrow lo miró airado mientras dejaba la petaca en la mesa.

—Me parece que no he oído todavía la palabra mágica, agente Mulder.

Mulder lo miró a los ojos y se limitó a decir:

—FBI.

14

No podía ver a Scully mientras regresaba al aparcamiento, caminando a zancadas y golpeándose la pierna con la lupa. Se sentía molesto y decepcionado, más consigo mismo que con el sheriff. No era su estilo perder el control de aquella manera, y mucho menos restregarle su rango en la cara a la gente. Hacía años que había aprendido a trabajar con la policía local, y sabía que su ayuda y buena disposición eran tan vitales para la investigación en curso como la de los propios agentes federales. Había transgredido no sólo las reglas de comportamiento más elementales, sino su propio código de conducta.

—¿Scully? —Había sido un tonto—. ¡Eh, Scully!

Un estúpido.

—¡Por aquí, Mulder!

Pero ¿y lo bien que le había sentado la descarga?

Encontró a Scully junto a lo que debía de haber sido un elegante Jaguar. Ahora no le quedaba una ventanilla sana, el parabrisas ostentaba una telaraña de resquebrajaduras, la sobria pintura verde presentaba picaduras y rayas desde el capó hasta el maletero, y el techo se veía aplastado como si le hubiese caído un vagón de carga encima.

—¿Nuestro conductor borracho? —preguntó.

—No lo sé. Supongo que sí. Mira esto.

Se acercó a Scully y observó en la chapa el mismo tipo de lijadura presente en la carrocería de la furgoneta, sólo que en este caso la zona afectada era más amplia.

—El coche invisible —dijo Mulder.

Scully alzó una mano para señalar su desconcierto.

—Me rindo, Mulder. ¿Qué está ocurriendo aquí? —Le miró fijo—. Tanto da. Creo que prefiero no saberlo.

Mulder no tuvo tiempo de responder. La puerta de la caravana se cerró con estruendo. Sparrow se acercaba a ellos a grandes zancadas como un loco desatado.

Por el modo en que agitaba las manos y cortaba el aire con ellas, Mulder sospechó que el sheriff estaba pegándose una tremenda bronca a sí mismo. Cuando llegó hasta ellos, la bronca había terminado.

Se detuvo y adoptó una de sus poses: una mano apoyada en el mango de su pistola enfundada mientras que con la otra se introducía un chicle entre los labios. Luego se quitó las gafas de sol, cogiéndolas por el puente y deslizándolas nariz abajo.

—Yo mismo llevaré las pruebas. —No era una orden, ni una exigencia, sino un ofrecimiento de tregua.

—Por mí encantado, señor sheriff —respondió Mulder.

—Tutéame. —El sheriff mascaba con frenesí.

Mulder esbozó una media sonrisa.

—Me parece que no voy a hacerlo.

—Yo tampoco. A mi madre la sacaba de quicio. Decía que era de muy mala educación. —Volvió a ponerse las gafas—. Bueno, FBI, a ver, ¿qué es eso tan importante que hay que llevar corriendo a la ciudad?

Mientras Scully hablaba de la cadena de plata que habían encontrado, Mulder regresó a la parte trasera de la furgoneta. Allí, armado de la lupa y de su navaja suiza, fue sacando muestras de escombros y residuos de las acanaladuras de la puerta. Tras realizar lo mismo en el Jaguar, selló las pruebas en las bolsas y las entregó.

Aún incómodos, si bien más relajados, los tres volvieron a la caravana, agradeciendo el frescor de la tregua. Scully puso etiqueta y número a las bolsas. Mulder llamó al despacho de Garson para dar instrucciones y alguna que otra indicación sobre lo que debían buscar en las bolsas.

—No creo que tome mucho tiempo —dijo el secretario confiadamente.

—¿Ha dado ya con el agente Garson?

—No, señor, ni rastro de él.

Mulder dio su número de teléfono y dejó recado de que Garson lo llamara en cuanto llegase. Preguntó si habían dado con Donna Falkner antes de que se marchara y le respondió que se había encargado de ello uno de los agentes. Por lo visto la mujer no había reaccionado muy bien ante la iniciativa, y mucho menos cuando vio que se la llevaban al despacho local del FBI en Silver Avenue, donde ahora se encontraba prestando declaración.

—¿Declaración? ¿Sobre qué?

—No le sabría decir, señor. Yo sólo soy el secretario. Se me informa sólo de aquello que necesito saber.

«Desde luego —pensó Mulder—. Todo lo demás es magia».

Se sentó en el borde del escritorio más cercano y se secó el sudor de su frente con la manga de la camisa. Sparrow había vuelto a su silla.

—¿Le parece que los konochinos tienen algo que ver? —Preguntó el sheriff—. Es lo que me pareció, sobre todo desde su entrevista con Donna Falkner.

—No veo que pueda ser de otro modo. Hay demasiados nexos.

—En cualquier caso es una pista —añadió Scully.

—Pues no nos espera nada —exclamó el sheriff, que fue a coger la petaca, pero cambió de idea y puso de nuevo los pies sobre la mesa—. El problema está en que son como doscientos. No puede ser tan… —Se puso en pie de un salto y sus botas tronaron en el suelo—. ¡El muy hijo de puta!

Mulder miró a Scully.

—León Ciola.

—Vaya, Mulder. Es usted muy bueno —dijo el sheriff. Puso cara de profunda reflexión y descolgó el auricular de su teléfono—. Hay alguien a quien deben conocer. Él podrá decirles lo que quieren saber. Lanaya. Ya les he hablado de él. Lo crean o no, todavía vive en la reserva.

—¿Qué me dice de Ciola?

Sparrow alzó el dedo pulgar cuando su llamada recibió respuesta, hizo todo un repertorio de muecas mientras concertaba con el intermediario una entrevista en el hotel esa misma noche, hizo más muecas y se frotó el oído mientras colgaba.

—Se avecina una tormenta —explicó—. A veces la estática te puede dejar sordo.

«Gracias a Dios —pensó Mulder—; al menos así refrescará».

—¿Y Ciola? —le recordó Mulder a Sparrow.

—Es un cabrón. Un cabrón con todas las letras. Fue a la cárcel por asesinato, pero su abogado encontró una brecha en el expediente y por ahí se libró el muy hijo de perra. Ahora lo único que puedo hacer es no quitarle el ojo de encima, y rezar para que no pierda los nervios.

No hacía falta ser extremadamente perceptivo para saber que el sheriff no sólo odiaba a Ciola, sino que también le temía.

—¿Cree usted que está metido en esto? —inquirió el sheriff.

—Hay que reconocer que se trata de un candidato con muchos puntos.

—No. Yo no lo creo —replicó Sparrow.

Mulder no ocultó su sorpresa.

—No es su estilo —explicó Sparrow—. Lo suyo es la intimidación valiéndose de su mala fama. El nombre que mató fue un asunto rápido y sucio. En cambio esa gente… en fin, quien los asesinó sabía esperar.

—Pero no mucho tiempo, sheriff —dijo Scully—. ¿Se acuerda de Paulie Deven?

Sparrow le dio la razón de mala gana, pero insistió en que no podía haber sido Ciola.

—Esa gente necesita razones, agente Scully. Lo que pasa es que nosotros todavía no hemos descubierto cuáles son. Con León es diferente: a él no le hacen falta razones.

—El horrible calor —sugirió Mulder.

—Ya le dio en una ocasión.

Scully no parecía convencida, pero no intervino en la discusión. El sheriff aceptó su silencio sin hacer comentarios; revisó con la mirada su despacho y luego sacó de un cajón un maletín en el que guardó cuidadosamente las bolsas de las pruebas.

—Más vale que salgamos ya. Quiero estar de vuelta antes de que empiece la tormenta. —Fue al fondo del despacho y llamó por radio a uno de sus hombres para decirle dónde estaría y por cuánto tiempo; a continuación contactó con la centralita para dar la misma información y para que interceptaran cualquier llamada. Escupió el chicle en la papelera; abrió un armario y sacó un sombrero impoluto. Al ver que Mulder lo miraba con curiosidad, señaló hacia el sombrero que descansaba en el escritorio.

—Ése es mi sombrero de andar por casa, el cómodo; hace años que lo tengo. —Se tocó el ala del que llevaba puesto—: Y éste es el de lucir en la ciudad. Parece una tontería, ¿no?

Scully rio, y Mulder apenas pudo asentir con la cabeza, pues ya Sparrow salía de la caravana y se encaminaba al coche de alquiler.

—No la pierdan de vista —dijo, apuntando a la caravana—. Hay que estar aquí dentro cuando empiece la movida.

Mulder miró hacia lo alto incrédulo: que nubes tan descomunales y altas pudieran congregarse con semejante velocidad le parecía imposible. Las nubes formaban un yunque allá en lo alto que se había tragado ya todo el cielo azul del Oeste.

—¡Dios todopoderoso, Scully, nos vamos a ahogar!

Mulder condujo de regreso hacia el hotel a toda velocidad, aunque bastante más lento que los demás conductores que transitaban la carretera. Lo adelantaban por la izquierda, por la derecha, y, de ir más lento, le habrían pasado por encima.

—Tranquilo —recomendó Scully cuando apagó el motor—. Todavía nos queda trabajo por hacer mientras esperamos a Lanaya.

El montón de huesos se agitó, barrido por el viento; nubes de polvo marrón pasaron entre costillas, cuentas oculares y el amplio orificio abierto en uno de los cráneos. Un escorpión recorrió a hurtadillas el retorcido cuerno de un carnero.

En el centro, con el hueso pélvico de un caballo a modo de improvisado taburete, un hombre removía la tierra suelta con la punta de un cuchillo creando formas que luego se desvanecían, palabras que luego borraba. El hombre miró hacia lo alto para contemplar cómo se acercaba la tormenta, y volvió a su trabajo cuando vio el relámpago, pero antes de oír el trueno. Todo iba a precipitarse.

Pero él actuaría con mayor rapidez.

Donna Falkner entró en su casa como una tromba, cerró de un portazo sin mirar atrás, arrojó la maleta al otro lado de la sala y gritó para descargar su rabia. Dio patadas a la pared más cercana; cogió la silla de trabajo y la arrojó al fondo del corredor; se abalanzó sobre los cojines del sofá y trató de desgarrar la tela con las uñas; los tiró a un lado y se echó al suelo, sollozando. No era justo. Era una verdadera injusticia. Lo único que tenía que hacer era subir a bordo de aquel maldito avión y largarse. Marcharse. Perderse en otra ciudad donde los indios únicamente salieran en la tele, donde sólo se vieran artesanías indias en las tiendas elegantes que cobraban un ojo de la cara por cualquier cosa, desde una billetera hasta un broche. Largarse. Un nombre nuevo. Otro color de cabello. Todo nuevo. Largarse. Pero ahora el FBI quería disponer de ella, y él quería disponer de ella, y ella no podía hacer absolutamente nada que no fuera sentarse a esperar.

Dio un puñetazo en el suelo. Gritó otra vez; estaba roja de ira, apretaba los dientes con furia.

Atardecía ya y las espinas de los rosales comenzaron a golpear las ventanas, empujadas por el viento.

De pronto se sintió incapaz de respirar; entrelazó las manos y se las llevó al pecho, tratando de respirar. Se meció hasta que pensó que se desmayaría. Tenía la cara empapada en lágrimas que goteaban desde la barbilla y le habían llenado los labios de sal. Pasado el ataque, se dejó ir hacia atrás poco a poco; contempló las finas grietas que se habían abierto en el estucado del techo y las ordenó en imágenes que volvieron a hacerla llorar.

Sonó el teléfono. Se enjugó las lágrimas con el dorso de las manos y se incorporó.

No pensaba responder. Que sonara. Si eran los agentes que habían ido a verla, pues que volvieran otra vez. Que se fueran al infierno. Al infierno todos.

Al ponerse de pie sintió que se balanceaba; recorrió el corto trayecto que separaba el vestíbulo del baño dando tumbos. Llegó al cuarto de baño y se miró en el espejo; hizo una arcada y luego soltó una risita.

Tocó la punta de su nariz reflejada en el espejo con un dedo y se dijo que no tenía por qué preocuparse, que no había nada a lo que no supiera enfrentarse.

Si no la dejaban volar, entonces que se fueran a la mierda todos los aviones y agentes del FBI del mundo: se marcharía en coche. Cuando se dieran cuenta, Donna estaría ya muy lejos. Volvió a reír.

Lejos, pero no olvidada. Lejos, y asquerosamente rica.

«Toma una ducha —se ordenó—. Cámbiate de ropa, coge el maldito dinero y márchate».

¿Por qué diablos estaba tan preocupada? No lo sabía. Así, de pronto, no podía entenderlo.

Corrió hasta la habitación de invitados y se asomó a la ventana. A juzgar por el cielo, le quedaba una hora hasta que se desencadenara la tormenta. Si es que llegaba, pues a menudo se quedaban en mucho ruido y pocas nueces, aunque eso no venía al caso: sólo un loco desafiaría a esos nubarrones. Otra risita. Que les zurzan.

Ahora que no iba a volar, podía cargar el Cherokee hasta el techo y llevarse algunas existencias para engrosar su cuenta. No era un plan perfecto, pero peor era no tener ninguno. No tener plan significaba quedarse sentada, esperando a que las cosas sucedieran. Cogió una caja de cartón y se dirigió hacia la puerta de salida.

La arena se agitó, alzándose perezosamente del suelo como atraída por un débil imán. Cerca de allí, una hoja seca tembló en el suelo. Una ramita se movió, rodó unos centímetros y se detuvo. La arena se asentó instantes después. Nada se movía.

15

La ducha fue una bendición del cielo. Después de pasar todo el día a pleno sol y a gatas en el interior de la furgoneta y el otro coche, Scully estaba empapada en sudor y recubierta por una espesa capa de polvo, y a punto de ponerse a gritar. A pesar de la cadenilla de plata, y a los laterales de los coches, no habían adelantado gran cosa.

Scully se sentía frustrada no sólo por el caso en sí, que parecía no llevarlos a ninguna parte, sino además por la certidumbre de que había pasado por delante de la clave sin verla. Era algo tan insignificante y obvio que lo había pasado por alto.

La tormenta no facilitaba las cosas. Aterradoramente oscuros, de una inmensidad inconcebible, los nubarrones seguían allí, en lo alto. No parecía que se movieran. Allí estaban, suspendidos, demasiado grandes para considerarlos como una simple amenaza. Un viento constante y caliente anunciaba la tormenta inminente.

Estaban cansados. La mezcla de altitud y calor había ido agotando sus energías sin que se dieran cuenta. Cuando llegaron al hotel decidieron de mutuo acuerdo darse un baño, descansar una hora y volverse a encontrar para preparar su entrevista con Nick Lanaya.

Así que Scully se abandonó al agua de la ducha para relajar los hombros y las piernas, y para dejar vagar su mente por caminos y lugares en los que pudiera dar con algo concreto, alguna pista que seguir, un atisbo de esperanza. Fue en vano, y eso la molestó un poco, pero trató de no darle importancia. Tarde o temprano vendría; de eso estaba segura. Tardó en vestirse. Pasó un rato sentada en el borde de la cama, mirando por la ventana, tratando de no dejarse dominar por la tensión. Giró los hombros, se dio masajes en la nuca, estiró las extremidades con tal fuerza que de poco se descoyunta. Nada de eso dio resultado. Tal vez fuera a causa de la tormenta.

Los nubarrones debían de haberse acercado mientras estaba en el baño. La luz del sol se había atenuado, y por el patio delantero se filtraba una falsa luz crepuscular. Miró hacia los árboles y advirtió que el viento había cesado. Era como si la naturaleza entera estuviese a la espera de que la tormenta se resolviera a actuar.

—Maldita sea —murmuró entre dientes.

Con razón se sentía tan tensa. Scully estaba haciendo exactamente lo mismo; esperar sin actuar. Algún hijo de puta había hecho picadillo a tres inocentes, y todo cuanto ella hacía era quedarse sentada esperando a que empezara y acabara el chaparrón.

Se puso en pie de un salto, asió su bolso, decidió que el sombrero no iba con ella y salió apresuradamente.

No había nadie en el patio y —no pudo dejar de comprobarlo— tampoco frente al portón del hotel. Detuvo sus pasos, estremecida, cuando la asaltó el recuerdo del rostro de León Ciola. Aquellas cicatrices, esos ojos glaucos. Sintió otro escalofrío y tocó con fuerza a la puerta de Mulder, taconeando impaciente. Mulder abrió la puerta, desnudo de cintura para arriba y secándose el pelo con una toalla.

—Adecéntate, Mulder. Salimos de nuevo.

La arena se agitó. La hoja tembló.

—Eres tú quien ha establecido los nexos —dijo Scully mientras Mulder se ponía una camisa—. ¿A qué esperamos entonces?

—Scully, no hace ni veinticuatro horas que estamos aquí.

—Eso no responde mi pregunta: ¿por qué esperamos?

A Mulder no se le ocurrió una respuesta convincente y tampoco ansiaba encontrar una en ese instante, en que Scully despedía chispas de energía. Era mejor, siempre era mejor, ir paso a paso. Aparte de eso, Scully tenía razón: con tantos indicios apuntando a los konochinos, lo más lógico era hacerles una visita en la reserva. El único problema era que en su opinión necesitaban un guía, alguien que dominase ambos idiomas.

—El sheriff.

—Está el Albuquerque. ¿Lo has olvidado?

—Falkner.

—La sacaron de la reserva a patadas.

Scully tamborileó en la mesa con las uñas.

—Lanaya sería el intérprete ideal, pero no sabemos cómo ponernos en contacto con él.

Buscaron en la guía telefónica, pero no dieron con su nombre; llamaron al

despacho del sheriff, y también fue en vano. Probaron con Falkner, pero tampoco sirvió de nada: Scully dejó que el teléfono sonara unas veinte veces antes de colgar, asqueada. Ninguno de los dos se atrevió a susurrar siquiera el nombre de Ciola.

Mulder encendió una de las lámparas.

—Siempre podemos ir al rancho —sugirió, aunque no le gustaba la idea.

Tampoco a Scully, a juzgar por su reacción. Sin embargo, en aquel momento no tenía a quién más dirigirse. Y, añadió Mulder mientras se ajustaba la pistola y la funda, no tenían por qué hablar con Annie si no querían. De hecho, tal vez no fuera lo más indicado, si lo que el capataz les había dicho era cierto. Quintodo también podría serles útil, si quería. Al fin y al cabo no estaban procediendo a una redada, sino buscando información.

«Información que tal vez no podamos obtener», pensó Mulder apesadumbrado. Como los indios no querían contacto alguno con los blancos, los representantes del gobierno de Washington, especialmente los de las fuerzas del orden, serían sin duda tratados como la peste.

Abrió la puerta de la habitación y dio un rápido paso hacia atrás.

—¿No tendrás un arca en el bolso, por casualidad?

Por fin había llegado la tormenta.

Scully quedó boquiabierta al ver cómo la lluvia caía en columnas de plata sobre el patio; del suelo se alzaban volutas de vapor que eran rápidamente disueltas por el agua. La cortina de lluvia era tan densa que apenas si alcanzaban a distinguir la pared de enfrente. Scully encendió las otras lámparas y se frotó los brazos.

—Cierra la puerta. Hace frío.

A Mulder no le molestaba el frío. Después de haber pasado el día caminando dentro de un horno, aquélla era una sensación maravillosa. Y el espectáculo de la lluvia lo fascinaba.

—No puede durar mucho —dijo Scully, aunque con tono interrogativo.

Mulder había visto muchos aguaceros en su vida, pero esto iba más allá de dicha definición: aquello era un diluvio a carta cabal; así que no podía durar más que unos minutos. Era inconcebible que hubiese tanta agua en el cielo.

Al cabo de diez minutos, Mulder cerró la puerta y alzó los brazos con impotencia.

—Parece que estamos varados. A menos que quieras intentarlo de todos modos.

—¿Salir? ¿A enfrentarnos con la tormenta?

Al mirar por la ventana, Scully sintió crecer su desazón: la lluvia lo velaba todo; borraba el mundo. Mulder lamentó que no se levantara el viento. No parecía natural que lloviese tanto y no hubiese viento que zarandease el agua. Scully se sentó en la

cama.

—Voy a intentar dar con Garson otra vez. Me gustaría saber qué habrá estado haciendo todo el día.

También Mulder sentía curiosidad. Se había imaginado un par de respuestas, y ninguna le resultaba plausible. Dudaba que Garson estuviese molesto por su llegada: se suponía que todos los agentes jugaban en el mismo equipo, sin que el estado en que jugaban importara realmente. Tampoco le parecía que Garson tuviese arte ni parte en el caso que los ocupaba: no tenía sentido, sólo por eso, porque no tenía sentido.

Scully colgó.

—Nada. Sparrow ha estado por allí, pero aún no tienen los resultados.

La lluvia golpeó en la puerta. Por fin un poco de viento. Se oía un golpeteo constante por encima de sus cabezas, como si un batallón desfilara a paso militar por el techo.

—Dime algo, Mulder —dijo Scully.

Mulder se sentó en la mesa, trazando dibujos con el dedo para concentrarse y al mismo tiempo, para pensar en voz alta.

—Es un tópico —declaró despacio—, pero puede que en este caso sea verdad, ¿quién sabe? Sabemos que tanto Paulie como los Constella tenían joyas konochinas. Salvo el pedacito de cadena que tú encontraste, esas joyas habían desaparecido cuando se descubrieron los cadáveres. Fueron destruidas o robadas, eso no lo sabemos. El caso es que no estaban.

»Puede que Lanaya comerciara con joyas que no debía. Puede que tuvieran algún significado religioso o tradicional que no conocemos. Todos los que han hablado con nosotros nos han dicho que no quieren contactos de ninguna clase, o en todo caso el menor contacto posible. Así que exponer esas joyas al mundo exterior quizá fuese considerado una forma de sacrilegio. Puede que haya en la reserva gente dispuesta a todo para recuperarlas.

—Tienes razón. Es un tópico. —Scully se inclinó y apoyó los brazos en las piernas —. Y no olvides que Lanaya es uno de ellos. Él no cometería un error semejante. Ni siquiera por descuido.

—Entonces quizá fuera porque las joyas en su totalidad salieron de la reserva, y punto.

—Hace años que Lanaya comercia con ellas.

—Y hace años que discute con ellos.

—Pero continúa vendiendo las joyas.

«Es cierto —pensó Mulder—. Además, después de todos estos años, deben

contarse por centenares las personas que van por ahí con anillos, collares y brazaletes konochinos y quién sabe qué más. Cientos de personas, pero sólo tres han muerto».

Un frío húmedo se coló en la habitación. La luz vaciló una vez y se estabilizó. Mulder cayó en la cuenta de que hacía rato que no se oían truenos. ¿Cómo era posible?

—Sigo sin saber cómo lo hicieron.

—Los lijaron. La doctora Ríos dijo que los habían raspado.

—Ya, pero ¿cómo?

Mulder estuvo tentado de nombrar una conocida marca de esponjas de alambre para restregar cacerolas, pero cambió de idea cuando vio que Scully lo miraba con cara de no te atreverás.

—No tengo ni idea —replicó en su lugar.

—¡Sí! —exclamó Scully airadamente—. ¡Sí, maldita sea! Tenemos una idea, pero no sabemos cuál es.

Mulder no encontró respuesta para ese exabrupto, así que se puso otra vez a trazar dibujos con el dedo sobre la mesa, uno tras otro, mientras escuchaba los taconazos del ejército que marchaba sobre el tejado.

—Viento de Sangre —dijo por fin.

—Suena bonito, pero ¿qué quiere decir, aparte de su significado literal?

Figuras, siempre figuras. Mulder siguió los movimientos de su dedo, dejándose llevar por él. Se trataba de una especie de escritura automática que dibujaba figuras sin significado.

Media hora después de iniciada la tormenta, Mulder se levantó de la silla y abrió la puerta, entrecerrando los ojos para protegerse de la helada llovizna que le salpicaba el rostro.

—No puede ser, ¿cuándo demonios va a parar?

De repente dejó de llover. Mulder estuvo a punto de caer sentado en la silla, aturdido por el modo abrupto en que había acabado el diluvio. Hacía sólo un instante no podía verse más allá del árbol, y ahora todo alrededor era un universo de gotas que brillaban y se desprendían de las hojas y los aleros.

Miró a Scully y dijo:

—Soy un mago, ¿a que sí?

Donna musitó una plegaria cuando vio que había escampado y que el sol volvía a brillar. Una última ronda por la casa, un vistazo al patio trasero y se largaría. El

Cherokee seguía lleno de maletas, que no había llegado a descargar. No tardó en llegar a la conclusión de que habría sido una estupidez pensar que podía valerse de la lluvia para cubrir su huida. No habría recorrido medio kilómetro de la interestatal antes de verse obligada a aparcar a un lado. Ahora que las cosas estaban en calma, también ella se sentía más lúcida.

Había tenido tiempo para pensar. Por fin había llegado el momento de actuar, de ser martillo y no yunque.

La pila de huesos que ahora brillaban recién lavados, limpios, había recibido sólo un pequeño toque de la tormenta. Las hojas, las raíces y el suelo poroso del desierto se habían tragado toda el agua. No había charcos. No soplaba una brizna de viento. No obstante, la arena se agitaba.

16

Mulder salió al patio y aspiró profundamente. Se mezclaban demasiados aromas para que pudiera identificarlos, pero todos eran agradables, y él se sentía estupendamente. Por fin se había contagiado de la determinación de Scully. La lluvia se había llevado el polvo y lo había dejado todo limpio y resplandeciente; ahora las perspectivas de éxito parecían más brillantes.

«Nos estamos precipitando», se dijo, pero no le importó gran cosa. Se sentía bien, y eso era algo que había que aprovechar siempre.

Scully salió detrás de él, no sin asegurarse de haber dejado la puerta bien cerrada. Dieron el número de su teléfono portátil al recepcionista para que éste pudiera transmitirles las llamadas y mensajes que recibieran.

Al salir, Scully señaló con el mentón hacia el exterior.

—Creo que tenemos compañía.

Un hombre alto, vestido con camisa y pantalón vaqueros y con el cabello largo recogido en una coleta se acercaba a ellos. Se quitó el sombrero cuando los tuvo delante.

—¿Agente Mulder? ¿Agente Scully?

Mulder asintió sin demasiada convicción. El hombre le tendió la mano.

—Soy Nick Lanaya. Teníamos que encontrarnos más tarde. Disculpen que haya venido antes de lo convenido, pero quería asegurarme de encontrarlos. Iba a detenerme en casa de un amigo antes de venir, pero con la tormenta…

—A decir verdad —dijo Scully—, su visita no podía ser más oportuna. Estábamos a punto de salir para La Mesa.

—¿Solos? —preguntó, perplejo.

—No. Esperábamos que alguien del rancho «Doble H» se animara a acompañarnos. Pero —añadió con una sonrisa—, ahora que está usted aquí, no será necesario.

—Tiene toda la razón —replicó Lanaya, devolviéndole la sonrisa—. Hoy es

jueves. Si llegan ustedes a presentarse hoy por allí, los sacan a tiros.

—¿Qué? —exclamó Mulder.

—Bueno, no a tiros; por lo menos a usted, agente Mulder, pero les aseguro que no habrían podido entrar. Hoy es, cómo se dice, un día sagrado. Como si fuera domingo, sólo que un poco más intenso. —Señaló con el sombrero hacia el restaurante—. Bueno, ¿qué les parece si comemos algo? Chuck me ha dicho que querían hacerme algunas preguntas, y yo respondo mejor con el estómago lleno.

Poco después ocupaban una mesa cerca de la entrada. Enseguida comenzaron a llegar otros comensales, y el comedor pareció más animado y alegre que la última vez. La diferencia era tan enorme que Mulder tuvo que concentrarse para entender lo que Lanaya decía.

No dejó de contar anécdotas mientras comían, con la intención de darles una idea de la forma de ser de su pueblo. Eran conservadores, muy trabajadores y, por sorprendente que pudiera parecer, no se sentían en absoluto oprimidos.

—Viven en Viento de Sangre desde que empezó su Tiempo. Nunca han sido derrotados hasta el punto de verse obligados a cambiar de lugar, aunque los apaches les dieron dolores de cabeza durante una larga temporada, de eso hace unos cien años; y el hombre blanco no ha visto nunca razones de peso para no dejarlos en paz. —De pronto pareció incómodo—. Para serles franco, eso los ha hecho un poquito pretenciosos.

Scully se secó los labios con una servilleta.

—Tengo entendido que es usted una persona importante en el pueblo.

Lanaya rio con los ojos cerrados.

—¿Pero qué dice, por Dios? Qué va. ¿Importante? —Volvió a reír—. No en el sentido que usted le da. Supongo que quiere decir que represento algún tipo de autoridad, que ocupo una posición de poder, o algo así.

—Algo así, en efecto.

—No. Lamento decepcionarla. Soy importante sólo en la medida en que mantengo vivos sus contactos con el mundo exterior, eso es todo. No son tontos, agente Scully. No viven primitivamente, en todo caso desde su punto de vista. Del blanco escogen lo que quieren, nada más. Algunos tienen televisor; todos tienen radio. La escolarización es importante. No soy el único universitario.

—Pero usted regresó.

—Sí, sí. Yo volví. A veces hay lazos demasiado difíciles de romper. —Se llevó la mano izquierda al pecho y Mulder alcanzó a ver un bulto bajo la chaqueta.

«Un paquete de hierbas medicinales —pensó—. Lleva su poder a todas partes».

—Bueno, ¿qué querían preguntarme?

Mulder vio la sonrisa de Scully y reprimió la suya. El hombre estaba prendado de ella y, consciente o inadvertidamente, Scully le había sacado más información de la que probablemente él estaba dispuesto a ofrecer. Ellos. Lanaya siempre utilizaba la tercera persona, nunca nosotros. La siguiente pregunta de Scully era previsible, y Mulder no pudo evitar sentirse decepcionado con la pregunta:

—No, ninguna de las cosas que le llevo a Donna para que las venda tiene significado alguno. Son diseños tradicionales, nada más. —Soltó una risita—. Sólo que algunas veces los diseños son… ¿fusilados, se dice? Los artesanos se aburren de hacer siempre lo mismo.

—¿Quiere usted decir que falsifican? ¿O que presentan sus obras como si fueran de otro autor?

—Quiero decir que se aburren, agente Scully. Lo que ellos se ponen es para ellos solos.

Otra vez ese ellos. Mulder empezó a hacerse preguntas. De pronto el hombre gruñó y se apretó el estómago con una mano. Scully se levantó de inmediato, pero él la disuadió con un gesto de la mano.

—No pasa nada —dijo, jadeando con los ojos húmedos—. Me ha tomado por sorpresa, eso es todo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Scully, ahora junto a él.

Lanaya señaló su plato.

—A la úlcera, supongo.

—¿Qué? ¿Tiene una úlcera y come estas cosas? —Scully entornó los ojos y se sentó de nuevo—. Está usted loco de atar.

—Puede ser. —Sacó de un bolsillo un tubo de pastillas para la acidez y se tragó una—. Sin duda estoy loco. Pero no pierdo la esperanza de acostumbrarme a ello antes de morir.

—No se preocupe, no se acostumbrará —replicó Scully—. Porque estas comidas no tardarán en matarlo.

Lanaya se rio y Mulder se obligó a responder con una sonrisa. Empezaba a cansarse de que la gente le mintiera en la cara.

Había alguien en el patio trasero. Oyó un ruido de pasos cuando dejaba la maleta en el asiento del acompañante, y soltó una maldición. Si apenas tenía vecinos, ¿de qué diablos podía tratarse? Como no fuera un gato perdido, o un jodido coyote…

Entró corriendo en la casa, abrió de un tirón un cajón del escritorio y sacó un revólver de calibre treinta y ocho. Nunca le habían importado las debidas precauciones: siempre la tenía cargada. Una mujer soltera que vivía sola apenas tendría tiempo de cargar un revólver si alguien irrumpía en su casa en medio de la noche.

Quitó el seguro y cruzó la cocina hacia la puerta que daba al patio. El patio parecía desierto; la maleza hacía tiempo que se había apoderado del descuidado jardín.

Sin embargo… Oyó un siseo lejano y constante.

«Mierda —pensó—; he dejado el grifo del patio abierto». Era eso: un chorrito de agua que caía sobre la maleza. Trató de recordar cuándo había estado en el patio por última vez, y no pudo. Quizá una semana, puede que más. La factura del agua le iba a salir por…

Echó a reír y sacudió la cabeza. ¿Por qué se preocupaba de una factura de agua? De todos modos no estaría allí para pagarla. No obstante, sintió remordimientos por el despilfarro, abrió la puerta y salió al patio donde se agachó bajo la ventana de la cocina.

No era el grifo. Entonces ¿qué diablos era?

El ruido se hizo más fuerte, y ahora oyó algo parecido a un susurro. Se incorporó y dio media vuelta.

Demasiado espantada para gritar, logró apretar el gatillo dos veces antes de salir disparada de la casa dando vueltas con los brazos magullados, la ropa hecha jirones, trozos de carne arrancados y arrojados contra la tapia, sin ojos, sin labios. Cuando todo hubo terminado, permaneció de pie hasta que un soplo de brisa la rozó. Entonces cayó al suelo sin que nadie oyera nada.

Lanaya dobló la servilleta y la colocó al lado de su plato vacío.

—Si les parece bien, pasaré a buscarlos mañana por la mañana. Cuanto antes lleguemos, antes podremos marcharnos.

Mulder se sirvió agua.

—No parece usted muy orgulloso de su pueblo.

—Es por su bien, agente Mulder. Además no hay mucho que ver. —Echó su silla hacia atrás, pero ni Mulder ni Scully se movieron—. Debo admitir que en mi opinión no están buscando en el lugar adecuado. No es más que una coincidencia, nada más.

—Tal vez. Probablemente, si lo prefiere. Pero como ya le dije antes, no tenemos otras alternativas.

—Sí, claro. Ya me hago cargo.

Mulder se volvió para pedir la cuenta, y en lugar del camarero vio al sheriff Sparrow entrando por la puerta principal. A juzgar por sus gestos y el modo en que parecía interrogar al recepcionista, quien se había adelantado a saludarlo, venía a traer noticias. Malas noticias.

—Scully —musitó Mulder, y después de disculparse se encaminó rápidamente hacia el vestíbulo.

Sparrow apartó al recepcionista con un gesto brusco y miró por encima del hombro de Mulder.

—Hay noticias —dijo.

—¿De qué se trata?

—¿Ha estado Lanaya con ustedes todo el tiempo?

Mulder asintió con la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

—¿Han comido ya?

—Sheriff, ¿le importaría decirme qué ocurre?

Sparrow lo miró fijamente sin mover un solo músculo y suspiró.

—Perdone, no quería alarmarlos así. Creo que está de suerte, agente Mulder. Ha habido otro.

Mulder hizo señas a Scully para que se acercara.

—¿Quién?

—Donna Falkner.

Dos disparos, puede que tres, informó el sheriff mientras salían a toda velocidad del aparcamiento del hotel. Un vecino se había acercado para quejarse del ruido, y como nadie respondiera a sus llamadas, se asomó al patio trasero. Apenas vio el cuerpo salió a llamar a la policía. En cuanto el primer ayudante llegó al lugar de los hechos llamó al sheriff, sabiendo que el FBI se ocupaba de ese tipo de casos.

Había varias patrullas en la calle frente a la casa cuando llegaron, y una ambulancia entraba en el camino de acceso en marcha atrás. La policía había acordonado la casa y el jardín con la característica cinta plástica amarilla. Un grupo de curiosos miraba desde el jardín de enfrente.

—¿La conocía bien? —preguntó Mulder, mientras Sparrow los llevaba por un lado del garaje hacia el fondo de la casa.

—Era una pesada, pero no era mala persona.

—¿Sabía usted que se iba de vacaciones?

Sparrow se detuvo en seco y se volvió para mirarlo.

—¿Está usted loco? Ella nunca salió de vacaciones. Lo único que sabía hacer era matarse trabajando. Quería llegar a millonaria antes de los treinta y cinco.

Mulder adelantó a Sparrow y avanzó a pasos lentos por entre la maleza. El cadáver estaba cubierto con una sábana. No se molestó en preguntar si habían llamado a la forense; ésta redactaría un informe parecido a los anteriores.

Scully lo rozó antes de arrodillarse junto a la sábana. Mulder se detuvo a su lado, sin respirar, mientras ella se ponía un par de guantes de látex, cogía un extremo de la sábana y la levantaba.

Mulder miró hacia otro lado. Scully apoyó una mano en el suelo y susurró algo que Mulder no alcanzó a oír, aunque percibió cómo la recorría de arriba abajo un escalofrío al preguntar si alguien había traído una cámara. Un asistente le dio una máquina y Scully dirigió el objetivo al cadáver tras bajar un poco más la sábana.

En este caso la mutilación no había sido tan completa como en los anteriores. Había zonas de piel enrojecida pero intacta, y áreas donde se percibía un brillo blanco sobre acumulaciones de líquido rojo. El rostro, sin embargo, había desaparecido por completo, al igual que la cabellera. No había sido una muerte pacífica.

Mientras Sparrow ladraba y gruñía órdenes a sus subordinados, Mulder inició un lento recorrido por el patio, hasta que se dio cuenta de que las manchas de color esparcidas cerca del cadáver por todas partes eran en realidad trocitos de carne, lo mismo que las salpicaduras que veteaban la tapia alrededor del grifo. Se inclinó y encontró el revólver; sacó una pluma de un bolsillo y recogió el arma. Dos disparos, quizá tres, había dicho el vecino. ¿Contra qué?

—Scully.

Scully alzó el rostro, algo pálido pero más entero que hacía un instante.

Con un movimiento de la cabeza Mulder le dio a entender que estaría dentro de la casa; a continuación abrió la puerta de la cocina y entró.

Aún hacía calor; olía a cerrado y todo apuntaba a sugerir que la fallecida no tenía la más mínima intención de volver a aquella casa. Los cajones del reducido ropero de la habitación estaban vacíos; había algunas cajas en la habitación de huéspedes, parecidas a las que había visto en el interior del Cherokee. No había nada en el botiquín. En el escritorio quedaban papeles y algunos libros de contabilidad, facturas pagadas y por pagar; ninguna carta.

Mulder no se dio cuenta de lo mucho que había oscurecido hasta que alguien encendió una lámpara de techo. La luz no contribuyó a mejorar el aspecto del lugar.

Tras otro rodeo por la sala encontró un maletín apoyado contra la pared, junto al escritorio. Mulder se agachó para recogerlo y alzó una ceja, sorprendido. Pesaba más

de lo que parecía.

En cuanto lo abrió supo por qué.

—Vaya sorpresa —musitó—. Cerró el maletín y ajustó las presillas de seguridad. Prosiguió el recorrido de la casa con el maletín en la mano, pero no encontró más que montones de polvo en los rincones. Por último se asomó a la ventana que daba a la calle y vio a Nick Lanaya, de pie junto a una camioneta de carga al otro lado de la calle. «Curiosa reacción —pensó Mulder mientras se encaminaba hacia la puerta—. Han asesinado a su socia y él se queda allí, como un curioso más».

Salió al porche e hizo un gesto con la mano para llamarlo, pero Lanaya no lo vio. Estaba demasiado enfrascado en su conversación con León Ciola.

17

—Mulder.

Mulder alzó una mano hasta la altura del hombro para indicar a Scully que saliera del porche y al mismo tiempo advertirle que había algo que ver. Cuando llegó a su lado le indicó hacia adonde mirar.

—Vaya, vaya.

Los dos hombres estaban muy cerca el uno del otro, y desde el porche se les veía de perfil. De vez en cuando miraban hacia el cajón de carga de la camioneta. En ningún momento mostraron curiosidad por las idas y venidas de los ayudantes del sheriff, que habían ocupado la zona, ni por la llegada de la policía con sus sirenas y sus luces giratorias. Mulder no supo decir si la discusión era amistosa o no, pero estaba claro que no estaban allá para matar el tiempo.

Podía ver la sonrisa de tiburón de Ciola, pero no alcanzaba a ver los rasgos de Lanaya. De pronto observó cómo Ciola daba con el dedo en el pecho de Lanaya, una y dos veces, y se le acercaba hasta el punto de que casi le rozaba la nariz con la suya.

—¿Te parece que vayamos a saludarlos? —preguntó Scully.

—¿Qué? ¿Y perturbar su duelo? —Mulder volvió a la sala—. Mira esto, Scully. —Puso el maletín sobre el escritorio y lo abrió para enseñarle los fajos de billetes que contenía, casi hasta reventar.

—Estaría más seguro en un banco. —Scully cogió un fajo, y luego otro, pero no halló sentido en tratar de determinar la cantidad en aquel momento. Algunos fajos eran de igual tamaño pero otros contenían billetes mezclados. No cabía la menor duda, sin embargo, de que había allí muchos miles de dólares. Sacó la mano del maletín y lo cerró con las presillas—. Ha ocurrido lo mismo que con las víctimas anteriores, Mulder. —Se había quitado los guantes y se limpió las manos con un pañuelo—. No de forma tan completa, pero igual. —Lo miró casi con rabia—. Esta vez haré yo la autopsia. Y esta vez el informe dirá la verdad.

—¿Qué dirá el informe, agente Scully? —preguntó Nick Lanaya desde el vano de

la puerta.

Scully se volvió hacia él.

—Dirá, una vez sean identificados los restos, que Donna Falkner fue asesinada por una o varias personas desconocidas. Dirá también que le fue infligida la muerte del mismo modo en que fueron asesinadas las otras víctimas en esta localidad. —Le dio la espalda—. En cuanto al resto del informe, tendrá usted que esperar.

Lanaya se apoyó contra el marco de la puerta con la cabeza gacha.

—Me he asomado al Cherokee.

Mulder sostenía el maletín cuando se acercó a Lanaya.

—Ella era su socia. ¿Adónde iba con todo eso?

Lanaya no alzó la mirada.

—Yo diría que estaba robando. Según los sellos de las cajas, esa mercancía tendría que haberse vendido hace meses. —De pronto dio una patada contra la puerta de tela metálica y la cerró de golpe—. ¡Maldita sea, Mulder! ¿Adónde diablos se iba? ¡Todos estos años trabajando juntos! —Volvió a patear la puerta y se quedó mirando hacia la sala, sin fijar la vista en nada en particular.

Esta vez Mulder vio dolor en su expresión. Y algo más: el desengaño de la traición, tal vez. Mulder lo invitó a salir de la casa y lo guio hasta su camioneta. En el cajón de carga no había nada más que una lona doblada colocada detrás de la cabina.

—No sabía que conociera usted a León —dijo Mulder, procurando mantener un tono neutro.

—No hay konochino adulto que no conozca a todos los demás, agente Mulder. Por nuestro modo de vida es casi imposible evitarlo.

—Parecía algo más que una conversación entre conocidos, a juzgar por lo que vi.

—Era una conversación personal, ¿entiende? Personal. —Su tono expresaba una mezcla de irritación y ofensa—. Yo estaba con ustedes dos, no sé si se acuerda. —Una media sonrisa se asomó a sus labios—. Lo digo por si acaso sospecha de mí.

—No sospecho. Mi memoria no es tan mala. ¿Sabe por casualidad dónde se encontraba el señor Ciola?

—Ni lo sé ni me importa. —Lanaya se asomó al cajón de carga y sacó una ramita con espinas que hizo girar entre los dedos antes de arrojarla al suelo—. Qué mujer tan idiota. Dios mío, qué… qué… —Se dio por vencido.

—¿Eran ustedes amantes?

El indio se encogió de hombros.

—Lo fuimos durante una temporada. Hace unos dos años. Luego nos dimos cuenta de que nos interesaba más ser socios, así que lo dejamos correr.

—Este maletín está lleno de dinero. ¿Tiene idea de dónde lo pudo conseguir?

Se oía un ruido de fondo de radios de coches patrulla. Un policía y un ayudante del sheriff rieron estentóreamente.

«Ya debería haber oscurecido —pensó Mulder—. Aquí hay demasiada luz; debería estar más oscuro».

—Últimamente no nos iba muy bien, a decir verdad —admitió Lanaya—. Hace cosa de un año Donna me dijo que la mercancía ya no tenía la salida de antes, que necesitábamos algo nuevo, algo que distinguiera nuestro género de las otras artesanías indígenas que se producen por aquí. —Rio con amargura—. Tengo un mal presentimiento, agente Mulder. Presiento que me han engañado. —Volvió a reír y asestó una fuerte palmada al costado de la camioneta—. ¡La puta que la parió! Cuando se enteren de esto no volverán a confiar en mí.

Scully y Sparrow salieron de la casa hablando en susurros. Lanaya se pasó la mano por el pelo varias veces con nerviosismo.

—¿Tendré que… (Porque ella no tiene familia, quiero decir). Tendré que identificarla?

—No hará falta.

Lanaya lo miró, guiñando un ojo.

—¿Tan mal ha quedado?

Mulder desvió la mirada.

—Habrá que hacer las pruebas de costumbre.

—¿Pruebas? —Lanaya amagó un gesto de salir corriendo hacia la casa—. ¿Pruebas dice usted? ¿Cómo diablos van a saber que es ella, Mulder? ¡Dios mío! ¿Quién sabe si es otra persona, una mendiga o algo así?

—Lo sé, señor Lanaya. Tampoco a mí me gusta la idea, pero esta vez tendrá que confiar en mí. Sé que es ella.

Lanaya soltó un gruñido desde el fondo de la garganta, dio un paso hacia su camioneta y preguntó con la mirada si se le necesitaba. Mulder le dio a entender con otro gesto que podía marcharse, y retrocedió unos pasos cuando la camioneta salió casi disparada y dobló la esquina inclinándose peligrosamente; las luces de los frenos no se encendieron ni una sola vez.

Esa noche, una vez finalizaron el trabajo burocrático y las entrevistas y hubieron intercambiado impresiones con el sheriff Sparrow, Mulder volvió a sentarse en el banco que rodeaba el árbol del patio del hotel. Su habitación se le había hecho

pequeña, y Scully estaba ocupada transcribiendo sus apuntes en el ordenador. En su imaginación Scully estaba ya trabajando en la autopsia de la mañana siguiente. En momentos como aquél, era difícil competir con un cadáver reciente y lleno de misterios.

«Estás enfermo, Mulder —se dijo—. Necesitas unas buenas vacaciones». Estuvo a punto de echarse a reír. «Claro. Por eso me he metido yo sólito en estas cosas».

El Río Grande se veía algo más crecido como consecuencia del aguacero de hacía unas horas. No obstante, los parterres y senderos del jardín estaban completamente secos. Esa noche no había nadie en el patio, lo cual no le extrañó. Seguramente se había propagado el rumor de que el asesino había vuelto a actuar; la gente no saldría de sus casas durante un par de noches. La prensa publicaría editoriales sobre la alarmante incidencia de sicópatas asesinos en la sociedad contemporánea, y algún político, en algún lugar, sabría utilizar el asunto en beneficio propio. Pero esas reflexiones no lo llevaban a ninguna parte.

Se inclinó para recoger un guijarro del suelo y lo hizo saltar varias veces en la palma de la mano antes de arrojarlo al agua. Repitió el ejercicio, pero esta vez arrojó la piedra con más fuerza. A continuación se levantó para hacer un tercer lanzamiento, bateando la piedra con el puño. Se lastimó los nudillos, pero no sintió el dolor. Lo que importaba era moverse. Cuando erró el cuarto lanzamiento consideró la posibilidad de dejar de perder el tiempo y volver a su habitación. Pero esas cavilaciones duraron lo que tardó en encontrar el mismo guijarro, que tampoco esta vez consiguió lanzar.

Ahora era una cuestión de honor, y no lograba dar con la dichosa piedrecita. No es que no pudiera intentarlo con las otras piedras que veía mientras buscaba a gatas, la cuestión era lanzar el guijarro que se había burlado de él. Estaba casi estirado del todo debajo del banco, como un imbécil, cuando oyó un ruido de metales arrastrados entre la maleza de la orilla. Al principio pensó que se trataba de la brisa entre las hierbas, pero tras escuchar unos instantes concluyó que el ruido sonaba demasiado regular. Y era intermitente. El origen parecía estar más allá de los árboles, del claro de luna y de las farolas que iluminaban la orilla.

Se apoyó en el banco para ponerse de pie, y miró río arriba mientras se sacudía el polvo de las rodillas. También eso era una pérdida de tiempo: la luz de las farolas le impedía ver más allá de su haz. De repente, el ruido cesó.

Mulder hizo un rápido inventario de los seres vivos típicos de la región: perros, gatos, coyotes. Con eso agotaba la lista. Cuando oyó otra vez el ruido se alejó un par de pasos del camino, cogió una piedra, apuntó y la arrojó con toda la fuerza de que fue capaz. El ruido del impacto entre los matojos y las hierbas fue sucedido por el

sordo chapoteo de su caída en el agua. No se oyó, sin embargo, nada parecido a la queja de un animal herido ni al correteo apresurado de una alimaña en fuga. Nada. Absolutamente nada.

Mulder consideró seriamente que estaba perdiendo el juicio, arrojó un guijarro más al agua y se encaminó hacia su habitación. No había dado tres pasos cuando el ruido volvió a repetirse. Pero esta vez no era como un arrastrar de hierros, sino un siseo apenas audible. Y no era intermitente, sino continuo, y cambiaba de lugar, despacio, muy despacio.

El sentido común y la experiencia le ordenaron dirigirse de inmediato al interior del hotel o, al menos, pedirle a Scully que saliera con él. En lugar de eso, y sin ninguna razón que pudiera justificar, salió otra vez del sendero, mirando cautelosamente a un lado y a otro para localizar la fuente del ruido, fuera cual fuera su naturaleza. Cuando llegó a las farolas se asió a una con la mano derecha mientras la izquierda, movida por el instinto, desenfundó el arma.

No lo habría hecho si no hubiera oído los susurros. Eran más de una voz, aunque no sabría decir cuántas. Tampoco podía entender lo que decían. A veces sonaban a risas ahogadas, y luego parecían niños que cuchichearan secretos en la oscuridad.

Más allá de la última farola se extendían varios metros de terreno desbrozado; a la izquierda la pendiente que llevaba hasta el río. Dobló las rodillas para conservar el equilibrio al bajar por la pendiente y no resbalar, mirando atentamente, maldiciendo en silencio la precaria luz de la farola. Apenas alcanzaba a ver el arbusto; en realidad sólo vio una rama retorcida por encima, no más alta que su cabeza.

El ruido venía del otro lado; se acercaba. Con suma cautela estiró una mano hacia atrás, buscó a ciegas y encontró el poste de la última farola, a la que se asió en incómoda posición hasta que logró apoyar todo su peso en la pierna derecha. El cuchicheo se hizo más agitado, mezclándose con algo que podría ser un zumbido.

No era un animal, de eso estaba seguro, pero tampoco podían ser personas. Tantas voces producían un ruido distinto, desde luego, mucho más fuerte. Se sintió ridículo con la pistola en la mano. Si no había enemigo al que disparar, ¿de qué servía llevarla en la mano? Pero si había ruido, es que había algo y no eran siseos, ni cuchicheos.

Se soltó de la farola y siguió adelante, inclinado hacia atrás; se detuvo en seco cuando en su mente se formó la imagen de una mujer que se aprestaba a abrir una puerta tras la cual todos los espectadores sabían que se escondía un monstruo. Le gritaban que no fuera idiota, que no abriera, arrojaban incluso cosas a la pantalla para llamar su atención, pero nada, la mujer abría la puerta. Y cuánto se equivocó al hacerlo. «Y a ti qué te importa», se preguntó él.

El siseo subió de tono todavía más desconcertante por lo bajo que seguía siendo. Le recordaba algo, sí, definitivamente le recordaba algo.

Dio un paso atrás y giró la cabeza, como movida por un resorte, cuando oyó un chapoteo a la izquierda. Sin embargo, no vio ondulaciones en el agua, y tampoco vio nada cuando oyó el siguiente chapoteo, más hacia el centro del río. Podría haberse girado entonces, pero no quiso darle la espalda a lo que fuera que rondaba por allí. Quería ver, si podía, si esa cosa se mostraba a cielo abierto y lo veía también a él.

Algo golpeó en el poste cuadrado de la farola y arrancó un trozo de la esquina. No esperó a verificar si había sido un tiro y disparó hacia la oscuridad antes de dar media vuelta y salir corriendo. Resbaló una vez en la hierba y a duras penas consiguió no caer de bruces.

Cuando llegó al banco se volvió para mirar, corriendo de espaldas, forzando los ojos hacia lo que finalmente alcanzó a ver bajo las farolas. Nunca llegó a verlo con claridad.

Oyó una voz, un ruido de descorche de botella de champán, y las luces de las farolas se hicieron rojas.

18

Dugan Velador se había cansado de ser viejo. No quería morir, pues eso sería desperdiciar su vida. Deseaba, eso sí, que la gente dejara de agobiarlo con preguntas cuyas respuestas sabrían si tan sólo se detuvieran a pensar un poco. Quería un poco de paz, lo cual no le parecía un deseo egoísta. Y menos para alguien de su edad. Igualmente para quien, como él, había hecho tantas cosas por su pueblo.

También deseaba que cesaran las muertes. Tendrían que haber cesado la otra noche, la última noche de *kiva*. Hasta donde podía recordar, y por lo que le habían dicho y enseñado, aquella última noche tendría que haber sido la última, pues antaño siempre había sido. Pero esta vez no. Esta vez, según lo que había oído en la radio portátil que permanecía siempre junto a su cama, había muerto uno más. Una mujer. El nombre le resultaba familiar, aunque no; lograba ponerle una cara, por lo que supo que no era una konochina *forastera*, como llamaba a quienes habían dejado su pueblo.

No obstante le sonaba el nombre, y estuvo cavilando en ese feo asunto mientras desayunaba, y en él siguió pensando cuando, colgándose al hombro una manta de las que usaban para sentarse, caminó desde su lecho hasta el Centro Tribal, hacia la Pared que dominaba la carretera que apuntaba hacia el oeste. Cuando era más joven, o, mejor dicho, menos viejo, solía sentarse allí al atardecer y mirar hacia el lugar que se suponía vivía Annie. Desde allí trataba de hacerla volver por su propia voluntad. Rogaba para que dejara el rancho y volviese con los suyos.

Cuando vio que las plegarias resultaban inútiles dio en pensar que había confundido los rezos de tal manera que los espíritus no podían reconocerlos. A veces pensaba que no tenía ni la mitad de la fuerza que creía poseer. Velador era un hombre práctico: si algo no daba resultado siempre había otra alternativa. Si los espíritus no escuchaban, alguien o algo que no fuera espíritu escucharía. Como decía Nick: «Qué diablos».

Lo único que no había hecho, y no haría jamás, era ir a visitarla personalmente.

Sería un insulto para ella y una degradación pera él.

Ser práctico, sin embargo, a veces implicaba darle un mordisco al orgullo, tragárselo, y esperar que no fuera venenoso.

Hoy tendría que pensar mucho en el asunto. La muerte de la mujer a la que no lograba recordar revestía una gran importancia. Annie lo sabría; tal vez lo supiera ya. Quién sabe si también ella le daría un mordisco a su orgullo y acudiría a encontrarse con él a medio camino. Si no lo hacía, habría estado sentado al sol en vano. Que fuera práctico no siempre implicaba que lo que hacía fuera inteligente.

No bien abrió los ojos, Mulder admitió para sí que merecía la ensordecedora explosión cuyos ecos resonaban hasta la eternidad en la cavidad de su cráneo. Cuando la eternidad llegó, dejó tras de sí el lacerante dolor de cabeza.

Al menos estaba en su habitación, o lo estaría, en cuanto las paredes dejaran de moverse.

La noche anterior, cuando recobró el sentido, pensó que estaba en un hospital. Un hermoso hospital cuyas luces tenues y sedantes iluminaban una agradable decoración envuelta en maravillosos aromas. La cama era demasiado dura, eso sí, y el aire acondicionado demasiado fuerte. Ni siquiera se habían molestado en abrigarlo con una manta.

Cuando pudo ver mejor se dio cuenta de que estaba tumbado en uno de los bancos del patio del hotel. Scully estaba arrodillada a su lado, rogándole que dejara de esconderse y que la mirara a la cara. Cuando lo hizo, Scully lo riñó por haber dejado que le aporrearan.

—¿Aporrearan?

Trató de incorporarse, pero el dolor de cabeza no se lo permitió, y tampoco el de estómago. Sintió náuseas y apretó la mandíbula, cerrando los puños con fuerza hasta que se le pasaron. Fue entonces cuando Sparrow entró en su campo visual, sosteniendo entre el índice y el pulgar un guijarro que se amoldaría perfectamente a la palma de su mano. La hizo girar para que Mulder viera la mancha de sangre.

—¿Qué estabas haciendo, Mulder? —La expresión de Scully era severa, pero su voz denotaba preocupación.

Una vez más intentó sentarse, y de nuevo el mareo pudo con él. Acató sin rechistar la orden que Scully le impuso con una mano en el hombro.

—Había alguien por allá —y señaló con un gesto vago, sin estar seguro de haber apuntado en la dirección correcta—. Tal vez fuera más de uno. Seguro que era más de

uno. Cerró los ojos tratando de recordar.

—¿Y le dieron con una piedra? —Preguntó el sheriff—. La agente Scully dice haber oído un disparo.

Se interrumpieron al oír unas voces y Mulder agradeció el descanso. Necesitaba tiempo para recobrar el ánimo. Cuando estuvo mejor, dijo con voz vacilante:

—Es igual. No creo que fuera una persona.

El sheriff soltó un bufido.

—Entonces es usted el primero que se hace apedrear por un coyote.

—Tampoco era un animal.

—Está delirando —dijo Sparrow, asqueado—. Aparte de eso no tiene nada grave. Es sólo un arañazo. Volveré por la mañana, señores. No hay nada por ahí, Scully. Y si lo hubo hace tiempo que se ha marchado.

Se oyeron más voces y murmullos, y luego silencio. Mulder abrió los ojos.

Scully seguía allí, pacientemente.

—¿A qué disparaste, Mulder?

—¿Un arañazo? Pensé que me habían dado una pedrada.

—Mulder, préstame atención. ¿A qué disparaste?

No lo supo cuando lo hizo y tampoco lo sabía ahora. En cualquier caso, no estaba en su momento más lúcido. Se llevó los dedos a la frente y los arrastró con cuidado hasta el bulto de una venda cuadrada encima de la sien izquierda. Apretó, sintió el dolor y retiró la mano.

¿Qué diablos habría sido? «Duerme», se ordenó, y nadie contravino la orden.

Cuando volvió a despertar el dolor había menguado considerablemente y se sintió lo bastante bien como para caminar dando tumbos hasta el baño antes de que le estallara la vejiga. Se lavó la cara y enseguida se disipó el resto de obnubilación. A continuación se miró en el espejo sin querer hacerlo añicos.

Después de todo se veía mucho mejor de lo que se sentía. La venda era pequeña, y alguien, probablemente Scully, le había lavado la sangre de la cara. Aparte de que los pelos de su cabeza apuntaran a los cuatro vientos, su aspecto le pareció pasablemente humano. Se lavó y se peinó a fondo, apoyado en el lavamanos, mientras conseguía dominar las náuseas y el mareo hasta que se sintió mejor. Incluso tenía hambre. Estaba a punto de telefonear a Scully para invitarla a un desayuno tardío cuando encontró una nota pegada al espejo de la cómoda que había en su habitación. Scully le recordaba que esa mañana la esperaba una autopsia, y le prohibía tomar iniciativa alguna por cuenta propia. Esperaba estar de vuelta hacia mediodía o poco después.

Cuidando de moverse sin agitar las piezas sueltas en el interior de su cráneo,

Mulder terminó de vestirse y salió al patio.

El cielo brillaba con un azul cegador, el sol sencillamente cegaba, y el calor era casi el mismo del día anterior, aunque tal vez había refrescado algo. En todo caso nada de aquello contribuía a aliviar su dolor de cabeza, así que Mulder se apresuró a introducirse en el restaurante y en la seguridad de los espacios cerrados.

Un desayuno austero y solitario le permitió olvidarse por un momento de las sordas pulsaciones que anidaban en su frente y repasar los acontecimientos de la noche anterior. Aunque no necesitaba hacer grandes esfuerzos. La humillante hinchazón de la cabeza bastaba como recordatorio.

Lo que a fin de cuentas había ocurrido era que, haciendo caso omiso de todos sus instintos, Mulder había abierto aquella condenada puerta. No podía explicarse por qué había actuado de aquel modo. Había algo más que pura curiosidad, y no recordaba haberse sentido amenazado hasta el final del episodio.

Entonces, ¿por qué?

Pidió otro zumo de naranja, que bebió a sorbos lentos mientras observaba el ir y venir de los huéspedes, sus paseos por el patio, las fotos que se tomaban unos a otros bajo los álamos y el olivastro. Libres y despreocupados bajo la tranquilizadora luz del sol, ignoraban lo que él había visto la víspera en aquel terreno infestado de maleza; y si lo sabían no estaban dispuestos a dejar que eso les arruinara el día. Sería una anécdota que contar al volver a casa, nada más, y quizá hasta mucho menos.

Había acabado el zumo cuando se le ocurrió algo más: el ruido que oyó junto al río le recordó algo. Hizo un esfuerzo de concentración y se sintió derrotado al no poder darle un nombre al recuerdo. No obstante recuperó la sensación, y eso le ayudó. Puso el vaso en la mesa y respiró profundamente. Por encima y en medio del siseo se oía un murmullo… Ella es especial, señor Mulder. Sintió una súbita rigidez en la columna… sabe oír el viento.

«Mulder, estás idiota perdido. Este sol te ha derretido los sesos».

Estaba saliendo del restaurante cuando se dio cuenta de que se había olvidado de pagar. El camarero lo vio y salió a su encuentro. Mulder firmó la cuenta, añadió una generosa propina y un agradecimiento tan efusivo que provocó la perplejidad del camarero. Mulder hizo un esfuerzo por no correr al vestíbulo. No había mensajes de Scully, y tampoco del sheriff Sparrow, quien, según recordara Mulder, había dicho que volvería esa mañana para interrogarle sobre los sucesos de la noche anterior. Se preguntaba si lograría convencer al sheriff de que no había sufrido delirio alguno.

El viento. Huyendo del confinamiento de su habitación, se puso a caminar despacio por el patio, como si fuera un turista que no tuviera otra cosa que hacer.

Cuando fue incapaz de seguir aguantando esa comedia, se alejó por el corredor hacia el patio trasero. Salvo por una mujer que se hallaba de pie cerca del centro, no había nadie por allí.

El viento.

Pasó al lado de la mujer, encaminando sus pasos hacia el lugar donde había recibido la pedrada, cuando oyó un ruido. Un ruido familiar. Se detuvo y volvió a sentir el dolor de cabeza.

—¿Le pasa algo? —La mujer, una hispana menuda, vestida con uniforme de empleada del hotel, lo miraba desde su corta estatura, no con preocupación, sino con la cortesía a la que se sentía obligada. Detrás de ella había un carrito con ruedas, cargado de sábanas y toallas recién planchadas.

Mulder asintió con la cabeza y miró las manos de la mujer cuando volvió a oír el ruido.

—¡Eh! —exclamó ella, con un tono que mezclaba pregunta y advertencia a la vez.

—Disculpe —dijo Mulder, sonriendo, y siguió su camino. Poco después oyó el ruido de las ruedas sobre el empedrado del sendero. Estaba claro que la mujer lo consideraba un loco. El ruido que había oído la noche anterior no era otro que el de una lija.

Una vez llegó al banco donde había estado la noche anterior buscó el lugar donde oyó el siseo, los murmullos.

Sabía lo que iba a encontrar, pese a todo fue. Necesitaba una confirmación. No la vio en la orilla del río donde Paulie Deven fue asesinado, pero la vio el día anterior, en el jardín de la casa de Donna Falkner, sólo que entonces no sabía qué veía.

No tardó en encontrarlo.

Se detuvo donde el césped daba paso a los matorrales y se puso de puntillas. La vegetación no era tan densa como para que él no pudiera atravesarla, pero no necesitaba hacerlo. Podía ver bien desde donde estaba.

Unos seis metros más allá se abría un pequeño calvero, una herida en la vegetación. Las ramas periféricas del arbusto estaban cortadas o descortezadas. Estiró el cuello y pudo ver el suelo entre las ramas y los restos de vegetación.

Sonrió.

—¡Agente Mulder!

El sheriff Sparrow había salido al jardín y Mulder le hizo un gesto dándole a entender que estaría con él enseguida. Un vistazo más a la zona le bastó para ver lo que necesitaba. Regresó al sendero frotándose las manos.

—Sheriff, ¿sabe usted cómo dar con Nick Lanaya?

—Supongo que sí. ¿Qué necesita?

«Scully —pensó mientras se acercaba al sheriff—. No te va a gustar nada lo que sé. Te vas a morir de rabia».

19

No había sillas en el vestíbulo del hotel. El único asiento disponible era un banco de madera maciza con cojines junto a la fuente. Mulder se sentó mientras Sparrow llamaba a Lanaya desde el teléfono de la recepción. Esperaba que Scully no tardase en volver. No quería marcharse sin ella, pero sentía una urgente necesidad de ponerse en movimiento, antes de que muriese otra persona. Después de lo sucedido la víspera tenía la desagradable sensación de conocer quién sería el próximo objetivo.

Sparrow se sentó junto a él, se sacó el sombrero y las gafas, y se frotó los párpados.

—He dejado un mensaje. Sólo responden dos teléfonos portátiles, como ése que usted tiene. Y la mitad de las veces no los llevan consigo. —Se apoyó contra el amplio brocal de la fuente—. Bueno, qué. ¿Me va usted a decir qué está ocurriendo, o me va a salir otra vez con el rollo de que nunca se sabe?

Mulder negó con la cabeza.

—Ahora sí sé, sheriff. Sé que Scully y yo vamos a necesitar toda la ayuda que podamos recibir. —Consultó el reloj y se preguntó en voz alta cuánto tardaría en llegar su colega.

—Ha terminado con lo suyo y está en camino —dijo el sheriff con tono burlón.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo leo el pensamiento, Mulder. —Señaló con el pulgar hacia el mostrador de recepción—. Además he llamado. Ustedes dos trabajan muy juntos. Supuse que fuera lo que fuese lo que se trae entre manos ahora, no lo haría sin su aprobación.

«No es exactamente así —pensó Mulder—, pero casi».

—Media hora, quizá un poco más. —El sheriff se movió para empujar a Mulder con el hombro—. Tampoco es que lo adivine todo con absoluta exactitud.

Mulder se debatía interiormente. Por mucho que lo explicara una y otra vez, siempre habría cuestionamientos e hipótesis contrarias, sobre todo por parte de Scully. Resolvió que sería mejor soltarlo todo de una vez en lugar de repetírselo a sí mismo

cien veces. Así tendría tiempo para autoconvencerse de que estaba en lo cierto.

Ante su vacilación, el sheriff dejó el sombrero en el banco, sacó una libreta del bolsillo de la camisa y un bolígrafo mordisqueado.

—Muy bien, Mulder. ¿Qué me dice de lo de anoche? Disparó usted un arma, y por muy agente del FBI que sea, eso exige una explicación.

Complacido por el cambio de tema, Mulder satisfizo la curiosidad del sheriff. Le relató lo sucedido paso a paso, desde que salió al jardín hasta que fue derribado por una piedra. Sparrow hizo varias preguntas, pidió aclaraciones y expresó sus dudas. Terminado el relato, el sheriff guardó la libreta y el bolígrafo y se rascó la frente.

—Básicamente me está usted diciendo que disparó a una sombra.

—No, sheriff. Le disparé a algo que no era una sombra en absoluto.

—¿Qué era entonces?

Mulder sonrió y se puso de pie.

—La paciencia es la madre de la ciencia, señor Sparrow.

—La paciencia, amigo mío, es una mierda pinchada en un palo. Y tiene que reconocer que con usted he tenido la paciencia de un santo.

Mulder estuvo de acuerdo y decidió llevar al sheriff al lugar de los hechos para mostrarle lo que había encontrado. Sparrow le recordó que ya habían estado allí él y sus hombres, pero Mulder insistió en que lo siguiera. Quería que el sheriff viera algo en lo que sus hombres, por muy competentes que fueran, no habían reparado ni por asomo.

—A mí me ocurrió lo mismo la primera vez que lo vi —añadió. Estaban ya en la orilla cuando Scully lo llamó a voces. Mulder rogó en silencio que no hubiese más sorpresas ni nuevas complicaciones, y miró al sheriff.

Sparrow reía.

—¿Qué pasa?

El sheriff señaló a Scully, y luego a Mulder.

—No aguantaban más, ¿eh?

Sólo entonces se dio cuenta Mulder de que esa mañana se había vestido con su acostumbrado traje azul y corbata. Había sido un gesto automático. El dolor de cabeza lo había distraído al punto de no dejarle reparar en esos detalles. Sus manos buscaron las prendas a las que estaban acostumbradas. Y a Scully le había sucedido lo mismo.

Pero por alguna razón, incluso allí se veía más natural vestida como de costumbre.

—¿Y bien? —preguntó Mulder.

Scully saludó al sheriff con cierta acritud, se sujetó el pelo agitado por el viento con una mano, y respondió:

—Mulder, no quiero volver a hacer lo que he hecho jamás.

—Yo habría jurado que ya estaba acostumbrada —dijo Sparrow—. Cortar, abrir; a descubrir cosas, quiero decir.

—Una no se acostumbra nunca —replicó Scully—: Sólo encuentra alguna manera de que eso no le afecte mientras lo hace. —Sacó una hoja de papel de su bolso, la miró y aspiró hondo—. Te complacerá saber que no hay sorpresas, Mulder. La doctora Ríos tenía razón: ni desollamiento ni despellejamiento. En todo caso despellejamiento por fricción, pero de momento no hay término que denomine eso.

—¿Qué la mató?

—¿En palabras sencillas? ¿En lenguaje coloquial? La conmoción; el shock. Si quieres que entremos en pormenores, podemos empezar por la destrucción total de un órgano vital, que es la piel, a la que se suma la rápida y masiva pérdida de fluidos de diversas fuentes, incluidas…

—No siga usted, ya está bien —interrumpió el sheriff, desencajado—; ya me hago una idea.

—No —replicó Scully—, no creo que se haga usted ninguna idea. Mulder, se encontraron partículas de arena alojadas en los orificios nasales y en las cuencas de los ojos. Hasta en el cerebro.

—¿Qué demonios puede producir eso? —preguntó el sheriff.

—Fuerza —respondió Mulder—. Muchísima fuerza. —Y reemprendió el camino hacia el río—. Por eso quiero que me acompañe.

Scully lo miró intrigada.

—¿Qué?

—Tú mira, Scully. Ya te explicaré cuando estemos en camino a La Mesa.

Scully no presentó objeciones y siguió al sheriff hasta el arbusto que se alzaba donde terminaba el césped, desde allí Mulder señaló el claro que se abría pocos metros más allá. Tardaron un rato en abrirse camino por entre la maleza y cuando llegaron al calvero circular, Mulder arrancó una rama rota y se la mostró a sus acompañantes.

—La corteza —dijo— está arrancada.

A sus pies, el suelo estaba cubierto de hojas trituradas y astillas de palos y ramas.

—Se diría que por aquí ha pasado un loco furioso y borracho armado de una sierra mecánica.

—Es el mismo tipo de estropicios que había en el jardín de Donna Falkner —dijo Mulder cuando regresaban al patio del hotel—, sólo que como estaba tan mal cuidado no me di cuenta hasta esta mañana.

Sparrow les pidió que se reunieran con él en el aparcamiento; mientras tanto él iría a averiguar si sus asistentes habían dado con Lanaya. Scully caminaba mirando al suelo, meneando la cabeza de vez en cuando. De repente detuvo a Mulder con un gesto.

—¿Podría ser algún tipo de dispositivo? Tal vez la idea del sheriff, eso de la sierra mecánica, no sea tan descabellada. Aunque eso no explica la arena. Ni siquiera si imaginamos que cayó a tierra.

—No. Tienes razón.

Mulder se encaminó hacia el coche, pero ella lo detuvo una vez más.

—¿Qué es, Mulder? ¿En qué estás pensando?

—En Viento de Sangre —respondió él—. Es lo único que tiene algún sentido.

—¿De verdad? —Scully miró hacia el sheriff, que apuraba el paso—. ¿Y a ti te parece que tiene sentido?

—A mí sí.

—Y a mí también —dijo Scully llanamente—. ¿En qué estaría yo pensando?

—Nick está esperándoles en la reserva —dijo Sparrow, guiándolos hacia su coche patrulla. Miró a Mulder con dureza—. Esta vez iremos juntos, ¿de acuerdo? Quiero oír la historia. Y asegúrese de que me guste.

Mulder no podía hacerlo, y, por la cara que puso, el sheriff lo entendió. Entornó los ojos con resignación y en voz audible se preguntó cómo hacía Scully para soportarlo.

—Paciencia —dijo Mulder al acomodarse en el asiento trasero.

—Una mierda pinchada en un palo —respondió el sheriff.

—Puede que sí. Pero yo ya me he acostumbrado.

A Scully no le hacía gracia.

Nick se acuclilló junto al anciano, abrazándose las rodillas con las manos.

—Te vas a cocer aquí, Dugan.

El viejo se encogió de hombros.

—Vienen los del FBI.

—Ha habido una muerte.

—Ya lo sé.

—Una mujer. Creo que la conozco.

Nick se movió un poco, incómodo.

—Era Donna Falkner, Dugan. Es… era mi socia.

—Ah, sí. Ahora la recuerdo. Le iban bastante bien las cosas.

Nick no pudo evitar sonreír.

—Sí. No le iba mal. Y a nosotros nos ayudó mucho. Espero que también eso lo recuerdes.

—No tendría que haber muerto esa gente, Nick.

—Sí. Lo sé.

—No tendría que haber muerto nadie. —Dugan movió un poco la cabeza—. Un poco de ganado vaya y pase. Recuerdo que una vez fue un coyote. Pero gente no, Nick. Antes nunca había sido gente.

Nick asintió con un enérgico movimiento de la cabeza, inclinándose todo lo que pudo hacia el regazo del anciano.

—Es lo que he tratado de decirte todos estos días, Dugan. Si no hacemos algo, el FBI se enterará, y no podremos evitar a los periodistas ni a la policía ni a nadie. Todos vendrán a La Mesa y nos caerán encima. —Bajó la voz—. Pero si lo detenemos ahora, no habrá nada que ver. Nada que encontrar.

Una brisa agitó la hierba.

—Dugan. Padre. La Falkner no va a ser la última víctima. Tú lo sabes.

El anciano asintió con la cabeza al tiempo que juntaba las manos sobre el regazo.

—Yo sólo espero que…

Nick no pudo evitarlo; cogió al anciano por el hombro y lo sacudió bruscamente.

—¡Maldita sea, Dugan! ¡Ella no volverá! Annie no va a regresar, y no nos va a ayudar. —Sintió que los músculos del hombro que aferraba se tensaban y dejó caer la mano—. Si queremos salir de ésta tenemos que asegurarnos de que León esté…

No terminó la frase. No tuvo que hacerlo. Sólo le quedaba esperar a que Velador se decidiera. Cuando el anciano inició una retahíla de frases susurradas se puso de pie y se alejó de allí.

No había dado diez pasos cuando el anciano pronunció su nombre en el tono estrictamente necesario para ser oído. Se volvió y encontró al viejo aún sentado, de espaldas a él. Alzó la mano derecha apuntando hacia el cielo.

—Los del FBI.

—¿Qué pasa con ellos?

—Hay que detenerlos.

Llegó un soplo de brisa. La arena se agitó.

—Imaginemos —dijo Mulder— a un grupo de hombres, todos profundamente

devotos, confinados durante mucho tiempo en la misma estancia: la *kiva*. Imaginemos, como ya le expliqué a Scully, la energía que irradian al ejecutar los ritos que su fe les exige. Supongamos entonces que haya momentos del rito en que tanta energía no tolera ya el confinamiento y que sus excesos escapan por el orificio de la bóveda. Puede que se disipe. Quizá alguien de fuera sienta algún desasosiego, pero nada más. Le echará la culpa al viento.

»Pero supongamos, sólo pido que supongamos, que no se disuelve. Supongamos que se concentra.

»Imaginemos que los primeros konochinos eran conscientes de este poder. Debían de saber que tal concentración de energía sería potencialmente peligrosa. Llegan entonces, vengan de donde vengan, al valle encerrado por la Pared, y hacen de él su morada. Está aislado, protegido por las colinas y las montañas; y nadie, ni las otras tribus, ni los españoles ni los anglos los molestan demasiado.

Lo que importa es la energía. ¿Qué sucede con la energía? Viento de Sangre. Nando hizo un gesto de rotación con la mano. Dijo que era un torbellino. No un tornado que se precipitara desde las nubes, sino un extraordinario torbellino de arena que se alzara desde el suelo.

—Gira solitario en el desierto, y cuando ha consumido la energía se deshace, igual que cuando se perturba la espiral de un pequeño torbellino: también la arena vuelve al suelo. Si pensamos en la tremenda velocidad de rotación de un torbellino así, mucho mayor que la de cualquier otro torbellino corriente, y en los materiales que arrastra a su interior (guijarros, arena, hojas, ramas, palos y todo lo que encuentre en el suelo), es fácil imaginar lo que puede pasar a un animal atrapado en la vorágine.

»Imaginemos —concluyó Mulder—. Imaginemos el poder.

20

Pasó un largo rato mirando al desierto. Ahora que lo había expresado, ahora que se había oído decirlo, sabía que estaba en lo cierto. No era un asesino que iba por ahí cargando un artilugio sofisticado de matar, no era una pandilla de sicópatas expertos en el manejo del látigo. Era Viento de Sangre. Y algo más.

—Mulder —dijo Scully con un tono de voz que tantas veces había oído el agente, suponiendo que tuvieras razón, pero sólo suponiéndolo…

El sheriff Sparrow farfulló unas palabras, entre las cuales la más repetida fue «bobadas». Mulder reparó en su tono de incredulidad y decepción.

—… estarías hablando entonces de… —vaciló— de alguna forma de energía psíquica no específicamente dirigida, por llamarla de algún modo. Y eso suponiendo que tuvieras razón —añadió apresuradamente—. ¿Cómo se explica entonces la muerte de cuatro personas? A mí me parece que el dónde y el cuándo de las muertes apunta en otra dirección totalmente distinta.

—Premeditación —dijo Mulder sin apartar la mirada del desierto.

—Exacto.

—Por lo que más quieran ustedes —gimió el sheriff—. No me digan que están pensando que algo así puede controlarse y dirigirse. Suponiendo que tuviera razón —añadió, remedando a Scully con sarcasmo. Hizo girar el volante de modo tan abrupto para salir de la interestatal que Mulder casi cae al suelo de la cabina—. ¡Lo que hay que oír!

Desgraciadamente, Mulder no sabía encontrar otra respuesta. Sin embargo, podía pensar en dos personas a las que quizá les interesara ese control. Faltaba saber por qué sentirían la necesidad de matar.

—Vamos a ver —siguió el sheriff, preparándose para una de sus rabietas fingidas —, ¿cómo puede ser que dos personas inteligentes como ustedes se crean semejantes idioteces? ¡Sí, hombre! ¡Cómo no! Un puñado de ancianos indios se reúne alrededor de una fogata y empiezan a dispararse maldiciones cósmicas unos a otros. ¿Han estado

ingiriendo peyote o qué? —Asestó un manotazo al volante—. Scully, usted es médico, ¡por Dios! No va usted a decirme que cree en esas gilipolleces.

Mulder contuvo el aliento.

—Sheriff —replicó Scully con su tono más neutro y oficial—, Mulder nunca me he dado motivos para rechazar sus hipótesis a priori, por descabelladas que puedan parecer.

—¡Venga ya!

«Gracias, Scully —pensó Mulder—; aunque hubiese preferido un contundente «¡Claro que sí, y ¿cómo se atreve usted a llamar…?», pero me conformo con eso. Por otra parte, estoy seguro de que si algún día sales con un «claro que sí y ¿cómo se atreve?», me moriré del asombro».

Cuando pasaron delante del rancho «Doble-H», Mulder se preguntó si lo sucedido habría afectado de alguna manera a Annie, y qué sería lo que la mujer oía decir al viento. Fuera lo que fuese, ni por un instante se le ocurrió pensar que Annie estuviese en modo alguno involucrada en los crímenes.

El sheriff frenó de golpe. Mulder estiró las manos para no romperse la nariz contra el respaldo del asiento. En medio de la carretera, ocupando los dos carriles, había una camioneta detenida. Nick Lanaya, apoyado contra el cajón de carga y con los brazos cruzados sobre el pecho, los observaba.

—¿Qué le pasa a ese imbécil? —Farfulló el sheriff—. ¿Acaso se me han vuelto todos locos hoy?

Se apearon sin apresurarse. Mulder dio la vuelta al coche para sentarse junto a Scully. Sobre un promontorio de piedras redondeadas, distinguió la silueta de un hombre sentado de espaldas al sol.

—Es Dugan Velador —dijo Lanaya, mientras se acercaba—. Es una especie de sacerdote. Uno de los seis. —Soltó una risa condescendiente y señaló el promontorio —. Le gusta sentarse ahí. Dice que le ayuda a pensar.

—Con el calor que hace —dijo Scully, admirada—. ¿Cómo puede sobrevivir?

—Es konochino, agente Scully. Puede sobrevivir casi a todo. —Se aclaró la garganta—. ¿Y bien? ¿Qué noticias nos traen? He recibido el mensaje de Chuck.

—Nick, no vas a poder… —empezó a decir el sheriff, acomodándose el cinturón.

—Señor Lanaya, tenemos que ir a la reserva —interrumpió Mulder—, tenemos preguntas que hacer a las autoridades de la reserva.

—¿Quiere decir al Consejo?

—¿Son ellos los sacerdotes? —preguntó Scully.

—La mayoría de los que lo componen lo son —dijo Lanaya encogiéndose de

hombros—. Pero no creo que quieran hablar con ustedes.

Mulder sonrió.

—Para eso está usted aquí. Para convencerlos de que lo correcto es colaborar cuando se trata de crímenes. Tal vez eso salve algunas vidas.

Lanaya removió la tierra del camino con la bota.

—Mire, agente Mulder, la verdad es que hoy no estoy de humor. —Dirigió al sheriff una mirada amarga—. Me he pasado casi toda la mañana con la policía fiscal repasando los libros de contabilidad de Donna y su cuenta bancaria. Al parecer me estafaba más de lo que yo creía.

—Eso me pareció.

—Por suerte se podrá recuperar la mayor parte del dinero, así que no perderé tanto. Pero es la sorpresa, ¿sabe? Tantos años confiando en ella, y lo peor es que ahora nunca sabré por qué lo hizo.

—También su gente confió en ella —dijo Scully.

—No. —Lanaya miró hacia las colinas—. En ella no. Confiaban en mí. Como les decía, tengo mucho trabajo. Y ustedes vienen y se presentan aquí, así, sin más, y lo complican todo.

Mulder caminó hasta la camioneta.

—Tiene aire acondicionado, ¿verdad?

Desconcertado, Lanaya asintió con la cabeza.

—Qué bien. —Abrió la puerta del lado del acompañante y le hizo un gesto a Scully para que subiera a bordo—. Con este calor me pongo insoportable. Se lo digo de verdad. —Poniendo cara de autómata, Scully subió primero—. Me vuelvo altanero y antipático. Es horrible. Al sheriff le consta, ¿verdad, sheriff?

A Sparrow no se le ocurrió otra cosa que asentir hoscamente, y Lanaya se encogió de hombros, como diciendo «ustedes se lo han buscado», antes de ponerse al volante. Tenía todos los músculos de la cara en tensión, y Mulder vio cómo le temblaba la mano al poner el motor en marcha. De ira, o de ansiedad.

—Reglas de oro —dijo Lanaya mientras maniobraba el cambio de sentido—: No bajen de la camioneta a menos que yo les diga que lo hagan. No hablen con nadie a menos que se lo diga, o a menos que alguien les dirija la palabra. Y no se les ocurra entrar en ninguna casa a menos que yo les diga que pueden. ¿Entendido?

—Usted conduzca, Lanaya —dijo Mulder—. No tenemos todo el día.

Entraron en la garganta de la Pared tras una curva. Cuando la colina quedó a sus espaldas, Mulder estuvo a punto de pedirle a Lanaya que detuviera la camioneta. Ignoraba con qué se iba a encontrar, pero desde luego no se había imaginado nada

como aquello.

A la izquierda de la carretera se extendían pequeñas parcelas cultivadas. Aquí y allá se veían viejísimas bombas de agua, verdaderos dinosaurios de acero, que funcionaban sin cesar, bombeando agua hacia una compleja trama de canales de riego. Mulder no reconoció ninguno de los cultivos salvo el que crecía en el centro del campo, ocupando la parcela más extensa. Era maíz.

El contraste con las tierras circundantes era tan marcado que aquel paisaje se le antojó irreal. Sin embargo, reconoció la elevación a la derecha como la Mesa de Viento de Sangre.

Lanaya redujo la velocidad.

—El Sitio, agente Mulder. Usted habrá visto otras mesetas, pero ninguna como ésta.

La meseta se alzaba verticalmente a más de setenta metros sobre el desierto y presentaba anfractuosos flancos desnudos, poblados de salientes y hendiduras. La luz del sol hacía resaltar tenues manchas rojizas que delataban la presencia de hierro entre la masa de tierra parda, huérfana de verdes. Desde donde se hallaba Mulder, no se apreciaba vida vegetal alguna. Sobre la planicie de la cima se perfilaban unas edificaciones bajas. Aves de gran tamaño sobrevolaban la meseta, cuya sombra parecía abarcarlo todo.

En la base norte se encontraba el pueblo, el cual, dio también al traste con las expectativas de Mulder.

—No se puede decir que sean amantes de los riscos —dijo Scully.

—No. Nadie ha vivido nunca en la meseta. —Lanaya la miró, sonriendo apagadamente—. Muy de vez en cuando, quizá una vez cada diez años, logro hacer venir aquí a un arqueólogo u otro experto, y nunca se lo creen. Todos insisten en que debe de haber viviendas excavadas en la pared, a distintos niveles, comunicadas entre sí por escalerillas y esas cosas, como en Puye, o en Mesa Verde. Pues no.

El pueblo era una ordenada agrupación de pequeñas casas de adobe de una sola planta. Una por familia, aparentemente. Todas las puertas y ventanas que vieron tenían los bordes pintados de verde claro. Había ropa tendida en cuerdas. Las calles conformaban una retícula regular, y hacia el extremo oriental se veían dos edificaciones de mayor envergadura. Una era el almacén de grano, explicó Lanaya, la otra era la sede del Consejo tribal. A Mulder le resultó incongruente ver antenas de televisión y radio en los techos de las casas. Delante de algunas viviendas había un

vehículo aparcado, camionetas en su mayoría. Vio también una cuadra con caballos que comían heno y espantaban moscas con la cola; un trío de perros blanquinegros que se alejaba correteando por una de las calles, y un pequeño gallinero habitado por pollos de plumaje extravagante.

Mulder no reparó en el detalle de que en ninguna parte se veía basura.

—¿Dónde trabajan? —preguntó Scully, con la nariz casi pegada al parabrisas.

—En los campos, en los talleres del Consejo, o en sus casas. Algunos salen del pueblo, pero son pocos. Entre los konochinos no hay desempleo, si es a eso a lo que se refiere. Se trabaja para comer. Si no trabajas no comes. —Lanaya rio, pero no alegremente—. Y no conozco a ninguno que le gusten las huelgas de hambre.

—¿Y su casa? —preguntó Scully.

—Desde aquí no se ve —respondió Lanaya secamente.

Mulder vio a unos niños vestidos de blanco que jugaban delante de un edificio situado cerca del centro del pueblo; en otra calle otros niños se perseguían unos a otros; otros empujaban aros con unas varillas.

—¿Y la de León Ciola?

Lanaya hizo un brusco cambio de sentido y condujo hacia una callejuela de tierra que llevaba al frente del almacén de grano y el centro tribal. Nadie los miró al pasar, salvo un niño muy joven, que abrió los ojos con tanto asombro que Mulder no pudo evitar sonreír.

Lanaya apagó el motor y durante un instante sólo se oyó el crepitar de hierros al enfriarse. El indio abrió su puerta.

—Ciola vive donde quiere. Yo no voy por ahí siguiéndolo, agente Mulder. La verdad es que a León le está costando, ¿cómo se dice?, reintegrarse a la vida normal.

La puerta de doble paño de la sede del Consejo estaba precedida por tres peldaños. Lanaya empujó una de las hojas y los invitó a entrar.

—Tendrán que hacer sus preguntas aquí.

Se encontraron en un espacioso salón de reuniones de techo bajo y gruesas vigas. En cada pared lateral se abría una puerta y al fondo otra, todas con sus marcos pintados de verde, todas cerradas. Las paredes eran blancas, el suelo de tierra. La única decoración —situada en la pared del fondo, por encima de la puerta— consistía en un enorme tapiz tejido a mano que representaba en el centro la figura de la meseta. En el cielo restallaban unos rayos. Había también símbolos del sol y de la luna, de aves y otros animales. Ninguna representación humana. Mulder no vio nada que se asemejara a los signos de un lenguaje.

—Nadie sabe la antigüedad que tiene —dijo Lanaya en voz baja—. Mi abuelo me

dijo una vez que su abuela conocía a una anciana que conocía a otra que la ayudó en el diseño. Pero eso no tiene importancia.

Junto a la pared de la izquierda, había una mesa larga de roble rojo rodeada de sillas voluminosas. Lanaya los llevó hacia allí y los invitó a tomar asiento. Mulder se sentó de espalda a la pared; Scully al otro lado de la mesa.

—Querrán hablar con uno del Consejo, supongo. Dugan es el más indicado.

—¿El que estaba sentado en las piedras? —preguntó Mulder.

—Sí. De todos modos ya ha tomado bastante sol por hoy. Un día de éstos le va a dar una insolación. Espérenme aquí, por favor. No tardaré.

El eco de sus pisadas permaneció en el aire instantes después de que Lanaya abandonara el salón. Después les invadió un profundo silencio, como si fuera de aquellas paredes no hubiera un mundo.

Scully dejó el bolso en la mesa y cruzó las manos sobre la madera.

—Es un tipo raro, ¿verdad? Hay momentos que parece aborrecer este lugar, y a los dos minutos se pone de lo más reverente.

—Ha pasado gran parte de su vida fuera de aquí, es lógico que viva en conflicto.

Scully no pareció convencida, pero no le apetecía discutir sobre este tema y en cambio, tal como Mulder esperaba, se embarcó en una explicación perfectamente razonada de por qué, con sus teorías sobre Viento de Sangre, Mulder la estaba empujando más allá de los límites de lo que ella podía tolerar. Pese a concederle, aunque de mala gana, que su hipótesis de la energía psíquica no específicamente dirigida —denominación ésta que llevaba atragantada— tenía alguna posible validez, de ningún modo pensaba aceptarle la idea de un control deliberado.

—¿Tú sabes lo que quiere decir eso?

—Quiere decir asesinato —respondió Mulder llanamente.

—¿Estás dispuesto a intentar demostrar esa teoría ante un tribunal? ¿Te parece que Skinner se dignará a prestarte atención?

—En este momento lo que menos me preocupa es lo que piense Skinner. —Se inclinó sobre la mesa apoyándose en los brazos—: Te diré lo que me preocupa. Han muerto cuatro personas, Scully; y un agente no aparece por ninguna parte; todas las conexiones apuntan hacia este lugar, o hacia alguien de este lugar, y a menos que detengamos al asesino seguirá muriendo gente.

Scully se lo quedó mirando un buen rato. Él le sostuvo la mirada hasta que no pudo más; entonces suspiró y miró a su reflejo en la madera pulida.

—Ciola —dijo Scully.

Mulder la miró sin levantar la cabeza.

—León Ciola. —Scully sacó una hoja del bolso y se la puso delante de los ojos—. Estabas tan entusiasmado contándole tu historia al sheriff Sparrow que no pude decírtelo. —Golpeó el papel con el dedo índice—. En el informe preliminar de la policía sobre la casa de Donna Falkner, se encontraron muchas huellas dactilares. De ella, por supuesto; de Lanaya, lo cual no es de extrañar, puesto que era su socio; y de León Ciola. —Scully alzó una ceja—. Algunas de ellas en el dormitorio.

Mulder echó un rápido vistazo al formulario y contuvo las ganas de gritar.

—Es difícil llegar a esa conclusión sobre la base de la charla que tuvimos con él —siguió Scully—, pero tengo la impresión de que Donna no estaba llevando adelante el plan de desfalco por su propia cuenta y riesgo. Puede que Ciola la indujera a ello. Hace cuatro años que llevaba haciéndolo, y de esos cuatro años él pasó los dos últimos preso. —Volvió a golpear el papel—. Ella lo visitaba en la cárcel, Mulder. Asiduamente. Está claro que fue por ella que él perdió los estribos en el bar. —Mulder apoyó el mentón en los brazos cruzados sobre la mesa—. A ella le tentó la codicia. Él se dio cuenta. Y ya sabes el temperamento que tiene.

Scully frunció el entrecejo.

—Tal como tú dices: «Supongamos». Aunque sea en aras de la argumentación, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Por qué Paulie Deven? ¿Por qué el matrimonio Constella?

Mulder ya había pensado en ello, y ya había preparado una respuesta lo suficientemente perturbadora.

—Para practicar —dijo, volviendo la vista a la mesa.

Scully no reaccionó. Recogió en silencio la hoja del informe y le dio un último vistazo antes de meterla de nuevo en el bolso. Reclinó entonces la cabeza en el alto respaldo de la silla y se dedicó a seguir con la mirada, apretando los labios, una línea que sólo ella veía en el techo.

—No pertenece al Consejo. Ciola, quiero decir.

—Vaya, vaya chica —dijo Ciola desde el vano de la puerta—. Cada vez que te veo estás pronunciando mi nombre. No lo puedes evitar, ¿eh?

21

Más allá del maizal, más allá de la última bomba de agua, en el desierto, la arena se agitaba.

Ciola cruzó el salón con un contoneo exagerado, balanceando los brazos y dando deliberados taconazos para producir el sonido de un tiroteo. No llevaba sombrero, pero parecía estrenar la camisa y los vaqueros; llevaba la cabellera suelta, que saltaba sobre su espalda al andar.

—¿Les gusta el sitio? —preguntó, extendiendo los brazos. Ni Mulder ni Scully respondieron y él hizo una mueca.

—Esto, por si no lo saben, es el lugar donde se reúnen todos los meses. Están buscando la manera de expulsarme, ¿saben? —Rio y dio otro pisotón—. Soy una vergüenza para ellos, FBI. He pasado mucho tiempo en la cárcel, y tengo la impresión de que los avergüenzo.

Llegó al extremo de la mesa, retiró la silla correspondiente y se dejó caer en ella; luego pasó una pierna por encima de uno de los brazos.

Scully se giró para mirarlo sin decir nada. Ciola hizo un gesto hacia la entrada.

—Es usted la comidilla del vecindario, agente Scully, ¿lo sabía? Es por su pelo rojo, creo. Bueno, se me ocurre que han venido para hablar conmigo, ¿no es así? Pues muy bien, aquí estoy, así que hablen.

Scully hizo un leve gesto de asentimiento.

—¿Dónde se encontraba usted ayer por la tarde, señor Ciola?

Ciola movió la cabeza, decepcionado.

—Tendrá que preguntarme algo más difícil. Estaba explicando al policía que me controla la libertad condicional lo estupendo que es volver a estar al aire libre.

—¿Y entonces cómo se enteró de lo de Donna Falkner? Usted estaba allí.

—Tengo un aparatito que capta lo que la policía se dice por radio. —Sonrió—. Es

de lo más práctico.

—¿Un escáner? —Scully no parecía creérselo.

La sonrisa se borró de inmediato.

—Soy un indio, agente Scully, no un salvaje.

—De poco decapita a un hombre —dijo Mulder suavemente—. A mí eso me parece de lo más salvaje.

Ciola le dirigió una breve mirada cargada de aversión antes de volverse a concentrar en Scully.

—¿Algo más?

—Robo —dijo Scully.

Ciola dejó que la pierna resbalara lentamente del brazo de la silla al suelo.

—Yo mato gente, señorita Scully, no robo. Si busca ladrones le sugiero que hable con San Nick.

—¿Por qué discutían ayer? Los vimos discutiendo en la calle.

—¿Sabe una cosa, agente Scully? Le juro que no entiendo qué hace una mujer como usted…

—Ciola —le reconvino Mulder alzando la voz.

Ciola exhaló un suspiro de abatimiento por las penas de la vida, y miró al agente.

—Sólo para que quede constancia —dijo Mulder, enseñándole la chapa del FBI—; el Buró Federal de Investigaciones tiene competencia penal y jurídica en las reservas indias, incluso si no se ha solicitado su intervención. Eso quiere decir, señor Ciola, que no necesito permiso de nadie, ni del sheriff ni de su Consejo, para detenerlo a fin de que preste declaración en relación con el asesinato de Donna Falkner. O el de Paulie Deven. O el de Matt y Doris Constella. —Guardó la chapa en el bolsillo—. Así que más vale que se deje de bravuconadas y responda a las preguntas de la agente Scully.

El hombre parecía a punto de estallar, y Scully advirtió, sin apartar la vista de Ciola, que Mulder había hablado en serio.

—Lanaya nos ha contado que era algo personal —se apresuró a decir Scully, percibiendo que la tensión entre los dos hombres se aflojaba.

—Lo es.

—¿Cómo de personal?

—Nos odiamos, señorita Scully. Yo soy un ex convicto y él un santo. Yo abandoné los estudios en secundaria y a él le metieron por el culo las licenciaturas y ahora le salen por la boca. —Apoyó las manos con los dedos abiertos sobre la tapa de la mesa. Después de un largo silencio agregó—: ¿Puedo fiarme de ustedes? ¿Si les cuento algo

me volverán a meter en chirona?

—Depende —dijo Mulder.

—¿De qué?

—De lo que yo decida —dijo Scully, sonriendo ante la estupefacción de Ciola.

—Déjenme… déjenme pensármelo.

—Mientras se lo piensa —dijo Mulder—, dígame cómo se las arregló para que no lo matara el Viento de Sangre.

Ciola quedó boquiabierto de la sorpresa, e inconscientemente se acarició las cicatrices de la cara con la mano izquierda.

—¿Cómo diablos supo eso?

Mulder no contestó. Scully conocía la respuesta. Ahora que podía enfrentarse a ella sin miedo a que un cuchillo le cortara el cuello, distinguió con claridad el dibujo que las cicatrices trazaban en el cuello y el rostro; con la claridad que le daba saber el asunto del Viento.

—Yo tenía una yegua pony —dijo Ciola con voz queda—. Cuando era muy niño murió un hombre, uno de los seis. Nadie puede salir de la Mesa durante las ceremonias, ni siquiera al desierto. Es un riesgo estúpido. Sólo gente como San Nick hace esas tonterías. Yo era pequeño, y necio, y quería mucho a mi pony. Se había escapado de la cuadra y pasé casi una hora persiguiéndola.

»En una de ésas casi la atrapo, pero pegó un salto y salió disparada. No pude entender por qué hasta que miré hacia atrás, y lo vi. Justo detrás de mí. Me caí de espaldas en un arroyo, eso fue lo que me salvó.

—¿Y usted cree en eso del Viento de Sangre? —Scully no pudo evitar preguntárselo.

Ciola agitó los dedos delante de la cara.

—Ésa es una pregunta bien tonta, chica. ¿Quieres una respuesta igual de tonta?

—No, quiero la verdad.

Ciola no pudo disimular la sorpresa que le causaba el temple de Scully, pero justo en ese instante se abrió una de las puertas de la entrada y no le dio tiempo a replicar. Entró Nick Lanaya seguido de un anciano que arrastraba los pies. Ninguno de los dos advirtió la presencia de Ciola hasta que se encontraron en medio del salón.

Lanaya se detuvo, pero el viejo siguió andando. Llegó a la mesa y se sentó a la derecha de Scully.

—¿Qué haces aquí, León? —preguntó Nick con tono autoritario.

—Si el FBI me llama, yo acudo. —Sonrió a Mulder—. Ellos representan la ley. ¿No lo sabías?

—Márchate, León. Te necesitan en el depósito.

—Pues, no sé qué decirte. Quedan muchas preguntas por responder. —Miró a Scully buscando su apoyo—. Quieren saber, por ejemplo, cosas de Donna. Cómo nos queríamos, cómo reñíamos, cómo…

—¡*Chinga*! —Estalló Lanaya, enrojeciendo de rabia—. ¡Después de matar te atreves a volver aquí como si no pasara nada, y encima hablas!

—¡Basta! —Ordenó Mulder, golpeando la mesa con el puño—. Discúlpeme —le dijo al anciano antes de volverse a los demás—. Señor Lanaya, por el bien de todos nosotros, deje usted que seamos la agente Scully o yo quienes decidan si el señor Ciola ha dicho todo lo que tenía que decir. ¿Le parece bien? Señor Ciola, supongo que no tiene previsto irse de vacaciones ni nada por el estilo, ¿verdad?

Ciola rio mientras se levantaba de su asiento.

—Que no salga de la ciudad, ¿no es eso, gringo? No se preocupe. No lo haré. Además tengo que asistir al funeral de Donna.

Lanaya cogió al hombre del brazo cuando éste pasó a su lado, y le susurró con aspereza al oído. Scully no entendió lo que le dijo, pero debía de tratarse de algo fuerte, pues Ciola tragó saliva varias veces y salió del salón a toda prisa. Nick hizo ademán de seguirlo, pero a un gruñido del anciano se acercó a la mesa y se sentó en la silla que acababa de dejar Ciola.

—Lo siento —dijo, sonriendo azorado—. Es que me saca de quicio. —Agitó la mano delante de la cara como para dispersar un mal olor. Entonces les presentó a Dugan Velador—. Habla bien inglés, así que…

—¿Me he marchado, Nick? —preguntó Velador en voz baja.

Lanaya volvió a enrojecer y bajó la mirada. Scully miró a Mulder, alzando una ceja para sugerir su asombro ante la autoridad que ejercía el anciano, y decidió cambiarse de asiento para ver a los dos hombres a la vez. No estaba segura de lo que su compañero esperaba de ella, así que decidió dejarle la batuta, sobre todo porque Mulder tosió para aclararse la garganta, señal de que, de momento, deseaba dirigir él la entrevista. Esperaba que cuando saliese a colación el tema de Viento de Sangre, y no dudaba que saldría, el anciano no se sintiese insultado. Probablemente pensaría que se estaban mofando de él, o que lo trataban con condescendencia. Y aunque Nick ya les había advertido, se sorprendió mucho cuando el viejo anunció:

—Quiero que se marchen ustedes de la Mesa ahora mismo. Por favor. No tenemos nada de qué hablar. No tenemos nada que decirles. —Se puso de pie. El collar de huesecillos que llevaba al cuello produjo un tenue cascabeleo.

También Lanaya se levantó, pero Mulder cruzó las manos sobre la mesa y empezó:

—Tengo motivos para creer, señor Velador, que alguien, probablemente alguien de su gente, ha estado valiéndose de usted o de los seis del Consejo para hacerse con el control de Viento de Sangre. —El anciano se inclinó para apoyarse en el borde de la mesa, pero Mulder no le hizo caso—. Si eso es cierto, entonces esa persona ha cometido cuatro asesinatos, y la agente Scully y yo no pensamos movernos de aquí hasta que hayamos encontrado y arrestado a esa persona.

«Vaya —pensó Scully mientras Velador volvía a sentarse—, eso sí que es hablar con sutileza».

Una hoja seca revoloteaba haciendo espirales en el aire, a dos palmos por encima del suelo. Vista de lejos parecía una mariposa que buscase una flor donde libar. Poco después otra hoja, atravesada por la espina de un cacto, se sumaba a la danza de la primera.

Por debajo de ellas la arena inició su ascenso.

Mulder esperaba que ni el anciano ni Scully hubiesen advertido su respiración entrecortada después de haber contenido el aliento de aquel modo. El forcejeo verbal con Ciola había sido agotador, pero Velador, cuya presencia y actitud podía inducir a cualquiera a considerarlo demasiado insignificante y débil para tenerlo en cuenta, lo había puesto en guardia desde que entró por la puerta. Aunque hubiese entrado caminando detrás de Lanaya, estaba clarísimo que allí el que mandaba era él.

Una vez sentado, era la imagen misma de la inmovilidad, salvo por sus ojos negros. A Mulder no le cupo la menor duda de que, en otra época y cultura, Dugan Velador habría pertenecido a la realeza.

En ese instante la temblorosa mano izquierda del anciano se alzó para cubrir el collar de vértebras de cascabel mientras la derecha apoyaba las puntas de los dedos en la mesa. No dijo nada y Mulder tampoco. Estaba asombrado de que Lanaya no hubiese protestado. También él volvió a tomar asiento; una mano apoyada en el pecho; la otra en el regazo.

Finalmente, fue la preocupación de Scully lo que rompió el silencio. Acercó una mano al anciano, sin tocarlo.

—¿Se encuentra usted bien, señor Velador? Soy médico, y tal vez necesite ayuda…

Mulder casi oyó crujir las vértebras cervicales cuando Velador se volvió hacia

Scully.

—Me encuentro perfectamente, joven. Por lo visto no estamos tan solos como pensábamos.

Una severa mirada a Lanaya obligó a Mulder a intervenir para recuperar la atención del anciano.

—No ha sido Nick quien me lo ha dicho, señor. Él no ha traicionado su confianza en ningún momento.

—¿Qué sabe usted?

No era aquél el momento para vacilaciones.

—Todo lo que puedo saber sin haber estado en la *kiva* con usted.

—Entonces sabrá que lo que ha dicho no puede ser cierto.

Mulder evitó la mirada de Scully.

—No, señor. Me temo que de eso no sé nada. —Aunque sospechaba que el hombre sabía más de lo que estaba dispuesto a reconocer, Mulder le habló de los cuatro asesinatos, describió el estado en que habían encontrado los cadáveres, y repitió el gesto que hiciera Nando Quintodo con la mano—. Y ésa es la única explicación, señor. No hay otra posibilidad.

Velador no ocultó su sorpresa.

—¿Y usted cree que eso es posible?

Mulder se encogió de hombros.

—Claro que sí. ¿Por qué no?

—¿Y a usted? —preguntó a Scully, con voz más afable—. ¿También usted cree eso posible?

—Hasta ahora no he escuchado otra teoría que explique mejor lo sucedido.

Velador esbozó una sonrisa que casi se convirtió en carcajada.

—Usted ve las cosas de otra manera, no como su amigo, ¿eh?

—Sí. Así es —admitió Scully.

Velador dirigió una mirada a Lanaya que a Mulder se le antojó extraña. ¿Qué habría dicho o hecho Lanaya para que el hombre estuviese tan molesto?

De pronto Lanaya se dobló sobre el regazo, presa de un ataque de tos, tapándose la boca con una mano.

—Perdonen —alcanzó a decir, mirándolos con los ojos llenos de lágrimas—. Lo siento. Es que yo… —Se llevó los dedos a la boca y tosió otra vez, con más fuerza, más gravemente. Por último, viendo que no podía controlarse, saltó de la silla y, tras un vago gesto de disculpa, salió del salón, murmurando que iba a buscar agua. La atormentada tos se oyó hasta que la puerta se cerró de golpe.

—Siempre se pone así cuando hago que se avergüence —explicó Velador, sonriendo con malicia—. Un día de éstos voy a tener que darle una lección. Ya es mayor para esas cosas.

Mulder se incorporó en el asiento.

—Señor Velador —dijo Scully—. Se nos había dicho que aquí nadie querría hablar con nosotros. ¿Por qué decidió usted hacerlo? ¿Porque…?

—A veces no soy tan listo como yo mismo creo, ¿sabe? A veces, sentado al sol, oigo un zumbido en mi cabeza y entonces no puedo oír bien lo que la gente me dice. Y, a veces, las cosas que digo no son las mismas que la gente oye.

—¿Y qué fue lo que dijo usted?

—Dije que había que detener al FBI.

—¿Quiere decir que ahora nosotros estamos en peligro? ¿Sólo por eso?

Velador asintió y luego movió la cabeza.

—Mire, jovencita, si lo que este señor dice es verdad, corren ustedes un peligro mayor del que se imaginan. Pero no es por lo que yo dije.

—Sí —dijo Mulder de pronto al tiempo que se ponía de pie—. Perdone que se lo diga, señor, pero se equivoca. —Rodeó la mesa—. Scully, tenemos que irnos. —La agarró del codo cuando se levantó y la llevó hasta la salida, casi arrastrándola—. Señor Velador, usted quédese aquí, por favor. Scully y yo no somos los únicos que han de tener cuidado.

El anciano permaneció inmóvil. El collar de vértebras de cascabel sonó sin que él lo tocara. Una vez fuera, Scully dio un tirón para zafarse de Mulder.

—¿Qué te pasa, Mulder? Estás actuando como un loco.

—Exactamente, Scully. Has dado justo en el clavo.

—¿Pero, entonces qué…?

—¡Mira!

Mulder señaló con la mano las calles desiertas, y las puertas y los postigos cerrados. No había ningún perro a la vista, ninguna gallina. Las cuadras estaban vacías. El pueblo estaba desierto.

Sólo una hoja de papel se movía, aleteando al viento.

22

La camioneta de Lanaya había desaparecido. Desde el fondo de la calle se acercaba una nube de arena que giraba sobre sí misma, empujada por un viento ahora mucho más intenso. Mulder observó cómo también en las azoteas se formaban nubes de arena que se alzaban y luego caían, como animales grandes y aturdidos, hasta que un golpe de viento las barría y deshacía contra la pared.

Scully bajó un peldaño de las escaleras de la entrada, protegiéndose los ojos del sol y de la arena que el viento levantaba. Al no ver lo que buscaba sacudió la cabeza y volvió la mirada hacia la Mesa. El viento le revolvió el pelo delante de los ojos, impidiéndole ver. Así que giró sobre sus talones y dijo:

—¿Cómo se han enterado? Ha sido tan repentino. ¿Cómo lo han sabido?

—Alguien se lo habrá dicho —respondió Mulder mientras bajaba por los peldaños hasta la calle. Los pocos vehículos a la vista estarían sin duda cerrados con llave, y no creía que llamar a las puertas de las casas fuera a dar resultado. Tendremos que volver a entrar.

Scully asió el voluminoso picaporte y trató de hacerlo girar, pero fue en vano.

—Mulder, el viejo ha cerrado por dentro.

Ambos golpearon la puerta y gritaron al viejo que los dejara entrar. Al rato se dieron por vencidos y Scully soltó una maldición mientras se masajeaba el puño dolorido.

Mulder bajó de nuevo a la calle.

—Tal vez podamos encontrar algún otro lugar. Un establo, o algo así.

Primero fueron al depósito, que como esperaban también tenía la puerta atrancada. Si Ciola seguía allí dentro estaría pasándolo en grande.

A continuación corrieron al otro lado de la calle, se metieron por un callejón que enlazaba con una calle paralela, pero tampoco allí vieron promesas de refugio, así que corrieron a la siguiente. En la cuarta calle comprendieron que no tenían ninguna posibilidad de guarecerse, ni en ese pueblo, ni en la Mesa. No conocían el camino

para llegar a la cima, y además nada hacía pensar que los konochinos vieran con agrado que ellos intentasen el ascenso.

Scully se vio arrastrada contra la pared por un golpe de viento.

—¿Por qué no nos quedamos aquí fuera? —Preguntó mientras se secaba el sudor de la frente—. Que pase lo que tenga que pasar.

—No podemos, Scully. —Mulder se aventuró fuera de la protección que les ofrecía el alero de una casa y miró hacia un extremo y otro de la calle—. Tenemos que entrar en algún lugar.

—Mulder, sólo es una tormenta de arena. Cuando haya terminado pasaremos una semana bajo la ducha, pero sólo es arena.

—No, no lo es.

Mulder sabía que tampoco Scully creía en la tormenta de arena. Porque en ese caso cualquier vecino les habría abierto las puertas de su casa para cobijarlos; si sólo fuera eso, los lugareños no habrían desaparecido como por ensalmo. Ciola les había contado que sólo un tonto se quedaría fuera durante una ceremonia, pero en ese momento no se estaba celebrando ninguna; era obvio que todos sabían que se trataba del Viento de Sangre.

Mulder, frustrado, rabioso, dio un par de vueltas en círculo; se golpeaba una pierna con una mano mientras trataba de decidir qué hacer. Esconderse era su única alternativa. Pero ¿dónde?

En ninguna parte. Por lo menos dentro del pueblo.

Al parecer Scully había llegado a la misma conclusión. La joven abandonó la protección de la pared y se lanzó a grandes zancadas calle arriba. Mulder, en dirección a la carretera, vaciló antes de seguirla, temiendo que Scully estuviera pensando lo que él sospechaba.

Cuando le dio alcance, Scully preguntó:

—¿A qué distancia crees que puede estar?

«Maldición», pensó Mulder.

—Demasiado lejos para llegar corriendo. Tiene que haber algo más cerca.

—No tengo la más mínima intención de correr, Mulder. Al menos por el momento. —Scully señaló hacia los cultivos y el desierto que se abría más allá—. Si llega desde allí podremos verlo, ¿no? —Le dirigió una sonrisa forzada—. Cuando lo veamos nos echamos a correr y ya veremos lo que pasa.

—¿Y si viene desde otra parte?

—Entonces no habrá por qué correr, ¿verdad?

Nuevas hojas se habían sumado a la danza.

Cuando se hubieran juntado las suficientes, parecerían un embudo; separadas semejaban mariposas. Hasta que la arena las juntó. Entonces se convirtieron en una nube.

De toda la información que había reunido Mulder no había podido deducir cuánto tardaba en formarse un torbellino. Era imposible que un solo hombre, en un instante, chasqueando los dedos, consiguiera lo mismo que seis hombres después de toda una semana.

—Ay, Dios mío —suspiró cuando dejaron atrás la última casa del pueblo. No sería chasqueando los dedos, sino preparándose debidamente, lo cual significaba…

Scully, que se había mantenido a su izquierda para que Mulder le hiciera de parapeto, comentó:

—Es Lanaya, ¿verdad?

—Sí —dijo Mulder, cada vez más convencido de la culpabilidad del indio.

—¿Por qué? ¿Porque Ciola resultaba demasiado sospechoso?

—No. Porque Ciola no sabía que vendríamos hoy, en cambio Lanaya sí. Ha tenido tiempo, Scully; ha podido prepararse. Obedece al viejo al pie de la letra. Va a detenernos. —Alzó la mano para que Scully no lo interrumpiera—. Quiero decir que lo va a intentar, ¿de acuerdo?

El viento cesó de golpe.

Mulder no podía evitar mirar de vez en cuando a su derecha, agradeciendo que los maizales le impidieran ver y lleno de aprensión cuando nada le tapaba la visión del montañoso horizonte.

No se imaginaba cómo sería el Viento, ni si podría oírlo llegar.

Mulder alcanzó a Scully cuando ésta se detuvo para sacudirse la arena del pelo; al ver que un golpe de viento se la devolvía a la cara, la joven sonrió.

—Estamos perdidos, Scully.

—¿A quién se lo dices?

Siguieron caminando.

Frente a ellos, a muchos metros de distancia, el calor levantaba vacilantes cortinas de aire sobre la carretera. Mulder se quitó la corbata y se la metió en un bolsillo. ¿En qué estaría pensando cuando se puso ese traje?, se preguntó, mientras se daba la vuelta sin detenerse para caminar unos metros de espaldas. ¿Por qué, siguió

preguntándose, no había sacado la pistola y amenazado al primer vecino con volar la cerradura de un tiro si no le abría la puerta? «Pues, porque sin duda habría respondido a la amenaza disparando primero».

El asfalto estaba cubierto de culebrillas de arena. Mulder dio un brinco cuando oyó un ruido antes de darse cuenta de que se trataba del viento colándose entre los maizales. Scully forcejeaba contra una hierba arrancada que tenía enredada entre los pies; por fin, la hierba siguió su camino empujada por el viento.

—Dime una cosa, Mulder. Siendo un hombre tan querido en su pueblo, y tan bien relacionado con los blancos, ¿qué necesidad tenía de hacer esto? ¿Para qué correr riesgos?

Mulder sentía la garganta seca y los ojos llenos de arena. Cada vez que respiraba, los pulmones le quemaban. Caminaban mucho más despacio que al principio.

—Lanaya siempre habló de ellos, en tercera persona —respondió Mulder. Se pasó la lengua por los labios para humedecerlos, pero descubrió que era inútil—. Cuando nos soltó aquel discurso sobre los konochinos y lo poco que les gusta el mundo exterior siempre se refería a ellos.

»Lanaya fue uno de ellos hasta que se marchó para estudiar. Cuando volvió era otro. Fue inevitable. Y por razones que tal vez nadie llegue a comprender jamás, nunca pudo volver a ser el de antes, ni a adaptarse al pueblo como lo había conseguido con el exterior.

Mulder sospechaba que un resentimiento mal definido lo había llevado a intentar apoderarse de aquello que tan sólo pertenecía al grupo de los seis. Dugan Velador era el jefe, el sabio. Todo cuanto hicieran él o los otros cinco era aceptado sin objeciones.

¿Cómo no ansiar ese respeto?

Pero Lanaya no entendía que el poder que poseían aquellos seis hombres procedía precisamente del respeto que se les tenía, y no a la inversa.

Lanaya debía de pensar: «Si tengo el poder tendré el respeto». De ese modo albergaba la esperanza de volver a ser todo un konochino.

Scully aminoró el paso. Mulder vio cómo el pelo se le pegaba a la nuca y a la cabeza, apelmazado por el sudor. Se quitó la chaqueta y se la colgó al hombro. Llevaba la camisa empapada y pegada a la piel. Se tocó la cabeza y la notó muy caliente. En ese momento habría pagado por un sombrero, por muy mal que le quedara.

A unos setenta metros de allí se abría la garganta en medio de la Pared. Mulder no vio movimiento alguno en el pueblo. Sólo la arena transitaba sus calles, y Mulder supo entonces lo que era un pueblo fantasma.

El torbellino crecía y giraba con mayor rapidez a cada vuelta, sin moverse de su sitio. Ahora ya medía poco más de un metro de altura y vacilaba sobre su eje, como si el menor golpe de viento pudiera derribarlo.

Mariposas y arena de silencio.

Mulder tropezó con algo y Scully lo cogió del brazo para impedir que se cayera. Mulder le dirigió una lánguida sonrisa.

—Se supone que esos detalles me corresponden a mí.

—¿Qué te hace pensar que soy una mujer indefensa, Mulder?

—Nada. Nunca lo he pensado.

Penetraron en la garganta en sombras. Ante ellos la carretera subía y bajaba con suaves ondulaciones. A Mulder le dolían los tobillos, y temía las ampollas espectaculares que encontraría en sus pies cuando tuviera la oportunidad de descalzarse.

De repente vieron algo pequeño y oscuro cruzando la carretera a toda prisa.

Le tentaba quitarse la camisa. La tela empapada pesaba tanto que le dolían los hombros. La misma chaqueta que llevaba colgada al hombro pesaba una tonelada, y Mulder sabía que no podría seguir sosteniéndola mucho más tiempo.

—¿Cómo lo hicieron? —preguntó Scully cuando salieron de la garganta y se detuvieron a descansar. Miró el desierto a su alrededor. No había ninguna carretera a la vista, ni coches ni camiones, ni aviones en lo alto. Sólo cielo y montañas—. ¿Cómo pudieron atravesar este desierto sin morir en el intento?

—Supongo que tendrían agua, para empezar —dijo Mulder amargamente.

—Tiene que haber sido increíble. —Scully rio—. Horroroso, quiero decir.

Mulder se acuclilló y la chaqueta cayó al suelo. Tenía demasiado espacio, demasiado cielo frente a él; era imposible hacerse una idea aproximada de las distancias, pero creía recordar que el rancho no estaba a mucho más de un kilómetro y medio de allí. Si saltaban la cerca y avanzaban a campo traviesa en lugar de seguir la carretera llegarían antes.

No se dio cuenta de que estaba pensando en voz alta hasta que Scully preguntó:

—¿Y qué pasa si te tuerces un tobillo?

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Porque yo soy médico. A mí esas cosas no me pasan —dijo sonriendo.

Mulder se alegró de verla sonreír, pero se inquietó al observar su rostro enrojecido. Estaban a punto de sufrir una insolación. Y al borde de la deshidratación. Si iban a moverse, más valía hacerlo cuanto antes.

Mulder se levantó gruñendo, y recogió la chaqueta del suelo también gruñendo.

—Ciola es maligno, ¿sabes? —comentó Scully. Mulder envolvió el alambre de espino de la cerca con la chaqueta y lo empujó hacia abajo mientras Scully pasaba al otro lado no con poca dificultad—. Pero Lanaya es peor.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Mulder.

—A Ciola puedo entenderlo. Pero tardaré mucho tiempo en entender a Nick.

Era alto como un hombre. Empezaba a susurrar.

Mulder tropezó y trató de darse ánimos. No había para tanto; no estaban en medio del desierto, a cientos de kilómetros de toda civilización. Ya podía ver la cerca de madera y adivinar el perfil de la casa. Como mucho un kilómetro y medio. No estaba seguro. Pero parecía como si fueran quince o más.

Scully dio un traspié para evitar una chumbera, y del esfuerzo por poco cae encima de otra. Al golpearla con la chaqueta, dio una vuelta sobre sí misma.

—¿Crees que Sparrow está metido en esto?

—¿Qué? ¿Sparrow? No. ¿Por qué?

—No entró con nosotros a la reserva, y no nos estaba esperando cuando salimos.

Hacía demasiado calor para pensar con lucidez, pero Mulder dudaba que Sparrow fuera más allá de considerar todo aquel asunto con el mayor escepticismo. En ese momento estaría sentado en su despacho, bebiendo de la petaca y pensando en cómo hacer para convencer a Mulder y Scully, u obligarlos de que le hicieran partícipe del mérito si llegaban a dar con la clave de los asesinatos. Hasta se avendría a aceptar que la historia contenía algo de magia.

Ciola, u otro indio se había apiadado de ellos y salía a buscarlos en una camioneta. Miró también hacia lo alto de la colina, por si veía al anciano Velador.

Acto seguido preguntó:

—¿A qué velocidad puedes correr, Scully?

Empezó a sisear.

Empezó a desplazarse.

—¡Allí! —Anunció Scully—. ¡Allí está!

Se habían detenido a orillas de un arroyo, cerca de un puente de madera.

—Gracias a Dios que tú también lo ves —dijo Mulder—. Pensé que era un espejismo.

Cruzaron el puente en fila india. Desde allí pudieron vislumbrar el verde intenso del césped, y la silueta de la casa, algo velada por los hervores del aire caliente.

Ya en el otro lado, Scully se inclinó sobre la baranda del puente.

—Yo diría que esos agujeros de la orilla son madrigueras de serpiente de cascabel.

Mulder no la escuchó.

Se había detenido para recobrar el aliento, aunque no se permitió sentarse. Sin grandes esperanzas miró hacia la garganta por última vez, por si acaso.

23

Salió desde el lecho del arroyo, a unos cien metros de allí. Mulder pensaba que sería semejante a un tornado en miniatura, pero era un cono invertido con todas las de la ley. Tenía los contornos oscurecidos por los materiales que hacía girar en su vorágine, y éstos eran la causa del siseo que producía el torbellino.

Unos tres metros de altura, y metro y medio de ancho en el centro. Ya fuera por la fuerza que traía, o por el peso de la arena y las piedras que lo formaban, vacilaba sobre el eje a medida que avanzaba, y en la superficie se cimbreaban oscuras lenguas verticales que bailaban al mismo son, separándose y uniéndose una y otra vez. De vez en cuando se abría fugazmente una brecha en el torbellino y entonces podía verse lo que había al otro lado.

De haberse producido una o dos horas antes, pensaba Mulder, no habrían tenido problemas en llegar hasta la casa. El torbellino se desplazaba a una velocidad apenas superior a la de un ligero trote. Pero ahora Scully y él llevaban demasiado tiempo al sol y estaban agotados. Corrían por el terreno irregular como tullidos o borrachos, alejándose el uno del otro inconscientemente para juntarse otra vez, obligándose en el acto a alejarse para no chocar entre sí. Las filosas hojas de la maleza les lastimaban los tobillos, y las ásperas ramas de los matorrales les pinchaban los brazos y las piernas.

El sol todavía ardía; allí seguía, empujándolos hacia abajo.

Algo en el suelo estalló a la izquierda de Mulder y dejó un geiser de arena suspendido en el aire. Scully gritó, alarmada cuando un cacto le pasó por encima.

Cuando sonó el tercer taponazo, a unos diez metros de Mulder, éste comprendió que lo producían los materiales más pesados que el torbellino arrastraba a su interior —guijarros, y hasta ramas secas— cuyo propio peso terminaba por hacerlos salir disparados como balas.

Descendieron casi patinando una pendiente de poca longitud.

Mulder miró por encima del hombro y vio cómo el torbellino pasaba al lado de un arbusto cortando eficazmente las ramas externas.

Scully soltó un gruñido y cayó de rodillas, apretándose el hombro derecho con la mano izquierda. Mulder corrió hasta ella y la obligó a ponerse de pie; alcanzó a empujarla hacia adelante antes de caer él mismo, derribado por algo que le golpeó por detrás a la altura de la rodilla. Cayó como ella lo había hecho antes, no obstante se lanzó hacia adelante como lo haría un nadador desde el podio de salida. Abrazó a Scully y juntos se deslizaron por otra pendiente tras la cual tuvieron que volver a subir.

La casa se perfilaba mejor, ahora que estaban más cerca.

Mulder veía ya la cerca de tablas blancas, el césped, y el porche desierto.

¿Cómo iban a ayudarlos?

—¿Cómo sabe adónde ir? —preguntó Scully.

El siseo, ya casi un silbido, barría la tierra que tragaba el torbellino, ahora más veloz, más alto. Más oscuro.

Mulder no supo qué contestar. Le distrajo el repentino rugido de un motor; lo buscó desesperadamente hasta que vio una camioneta desvencijada salir de una nube de arena a la derecha.

Estaba tan sorprendido que no vio la piedra hasta que fue demasiado tarde. Patinó sobre la lisa superficie, y, de no ser por Scully, que lo pescó por el cuello de la camisa sin dejar de correr, y lo obligó a seguir corriendo, habría caído de bruces.

El porche seguía vacío; Mulder se preguntó qué demonios podían estar haciendo en aquella casa.

Scully gritó. Mulder pensó que habría recibido un nuevo golpe y se contrajo preparándose para recibir el suyo. Cuando la oyó gritar por segunda vez comprendió que intentaba llamar la atención de los habitantes de la casa.

Todo fue en vano. El silbido era ensordecedor.

A pocos metros a sus espaldas, se oyó un latigazo.

La camioneta se acercaba dando saltos sobre el terreno irregular patinando a izquierda y derecha pese a los esfuerzos del conductor por mantener el rumbo.

Fue entonces cuando Scully reparó en el vehículo y se puso a dar desesperados manotazos para llamar su atención, pero cuando Mulder empezó a caminar hacia la camioneta, Scully lo frenó en seco.

—Es él —dijo sin más.

Nick Lanaya forcejeaba con el volante, y Mulder no tardó en darse cuenta de que intentaba mantenerlos alejados de la casa, obligarlos a permanecer a cielo descubierto.

Dado que Lanaya no sabía dónde estaban, tenía que localizarlos y no perderlos de vista una vez desatado el torbellino.

En el porche había alguien.

—Ya casi estamos —jadeó Mulder—. Ánimo, Scully. Ya casi estamos.

La camioneta enfiló hacia ellos.

Mulder se negó tozudamente a darse por vencido y se obligó a concentrarse en la exasperante lentitud de su acercamiento a la cerca y el jardín. Fue Scully quien lo empujó a un lado cuando la camioneta se les echó encima y pasó de largo, envolviéndolos en una nube de polvo que les dejó sin respiración.

El Viento de Sangre se inclinó espectacularmente al dibujar un círculo en su vacilante trayectoria.

El silbido se convirtió en un rugido grave.

No veía nada, pero Mulder alcanzaba a oír el Viento, así que urgió a Scully a ponerse de pie una vez más; la empujó para darle ánimos mientras sacaba la pistola. No pensaba disparar al Viento, sino a Lanaya, quien se preparaba ya para la siguiente embestida.

Su idea era distraerlos, dividir su atención entre una y otra amenaza. Faltaban veinte metros para llegar a la cerca, y Mulder disparó a ciegas, a la espera de que Lanaya se lo pensase otra vez antes de un nuevo asalto. La camioneta no se detuvo. Tampoco el Viento se detuvo.

De pronto Mulder sintió que el suelo se había endurecido bajo las suelas de sus zapatos: por fin habían llegado al camino de acceso.

Scully saltaba la cerca. En el porche, la mujer de Nando chillaba sin parar.

La camioneta volvió al ataque y Mulder disparó por segunda vez. La bala perforó el parabrisas por el lado del acompañante. Lanaya dio un violento golpe de volante a un lado y luego a otro para evitar la colisión frontal con la cerca.

Pero el Viento no cesaba. Ahora silbaba en el camino de entrada y obligó a Mulder a una maniobra que sabía equivocada, pero que no tuvo tiempo de rectificar: saltó hacia la izquierda, alejándose de la casa y el jardín. La visión y el ruido del torbellino lo habían espantado, y cuando recuperó el control de sus nervios vio que Lanaya volvía a la carga una vez más.

Scully gritaba. Estaba arrodillada en el porche, con Nando al lado. Éste llevaba un fusil.

El Viento hizo una pausa. Una piedra y un trozo de madera penetraron en la casa

destrozando una ventana.

Mulder sintió que se mareaba. Era el agotamiento, el calor y el polvo, el ruido que hacía aquel monstruo que giraba lentamente sobre su eje, ahora sin desplazarse. Dio un paso atrás y por poco se cae de espaldas; dio un par de tumbos hacia un lado y vio que Lanaya sonreía, las manos en el volante.

Viento de Sangre volvió a avanzar. Cuando Nando disparó a la camioneta, el cristal de un faro saltó hecho añicos.

Mulder pensó que de nada serviría, que por mucho que Lanaya muriera el Viento seguiría en pie; ahora conocía su propósito, su objetivo. Algo lo hizo detenerse. No. No podía seguir.

El Viento barrió el poste de la cerca y el aire se llenó de serrín, que cayó como una nevada en el jardín, mientras que el resto era succionado por el torbellino.

Lanaya pisó el acelerador a fondo.

A Mulder no le quedó otra opción que correr a su encuentro. Si el Viento arreciaba se valdría de la camioneta para escudarse; y en cualquier caso detendría la camioneta. Si daba en el blanco.

El Viento volvió a desplazarse y Scully lanzó un grito de advertencia, apuntando a su vez con la pistola.

Una piedra disparada por el Viento alcanzó a Mulder en la rodilla y éste cayó a tierra sin darse cuenta de que había perdido el control. Sintió la sangre antes que el dolor, que le hizo levantarse otra vez.

En ese instante Scully y Nando dispararon a la vez, y Mulder se sumó al tiroteo.

Viento de Sangre avanzaba en ese instante. A toda velocidad.

«Si es que acierto», pensó Mulder mientras corría como mejor podía hacia la camioneta.

El parabrisas estaba hecho añicos; el motor seguía en marcha, y cuando Mulder llegó a la puerta vio a Nick sentado al volante, la cabeza echada hacia atrás, el rostro bañado en sangre que aún fluía.

El torbellino se le echaba encima.

«Si es que acierto», volvió a pensar, y abrió la puerta de un tirón, subió al asiento y buscó casi a tientas la garganta de Lanaya.

El silbido había desaparecido y en su lugar se había instalado un rugido. Asió la cinta de cuero sin curtir que colgaba del cuello de Lanaya y tiró una y otra vez mientras la camioneta era violentamente sacudida.

Del parabrisas empezaron a caer trozos de vidrio dentro de la cabina.

Mulder dejó de forcejear con el collar y, sentándose en el regazo del cadáver de Lanaya, le abrió la camisa de un tirón, cogió la bolsa de hierbas medicinales y trató de abrirla de cualquier manera. No lo consiguió. Un costado de la camioneta recibió un fuerte impacto que le rebotó en el hombro; Mulder cayó contra el pecho de Lanaya y luego contra el volante.

Se oía el choque de metal contra metal. Las lunas de las ventanillas saltaron hechas añicos.

Alzó la bolsa y la alejó de sí todo lo que pudo. Hundió el cañón de la pistola en la tela y disparó. La bolsa quedó reventada, al tiempo que Mulder se arrojaba al suelo de la cabina a esperar que uno de los dos muriera.

24

—Todos estaban actuando —declaró Mulder.

Scully, Annie Hatch y él se encontraban sentados a la mesa del porche; Mulder bebía té frío, Scully limonada recién hecha. Habían decidido ir a verla el último día porque Mulder pensaba que Annie debía saberlo.

—Sparrow quería que creyésemos que era un tonto o un pobre histrión que estaba ahí para divertirnos. Ciola hacía el papel de machote, el que decía «como te atrevas a tocarme verás lo que es bueno», pero estaba horrorizado por lo que Nick era capaz de hacer. —Tomó un sorbo largo y suspiró—. Y Nick no pensaba que nosotros creyésemos ni por un instante en Viento de Sangre. Somos agentes de carrera; trabajamos apoyándonos en pruebas sólidas, en disciplinas como la psicología del comportamiento y en la magia salida del laboratorio.

—Eso no es magia, Mulder —dijo Scully.

—Como quieras —dijo Mulder, mirando hacia el césped.

Los golpes que le provocó el torbellino le habían dejado el cuerpo lleno de moratones, que aún dolían. Tenía la cara de un rojo alarmante, producto de la insolación; y los pies llenos de ampollas, como había predicho.

Scully también estaba herida, y caminaba cojeando. Sin embargo, en los últimos dos días no habían tenido tiempo para pensar en sus dolencias, abrumados como estaban por el ingente papeleo se sintieron avergonzados cuando oyeron la versión del sheriff Sparrow, quien no quiso perderse una sola oportunidad de figurar ante los medios, repetida una y otra vez: que la camioneta se había estrellado contra la cerca cuando Lanaya trataba de atropellar a Scully y a Mulder.

Viento de Sangre murió cuando la bala reventó la bolsa de Lanaya. Ni un solo periodista llegó a enterarse de la verdadera historia. Annie volvió a llenar su vaso.

—¿Sabéis una cosa? Ninguna de mis películas ha sido tan emocionante. Lamento habérmelo perdido.

Mulder la miró fijamente hasta que Annie tuvo la delicadeza de ruborizarse.

—De acuerdo. Está bien. Estaba muerta de miedo y pasé todo el rato escondida en la cocina. Y no lo lamento en absoluto. ¿Satisfecho?

Mulder brindó con ella, vació el vaso y se dispuso a levantarse. Les esperaba un vuelo a Washington al atardecer, y el regreso desde el rancho en coche.

También Scully apuró su bebida; y por el modo en que recogió su bolso y se levantó de la silla Mulder supo que no tenía muchas ganas de marcharse.

—¿Fox?

Mulder no la sacó de su error.

—¿Qué le pasó a Rojo?

—No lo sabemos —respondió Scully—. Tenemos la impresión de que trataba de llevar adelante su propia investigación. Por lo que nos contaron en su despacho, apenas si se le veía por allí desde nuestra llegada. Sparrow nos dijo que él lo mantenía informado de cuanto pasaba por teléfono, pero él mismo nos ha explicado que no ha vuelto a saber nada de Garson desde la noche anterior a nuestra visita a la Mesa.

—Yo creo que fue allí por sus propios medios —dijo Mulder, poniéndose las gafas de sol—. No creo que tarden mucho en dar con su paradero, pero no lo encontrarán vivo.

«Otro actor», pensó Mulder. Los niñatos de la costa Este que él no podía soportar habían llegado para dirigir una investigación que tendría que haber sido suya, y encima tuvo que fingir que le agradaba la idea desde el comienzo.

Intercambiaron frases de despedida, y gracias a la insolación, Mulder consiguió ocultar el rubor que lo asaltó cuando Annie le dio un beso en la mejilla y le hizo prometer que volverían a visitarla antes de que fuese demasiado vieja para disfrutar de las visitas.

Se encaminaron hacia el coche. Scully estaba al volante cuando Mulder le pidió que esperase. Corrió de nuevo al porche.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Annie.

Mulder se quitó las gafas.

—Hay un tipo allá arriba —dijo, apuntando hacia la Pared—. Se pasa todo el día sentado en esa colina, friéndose al sol. Creo que debería usted ir a charlar con él.

—¿A charlar? —Annie lo miró desconcertada.

—Es una idea —dijo Mulder.

—No pienso volver, Fox, si es en eso en lo que estás pensando.

—No, si yo no… —dijo Mulder con candidez—. Pero allí vivía un tipo al que tenían por santo y resultó ser un ladrón y un asesino. Los niños lo admiraban, tengo entendido.

Annie no respondió.

—Además —añadió Mulder mientras se ponía de nuevo las gafas—, ¿quién dice que para ser santo hay que ser hombre?

Annie siguió en el porche cuando el coche se dirigió a la carretera principal, y Mulder sospechó que se quedaría allí un buen rato.

No volvió a hablar hasta que Scully giró el volante para entrar en la interestatal.

—Increíble, ¿verdad? Lo de Viento de Sangre, quiero decir.

Scully lo miró de reojo, con cara de severidad.

—Estoy en eso, Mulder. Estoy en eso.

—Claro. Estás en eso.

Poco a poco, el desierto fue cediendo espacio a las primeras casas, que a medida que avanzaban crecían en número y en altura, al tiempo que el tráfico en la interestatal se intensificaba. Scully tuvo un altercado mudo aunque obsceno con el conductor de una camioneta que se le cruzó sin previo aviso, y otro con el de un antiguo Cadillac de aleta larga que no se había enterado de que el límite de velocidad era de noventa.

—¿De verdad te parece que era poder lo que buscaba? ¿Y todo porque en realidad no formaba parte de ese mundo?

Mulder no respondió enseguida.

—¿Mulder?

—Sí —dijo por fin—. Básicamente. Poder equivale a respeto; es una ecuación que siempre ha atraído a quienes carecen de ambas cosas. Ciola se escondió en el depósito porque sabía lo que Nick iba a hacer y…

—Eso no es respeto, Mulder. Es miedo.

—A veces esa clase de gente no conoce la diferencia.

Les adelantó una furgoneta de la que salía una música ensordecedora.

—Aceptación —dijo Mulder.

—¿Qué?

—Aceptación. Poder equivale a respeto, que equivale a aceptación.

—Equivale a miedo —agregó Scully quedamente.

Mulder le dio la razón. También estuvieron de acuerdo en que el asesinato era rara vez algo tan exento de complicaciones como creía la mayoría. Podían pasarse el vuelo hasta Washington hablando de ello, y llegarían a tierra sin haber llegado a una conclusión. El único que la conocía en ese caso era Nick Lanaya.

—Scully —dijo Mulder mientras ella trataba de no perderse las señales hacia el aeropuerto—, ¿qué te parece que pasaría si, por ejemplo, el hombre que sustituya a Velador en su círculo se entera? Como le sucedió a Lanaya, que no sabía a ciencia

cierta lo que se hacía en la *kiva*. Pero entre lo que dedujo y lo que le sonsacó al viejo Velador, sin que éste se diera cuenta, pudo hacerse una idea bastante aproximada por sí solo. ¿Qué pasaría si uno de los del círculo decide hacer daño?

Scully no respondió. Tampoco él tenía una respuesta.

En cambio sabía que Nick podría haber seguido matando indefinidamente, matando a quienes no le gustaran, matando a quienes le resultaran desagradables sin que necesitara explicarse por qué. Podría haber seguido, sobre todo, porque nadie habría imaginado algo tan increíble.

Mulder miró hacia la ciudad, los coches, un avión que se disponía a aterrizar y pensó: «Puede que esos ancianos sean muy sabios, pero no todos son viejos, y ninguno de ellos es perfecto».

«Imagina —pensó—. Imagina el poder».

Notas

[1] En cursiva las palabras en español en el original. <<

[2] Tonto es el indio que acompaña al Llanero Solitario en sus aventuras. En la traducción para el público de habla hispana se ha cambiado por Toro, probablemente para no herir susceptibilidades. (N. del T.) <<